

CONVERSIÓN¹: En latín clásico, y también en las obras de Agustín, *conversio* y *convertere* indican el acto de regresar o llegar a ser, el efecto de un cambio, sea en sentido espiritual o bien en sentido material. Y, así, el término puede referirse al movimiento de los cuerpos celestes, a la traducción, al cambio de las proposiciones en lógica, al intercambio de conversaciones, a la transformación de elementos, etc. (cf. *mus.* 6.29; *Gn. litt.* 13.38; *civ. Dei* 13.24). Esta evidente variedad de significados, tanto a nivel material como espiritual, procede del contenido conceptual de los vocablos griegos *epistréphein* y *epistrophé*, de los que deriva su significado el término latino.

Las palabras formadas a base de la raíz *strépho* indican movimiento y son empleadas como verbos de movimiento, en sentido transitivo e intransitivo. Esto se aplica a *strépho*, *apostrépho* y *epis trépho*, que llevan en sí la idea general de movimiento orientado físicamente, en general hacia un objeto, y también la idea de un movimiento espiritual del pensamiento humano dirigido hacia una persona, un objetivo o ciertos ideales. Más concretamente, *strépho* se usa primor dialmente en el sentido de cambiar de dirección, de regresar o efectuar un retorno, de convertir o convertirse, con la connotación específica de desplazar el modo propio de pensar, las propias costumbres y la conducta interior. En este sentido, en la literatura filosófica y en la literatura agustiniana, *epistrépho* y *epistrophé* -*convertere* y *conversio* significan la orientación general del alma hacia lo religioso o hacia lo divino; llevan también en sí un sentido de cambio de religión o de doctrina filosófica, un cambio en la forma de la propia conducta, como en el caso de Pólemo, a quien Agustín se refiere *dos veces*: *epistula* 144.2 y *Contra Julianum* 1.12.36.

Para los Padres de la Iglesia y para algunos maestros de la sabiduría pagana, la idea de la conversión es parte fundamental y necesaria de la vida espiritual. Ahora bien, los Padres y los filósofos paganos consultaron fuentes muy diferentes. Para los primeros, la conversión en el sentido más pleno tiene sus raíces en el misterio de Cristo y conduce a la incorporación de toda la creación a Cristo; para los segundos, la idea del "Todo" y la formación de lo "Uno" es lo que constituye el foco.

Aunque diferentes en la orientación, es importante señalar que los primeros grandes itinerarios espirituales de nuestra era fueron desarrollados, durante casi la misma época, por *Plotino* y por *Orígenes*, siguiendo cada uno de ellos una senda abierta respectivamente por filósofos griegos y por pensadores cristianos. Los filósofos paganos sitúan la meta de la conversión en el retorno al sí mismo, que es la senda para alcanzar la transformación en lo "Uno". Sin embargo, los cristianos hablan de la *epistrophé* hacia

Dios, aunque esto pueda significar que hay que iniciar el proceso de un retorno del alma al sí mismo. El foco total de la conversión cristiana es el retomo a Dios, el Bien Supremo, de quien el alma se ha distanciado a sí misma por medio del pecado. No obstante, este "retorno al sí mismo" es también un retorno a Dios, de quien se había producido tal distanciamiento a causa de la desobediencia y del pecado (*conf.* 8.7.16; *vera rei* 39).

La experiencia personal de Agustín nos ofrece una exposición de su propia doctrina acerca de la conversión. Cualquier conversión o retorno del alma al Bien Supremo presupone un abandono anterior de ese mismo Bien, y, por tanto, se origina una batalla interior dentro del alma, un conflicto y un desgarramiento íntimo (cf. *conf.* 8.10.22). San Agustín estaba muy familiarizado con el misterio de la gracia y con la esencia de la conversión como un don divino: "Nos hemos separado de ti, y si tú no nos conviertes, nunca nos convertiremos" (*en Ps.* 79.4). Llegó a ser posible afirmar que "desde el punto de vista de la naturaleza formal de la libertad, la conversión es la decisión fundamental de Dios, a través del medio religioso de la elección, acompaña un compromiso con Él, que abarca la vida" (Nedoncelle 1953, 41-42) Esta definición está de acuerdo con la definición agustiniana de la conversión como decisión y el compromiso total de una vida entregada al servicio de Dios.

Desde el nivel más íntimo del alma que lucha por su conversión, se emite una especial señal de alarma de la habló *Plotino* y que Agustín mismo describe de modo maravilloso, cuando se refiere a su propia situación y a la de todas las almas que buscan un retorno *al* sí mismo, como el primer paso hacia la verdadera conversión: "Ante la advertencia de aquellos escritos que me intimaba al retorno a mí mismo, penetré en mi intimidad, siendo tú mi guía. Fui capaz de hacerlo, porque tú me prestaste asistencia. Entré y vi con el ojo de mi alma, tal cual es, sobre el ojo mismo de mi alma, sobre mi inteligencia, una luz incomunicable... La luz que yo vi no era en absoluto esta luz común, sino algo muy diferente... Cuando te conocí por vez primera, tú me elevaste y me mostraste que aunque lo que yo pudiera ver existe ciertamente, no era yo todavía capaz de verlo" (*conf.* 7.10.16).

Dios interviene para que el alma pueda alcanzar la separación de sí misma, de sus malas inclinaciones, y pueda regresar al reino de la luz y de la verdad, a la meta final de toda conversión. En toda conversión hay tres fases que pueden observarse: un estado existente de dispersión y desorden, un período intermedio de crisis y un estado resultante de orden y unidad en el alma.

La descripción de su conversión, que Agustín ofrece en las *Confesiones* y que él presenta como una liberación gratuita y sobrenatural, puede servirnos como vivo retrato de toda conversión:

¹ Allan D. Fitzgerald, OSA: "Diccionario de San Agustín" Voz **Conversión**, España 2001.

"¡Qué dulce me resultó de golpe carecer de la dulzura de las frivolidades! Antes temía miedo de perderlas y ahora me gustaba dejarlas. Eras tú quien las iba alejando de mí. Tú, suavidad verdadera y suprema, las desterrabas lejos de mí y entrabas en lugar de ellas. Tú, que eres más suave que todos los placeres, aunque no para la carne y la sangre. Tú, que eres más resplandeciente que toda luz, más escondido que todos los secretos, más encumbrado que todos los honores, aunque no para los que están encumbrados a sus propios ojos. Mi espíritu estaba libre ya de las *angustias* inquietantes que entraña la ambición, el dinero, el revocarse y rascarse la sarna de las pasiones. Y platicaba contigo, Señor Dios mío, claridad mía, mi riqueza y mi salvación" (9.1.1).

Así, pues, la conversión aparece como liberación de la pasada esclavitud, como nuevo gozo, como la experiencia de una presencia íntima con Dios, como tan dulce y deliciosa gracia: la *gratia delectans* (en. Ps. 57.4; 71.17; *civ. Dei* 15.5: c. ep. Peí 2.9.21; *doc. Chr.* 4.14), que será una parte tan importante de la teología agustiniana y que tendrá gran importancia en la historia de otras conversiones. La interiorización de Cristo como redentor y *auxiliador en toda* conversión desempeña un papel imprescindible en esta nueva experiencia agustiniana.

En los diálogos de Casiciaco, Agustín ofrece una descripción más filosófica, utilizando las imágenes de un viaje marítimo efectuado por tres pasajeros que se sienten atraídos de diversas maneras hacia la tierra firme de una vida feliz (b. vita 1.25). La predicación agustiniana alude también *frecuentemente* a la vocación a la conversión y a la gracia de la misma. "¿Qué hiciste, ¡oh hombre!, para convertirte a Dios y merecer su misericordia? ¿Qué podrías haber hecho para convertirte, si Dios no te hubiera llamado? Por eso, no te enorgullezcas de tu conversión, porque, si Dios no te hubiera llamado cuando huías de él, ¡tú no te habrías convertido!" (en. Ps. 84.8).

Las diversas exposiciones de la conversión cristiana reflejan una experiencia personal de su autor. Agustín no se cansa nunca de considerar las conversiones como maravillas divinas: "Tú eres, verdaderamente, el único que hace milagros. Tú eres, ¡oh gran Dios!, el único que obra maravillas en los cuerpos y en las almas. Los sordos oyen, los ciegos recobran la vista y los enfermos sanan de sus enfermedades, los *muertos son* resucitados y los parálíticos se ven libres de sus ataduras. Son milagros físicos. Pero hay más. Mirad los milagros del alma: los que antes fueron borrachos, viven ahora sobrios y son creyentes; los que antes fueron idólatras, los mendigos que antes fueron ladrones. ¿Qué dios es tan grande como nuestro Dios? (en. Ps. 86.16). Todo esto fluye de la experiencia personal, de lo más íntimo del alma. Y el convertido de Milán se aplica a sí mismo las grandes imágenes del Evangelio de Lucas: el hijo pródigo, la oveja perdida, la moneda extraviada, la parábola del Samaritano.

En el relato de la conversión de Mario Victorino (*conf.* 8.2.3), Agustín emplea, en un solo párrafo, tres de las anteriores imágenes. "Porque tú también, Padre misericordioso, te alegras más de un solo pecador penitente que de noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia (Lc 15.12). Y así oímos también que el pastor regresa con gran alegría llevando sobre sus hombros jubilosos a la oveja perdida, y que la monedita perdida fue depositada de nuevo en el cofre por la mujer que la había encontrado (Lc 15.59). Y *clamamos al ver* el júbilo que reina en la fiesta, cuando se lee en tu casa el relato del hijo menor que, estando muerto, había resucitado; que, estando perdido, había sido encontrado de nuevo" (Lc 15.24). En este relato de conversión Agustín veía los numerosos caminos por los que Dios actúa en la conversión de pecadores.

Agustín *describe el estado anterior* a su propia conversión, con sentimientos íntimamente personales, utilizando otra imagen tomada de San Lucas: "Anduve perdido como oveja descarriada, pero tengo la esperanza de verme llevado en los hombros de mi pastor, que es también el constructor de la casa de Dios y de los santos" (*conf.* 12.15.21). En estas parábolas Agustín hace siempre alusiones a la misericordia de Dios, que es el único que inspira la conversión. Ve que la doctrina de la gracia y de la divina misericordia resplandece como la causa eficiente de toda conversión. La conversión se da como un don de la gracia, de manera que el impío pueda ser justificado y la oveja perdida pueda regresar, pero no por los propios esfuerzos, sino por ser llevada misericordiosamente sobre los hombros del pastor (Lc 15.5). La oveja, imagen del alma, capaz de perderse y descarriarse, arrastrada por sus propios caprichos muy lejos de la amorosa vigilancia de su pastor, no podría encontrar el camino de regreso ni habría sido hallada, a no ser por la misericordia del pastor que la había estado buscando.

El hijo menor pertenece también al mundo espiritual de la conversión: Entrando en razón, exclamó: "Me levantaré e iré a mi padre". El primer paso fue dado por el hijo, pero para darlo fue necesaria primero una exhortación que llegó de lo alto y que le buscaba. Agustín se aplica y adapta frecuentemente a sí mismo el relato del hijo pródigo, reconociendo que antes de su conversión hubo aversión, un apartarse: "Me alejé de ti yendo a un país lejano para malbaratarla [mi herencia] allí entre las ramerías de mis pasiones" (*conf.* 4.16.30).

En la descripción de la historia del hijo pródigo el retrato espiritual del alma que se extravía alejándose de Dios y que, después de un período de pecado, regresa por fin a la casa de su padre encontramos las tres fases del término conversio. Es decir; se produce primeramente un marcharse del hogar paterno (aversio), y luego, antes de llegar a la conversión, hay un período de pecado o perversio ("malgasté gran parte de mi ser" en malos deseos), hasta que finalmente se produce la conversión. Al final del libro 4 de las Confesiones hay un texto interesante, el cual, si uno no supiera que está tratando de la descripción real del alma pecadora, pensaría que se está haciendo sencillamente un juego de palabras

con la raíz *versio/conversio*. San Agustín dice: "Vivit apud te sempci bonum nostrum, et quia inde *ai rm sumus*, *perversi sumus*, revertamur jam Domine, ut non evertamur" (conf. 4.16.31); es decir, puesto que nos hemos extraviado de la buena senda (*aversi*) hemos tomado la senda de la perversión (*perversi*); debemos regresar al bien (revertamur) para evitar la eterna condenación (evertamur). Observemos las conexiones retóricas: *aversi sumus / perversi simus*: extraviarse es hacerse pecador; y revertamur / evertamur: retornar o convertirse es evitar la destrucción o condenación.

Según este texto se produce *diastrophé*, una *aversio* que más tarde se convierte en *katastrophé* o *perversión* es una destrucción de los valores humanos de justicia, moderación, honor y sabiduría. Incluso en la persona que se ha descarriado del Bien Supremo, no ha quedado destruida la tendencia o inclinación al bien; sigue estando viva y latente la posibilidad de regresar a la senda correcta y de rectificar lo que se ha hecho mal. Existe siempre la posibilidad de la *epistrophé*, una acción preparatoria procedente de la voluntad de Dios, a la que el *alma puede responder activamente revertamur ad te*. Estos tres términos representan importantes momentos o aspectos de un fenómeno de extraordinaria importancia y decisivas consecuencia en la conducta humana, e intervinieron debidamente con mayor o menor claridad en la estructura de la conversión agustiniana.

La conversión cristiana, aunque puede ser una decisión personal y, por tanto, elegida libremente, es absolutamente sobrenatural en su estado inicial, en su estado medio y en su estado final. Esto quiere decir que esa conversión se traduce por fuerzas que proceden de lo alto. Agustín no perdió nunca de vista aquella frase de San Pablo a los Romanos: "En otras palabras, lo único que cuenta no es lo que los hombres quieren o tratan de hacer, sino la misericordia de Dios" (9,16).

En Agustín, la conversión tiene también una dimensión sacramental. Ya sea la relación con el bautismo, *conversionis sacramentum* (ep. 98.9), o con la penitencia (*qu. Mt. 13*) o con la Eucaristía (s. 8 y 80), la conversión es un pasar del pecado a la justicia (ep. 77.16; *qu. ev. 2.45*). Ahora bien, la acción sacramental es sólo parte del proceso: "quibus omnibus rebus ostenditur, aliud conversionem cordis esse sacramentum baptismi, aliud conversionem cordis, sed salutem hominis ex utroque compleri" (*bapt 4.25.32*). La conversión del corazón o conversión interior es un tema típicamente agustiniano (s. *dom. mon. 2,14*, en *Ps. 111.2*; *bapt 5.18.24*; *qu. Simpl. 1.2*; *Dulc. qu. 4.3*). El tiempo de la conversión es "ahora" (en. *Ps. 6.6*; *Cresc 2.9.11*).

Finalmente, y de manera sumamente significativa, la conversión agustiniana *no se produce* mediante re-

flexión filosófica sino más bien por la imitación del Cristo humilde, en quien se ha cumplido la aspiración más sublime del hombre: La unión con Dios. Cristo vino para levantar y purificar una *espiritualidad servil* y egoísta, rompiendo las cadenas de la esclavitud que el pecado produce en el alma, y ofreciendo al mismo tiempo la libertad de la caridad y el espíritu de libertad que elevan a los hombres y facilitan el dinamismo para actuar por motivos sobrenaturales, que son el fundamento mismo de la conversión cristiana (cf. *civ. Dei 10.32*).

→ Ambrosio de Milán; Antonio de Egipto; *Confessiones*; Influencias cristianas en Agustín; Mario Victorino; Monica; Neoplatonismo; Pablo; Vida, cultura y controversias de Agustín

Bibliografía

Aubin, *Le problème de la conversion* (Paris, 1963); Bardy, *La conversion au Christianisme durant les premiers siècles* (Paris, 1949); T. J. Barrio, "Conversión de san Agustín: 'Via et sapientia Dei,'" *Augustinus* 35 (1990):31-59; F. Bolgiani, *La Conversion de S. Agostino e l'VIII libro delle Confessioni* (Turin, 1956); V. Capánaga: *Agustín de Hipona. Maestro de la conversión cristiana* (Madrid, 1974); G. Ferlisi, *Il cammino agostiniano della conversione* (Roma, 1983); L. C. Ferrari, *The Conversions of Saint Augustine* (Villanova, 1984); H. Fugier, "Les images de la conversion dans les Confessions de saint Augustin" (thèse compi, dact., Paris, 1963); J. Garcia Alvarez, "La conversion de San Agustín como fundamento de su diálogo 'De Magistro'", en *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* 13 (1986)123-151; J. Garcia Alvarez, "Oración y conversión en San Agustín", en *Revista Agustiniana* 29 (1988) 547-592; J. Garcia Alvarez, "Conversion y Comunidad según San Agustín", en *Revista Agustiniana* 31 (1990) 377-415; R. Guardini, *The Conversion of Saint Augustine* (Chicago, 1960); H. Jacobsohn, "Conversio" and "Converto," *TLL*, vol. 4 (1906-9), 853-56, 858-69; M. J. Kreidler, "Conversion in the Church as Foun in the Letters of St. Augustine", in *CollAug* 1993, 417-30; J. M. Le Blond, *Les conversions de saint Augustin* (Paris, 1950); G. Madec "Conversio", *AugLex*, 1: 128-294; E. Masai "Les conversions de saint Augustin et le; débuts du spiritualisme en Occident", *Le Moyen Age* 67 (1961): 140; P. Muñoz "Psicología de la conversión en san Agustín", *Gregorianum* 22 (1941): 924, 324-52; M. Nédoncelle, *Testimonios de la fe. Los hecho de conversión ante la reflexión Cristian* (Madrid, 1955); M. Neusch, *Augustin. Un chemin de conversion. Une introduction aux Confessions* (Paris, 1986); A. D. Nock, *Conversion: The Old and the New in Religion from Alexander the Great to Augustine of Hippo* (Oxford, 1955); J. Oroz Reta, "Vocation divine et conversion humaine d'après saint Augustin" *SP* 22 (1987), 500-508; J. Oroz Reta, "Concepto de conversión de Platón a san Agustín", *Jornadas Internacionales de Filosofía Agustiniana* (Caracas) (1991): 951; J. Oroz Reta, "The Role of Divine Attraction in Conversion according to Saint Augustine", in *From Augustine to Eriugena: Essays on Neoplatonism and Christianity in Honour of J. O'Meara* (Washington, D. C., 1991), 155-67; C. Starnes, *Augustine's Conversion: A Guide to the Argument of the "Confessions"* 19 (Waterloo, Ont., 1990); F. Van Fleteren, "Saint Augustine's Theory of Conversion" *Coll Aug*, 1990, 65-80; M. Vannier, *Creatio, conversio, formado chez saint Augustin* (Fribourg, 1991).

José Oroz Reta, O.A.R.

Traducción del español al inglés:
Augustine Esposito, O.S.A.

Edición y revisión: Allan Fitzgerald, O.S.A.

Benedicto XVI revive la conversión de San Agustín

Quinta y última intervención en la audiencia general dedicada al obispo de Hipona

CIUDAD DEL VATICANO, miércoles, 27 febrero 2008 (ZENIT.org).- Publicamos la quinta y última intervención de Benedicto XVI en la audiencia general dedicada a la figura de san Agustín de Hipona, en esta ocasión, consagrada a su conversión.

* * *

Queridos hermanos y hermanas:

Con el encuentro de hoy quisiera concluir la presentación de la figura de san Agustín. Tras detenernos en su vida, en sus obras, y en algunos aspectos de su pensamiento, hoy quisiera volver a recordar su experiencia interior, que hizo de él uno de los más grandes convertidos de la historia cristiana. A esta experiencia dediqué en particular mi reflexión durante la peregrinación que hice a Pavía, el año pasado, para venerar los restos mortales de este padre de la Iglesia. De este modo quise expresar el homenaje de toda la Iglesia católica, y al mismo tiempo hacer visible mi personal devoción y reconocimiento por una figura a la que me siento sumamente unido por la importancia que ha tenido en mi vida de teólogo, de sacerdote y de pastor.

Todavía hoy es posible recorrer las vivencias de san Agustín gracias sobre todo a «Las Confesiones», escritas para alabanza de Dios, que constituyen el origen de una de las formas literarias más específicas de Occidente, la autobiografía, es decir la expresión personal del conocimiento de sí mismo. Pues bien, quien quiera que se acerque a este extraordinario y fascinante libro, todavía hoy sumamente leído, se da cuenta fácilmente de que la conversión de Agustín no fue repentina ni tuvo lugar plenamente desde el inicio, sino que puede ser definida más bien como un auténtico camino, que sigue siendo un modelo para cada uno de nosotros.

Este itinerario culminó ciertamente con la conversión y después con el bautismo, pero no se concluyó con aquella Vigilia pascual del año 387, cuando en Milán el profesor de retórica africano fue bautizado por el obispo Ambrosio. El camino de conversión de Agustín continuó humildemente hasta el final de su vida, hasta el punto de que se puede verdaderamente decir que sus diferentes etapas --se pueden distinguir fácilmente-- son una única y gran conversión.

La primera conversión

San Agustín fue un buscador apasionado de la verdad: lo fue desde el inicio y después durante toda su vida. La primera etapa en su camino de conversión se realizó precisamente en el acercamiento progresivo al cristianismo. En realidad, él había recibido de la madre Mónica, con la que siempre estuvo muy unido, una educación cristiana y, a pesar de que había vivido en los años de juventud una vida desordenada, siempre sintió una profunda atracción por Cristo, habiendo bebido el amor por el nombre del Señor con la leche materna, como él mismo subraya (Cf. «Las Confesiones», III, 4, 8).

Pero la filosofía, sobre todo la de orientación platónica, también había contribuido a acercarle a Cristo, manifestándole la existencia del *Logos*, la razón creadora. Los libros de los filósofos le indicaban que existe la razón, de la que procede todo el mundo, pero no le decían cómo alcanzar este *Logos*, que parecía tan alejado. Sólo la lectura de las cartas de san Pablo, en la fe la Iglesia católica, le reveló plenamente la verdad.

Esta experiencia fue sintetizada por Agustín en una de las páginas más famosas de «Las Confesiones»: cuenta que, en el tormento de sus reflexiones, retirado en un jardín, escuchó de repente una voz infantil que repetía una cantinela, nunca antes escuchada: «*tolle, lege, tolle, lege*», «toma, lee, toma, lee» (VIII, 12,29). Entonces se acordó de la conversión de Antonio, padre del monaquismo, y con atención volvió a tomar un códice de san Pablo que poco antes tenía entre manos: lo abrió y la mirada se fijó en el pasaje de la carta a los Romanos en el que el apóstol exhorta a abandonar las obras de la carne y a revestirse de Cristo (13, 13-14).

Había comprendido que esa palabra, en aquel momento, se dirigía personalmente a él, procedía de Dios a través del apóstol y le indicaba qué es lo que tenía que hacer en ese momento. De este modo sintió cómo se despejaban las tinieblas de la duda y se era liberado para entregarse totalmente a Cristo: «Habías convertido a ti mi ser», comenta («Las Confesiones», VIII, 12,30). Esta fue la primera y decisiva conversión.

El profesor de retórica africano llegó a esta etapa fundamental en su largo camino gracias a su pasión por el hombre y por la verdad, pasión que le llevó a buscar a Dios, grande e inaccesible. La fe en Cristo le hizo comprender que Dios no estaba tan alejado como parecía. Se había hecho cercano a nosotros, convirtiéndose en uno de nosotros. En este sentido, la fe en Cristo llevó a cumplimiento la larga búsqueda de Agustín en el camino de la verdad. Sólo un Dios que se ha hecho «tocable», uno de nosotros, era en último término un Dios al que se podía rezar, por el que se podía vivir y con el que se podía vivir.

La segunda conversión

Es un camino que hay que recorrer con valentía y al mismo tiempo con humildad, abiertos a una purificación permanente, algo que cada uno de nosotros siempre necesita. Pero el camino de Agustín no había concluido con aquella Vigilia pascual del año 387, como hemos dicho. Al regresar a África, fundó un pequeño monasterio y se retiró en él, junto a unos pocos amigos, para dedicarse a la vida contemplativa y de estudio. Este era el sueño de su vida. Ahora estaba llamado a vivir totalmente para la verdad, con la verdad, en la amistad de Cristo, que es la verdad. Un hermoso sueño que duró tres años, hasta que, a pesar suyo, fue consagrado sacerdote en Hipona y destinado a servir a los fieles. Ciertamente siguió viviendo con Cristo y por Cristo, pero al servicio de todos. Esto era muy difícil para él, pero comprendió desde el inicio que sólo viviendo para los demás, y no simplemente para su contemplación privada, podía realmente vivir con Cristo y por Cristo.

De este modo, renunciando a una vida consagrada sólo a la meditación, Agustín aprendió, a veces con dificultad, a poner a disposición el fruto de su inteligencia para beneficio de los demás. Aprendió a comunicar su fe a la gente sencilla y a vivir así para ella en aquella ciudad que se convirtió en la suya, desempeñando sin

cansarse una generosa actividad, que describe con estas palabras en uno de sus bellísimos sermones: «Predicar continuamente, discutir, reprender, edificar, estar a disposición de todos, es un ingente cargo y un gran peso, un enorme cansancio» («Sermón» 339, 4). Pero él cargó con este peso, comprendiendo que precisamente de este modo podía estar más cerca de Cristo. Su segunda conversión consistió en comprender que se llega a los demás con sencillez y humildad.

La tercera conversión

Pero hay una última etapa en el camino de Agustín, una tercera conversión: es la que le llevó cada día de su vida a pedir perdón a Dios. Al inicio, había pensado que una vez bautizado, en la vida de comunión con Cristo, en los sacramentos, en la celebración de la Eucaristía, llegaría a la vida propuesta por el Sermón de la Montaña: la perfección donada en el bautismo y reconfirmada por la Eucaristía.

En la última parte de su vida comprendió que lo que había dicho en sus primeras predicaciones sobre el Sermón de la Montaña --es decir, que nosotros, como cristianos, vivimos ahora este ideal permanentemente-- estaba equivocado. Sólo el mismo Cristo realiza verdadera y completamente el Sermón de la Montaña. Nosotros tenemos siempre necesidad de ser lavados por Cristo, que nos lava los pies, y de ser renovados por Él. Tenemos necesidad de conversión permanente. Hasta el final necesitamos esta humildad que reconoce que somos pecadores en camino, hasta que el Señor nos da la mano definitivamente y nos introduce en la vida eterna. Agustín murió con esta última actitud de humildad, vivida día tras día.

Esta actitud de humildad profunda ante el único Señor Jesús le introdujo en la experiencia de una humildad también intelectual. Agustín, que es una de las figuras más grandes en la historia del pensamiento, quiso en los últimos años de su vida someter a un lúcido examen crítico sus numerosísimas obras. Surgieron así las «*Retractiones*» («revisiones»), que de este modo introducen su pensamiento teológico, verdaderamente grande, en la fe humilde y santa de aquella a la que llama simplemente con el nombre de *Catholica*, es decir, la Iglesia. «He comprendido --escribe precisamente en este originalísimo libro (I, 19, 1-3)-- que sólo uno es verdaderamente perfecto y que las palabras del Sermón de la Montaña sólo son realizadas totalmente por uno solo: en Jesucristo mismo. Toda la Iglesia, por el contrario, todos nosotros, incluidos los apóstoles, tenemos que rezar cada día: "perdona nuestras ofensas así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden"».

Convertido a Cristo, que es verdad y amor, Agustín le siguió durante toda la vida y se convirtió en un modelo para todo ser humano, para todos nosotros en la búsqueda de Dios. Por este motivo quise concluir mi peregrinación a Pavía volviendo a entregar espiritualmente a la Iglesia y al mundo, ante la tumba de este grande enamorado de Dios, mi primera encíclica, *Deus caritas est*. Ésta, de hecho, tiene una gran deuda, sobre todo en su primera parte, con el pensamiento de san Agustín.

También hoy, como en su época, la humanidad tiene necesidad de conocer y sobre todo de vivir esta realidad fundamental: Dios es amor y el encuentro con él es la única respuesta a las inquietudes del corazón humano. Un corazón en el que vive la esperanza --quizá todavía oscura e inconsciente en muchos de nuestros contemporáneos--, para nosotros los cristianos abre ya hoy al futuro, hasta el punto de que san Pablo escribió que «en esperanza fuimos salvados» (*Romanos*, 8, 24). A la esperanza he querido dedicar mi segunda encíclica, *Spe salvi*, que también ha contraído una gran deuda con Agustín y su encuentro con Dios.

Un escrito sumamente hermoso de Agustín define la oración como expresión del deseo y afirma que Dios responde ensanchando hacia él nuestro corazón. Por nuestra parte, tenemos que purificar nuestros deseos y nuestras esperanzas para acoger la dulzura de Dios (Cf. San Agustín, «*In Ioannis*», 4, 6). Sólo ésta nos salva, abriéndonos además a los demás. Recemos, por tanto, para que en nuestra vida se nos conceda cada día seguir el ejemplo de este gran convertido, encontrando como él en todo momento de nuestra vida al Señor Jesús, el único que nos salva, que nos purifica y nos da la verdadera alegría, la verdadera vida.

[Al final de la audiencia, el Papa saludó a los peregrinos en varios idiomas. En español, dijo:]

Queridos hermanos y hermanas:

San Agustín es uno de los más grandes convertidos de la historia cristiana. En su libro «Las Confesiones» nos ha dejado una descripción de su experiencia interior de conversión, que continuó durante toda su vida y en la que se pueden ver tres etapas. La primera consiste en su acercamiento progresivo al cristianismo, hasta llegar al bautismo. Su pasión por el ser humano y por la verdad le llevó a buscar a Dios. Un Dios que en Jesús se ha hecho cercano a los hombres haciéndose uno de nosotros. Así, la fe en Cristo culminó su larga búsqueda de la verdad. Más tarde fue consagrado sacerdote, renunciando a una vida sólo de meditación y estudio, para poder servir a los fieles. La última etapa se caracteriza por la profunda humildad intelectual y ante el Señor, con la que sometió a examen crítico sus numerosas obras, para introducir así su pensamiento teológico en la fe de la Iglesia. Agustín es, por tanto, un modelo para cuántos buscan la verdad, enseñándonos que únicamente en el encuentro con Dios, que es amor, el corazón humano puede encontrar respuesta a sus inquietudes.

Saludo cordialmente a los visitantes de lengua española. En particular, a los formadores y seminaristas de Córdoba, con su Obispo, a los que animo a seguir con entusiasmo su preparación al sacerdocio. Saludo también a las Cofradías del Cristo de la Expiración de Sevilla y de Málaga, a los distintos grupos de estudiantes y peregrinos venidos de Argentina, Chile, España, México, y de otros países latinoamericanos. Siguiendo el ejemplo de san Agustín, os exhorto a fijar vuestra mirada en Cristo, que se entregó por nosotros, y proseguir con esperanza vuestro camino de conversión cuaresmal. Muchas gracias.

[Traducción del original italiano realizada por Jesús Colina © Copyright 2008 - Libreria Editrice Vaticana]

LA CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN? **SERGIO ZAÑARTU**

Agustín nace el año 354 en la pequeña ciudad de Tagaste (algunos miles de habitantes), en la actual Argelia. Este pueblo dista unos 300 Km. del Mediterráneo y está a 600 m de altura. Era un enclave de civilización romana en el África agrícola. Su padre, el pagano Patricio, es un pequeño burgués de escasos recursos. Quiere dotar a su hijo de una buena educación, que era el gran medio de ascensión social. Y Agustín llegará a detentar el cargo oficial de retórico en la corte de Milán y después, una vez convertido, será obispo de Hipona, segundo puerto de África.

Con Agustín adquiere el cristianismo latino, siempre retrasado respecto al griego, su estatura plena. El pensar filosófico es ahora aceptado en el quehacer teológico sin las antiguas reticencias. La genialidad de Agustín acompañará a Occidente durante los tiempos duros de la Edad Media y alcanzará hasta nuestros días.

En este hombre extraordinario sólo enfocaremos su conversión, es decir, el proceso de pecado y de gracia que se desarrolla en él hasta el año 387, en que alcanza los 32 años de edad. Fue una conversión larga y difícil. Seguiremos lo que él mismo nos cuenta en los nueve primeros libros de **Las Confesiones**, joya de la literatura universal y cuyo vigoroso influjo se ha hecho sentir hasta el presente. De ninguna manera pretendemos decirlo todo en el brevísimo espacio de este artículo, sino sólo hacer resaltar las líneas fundamentales del proceso y algunos de los vericuetos de esta historia de salvación.

Para seguir este proceso con más claridad, dividiremos esta exposición en tres etapas, a saber: 1) Desde su nacimiento (354) hasta la lectura del Hortensio (373): abarca sus primeros 18 años de vida; 2) Desde la lectura del Hortensio hasta su llegada a Milán (384), a los 30 años de edad; 3) Desde su llegada a Milán hasta su conversión y retorno a África (387-388).

1.- Desde su nacimiento hasta la lectura del Hortensio

Agustín ve su vida como una historia de gracia de Dios y de pecado, historia que comienza al menos con su nacimiento. Es acogido en esta vida por las consolaciones de la misericordia de Dios, por los consuelos de la leche humana. Pero también es historia de pecado, porque del infante quiere que todos le sirvan y se enoja cuando alguien no le obedece³. Nos recuerda la ira e indignación del infante cuando no se

² Este trabajo corresponde a una conferencia de extensión pronunciada en el Salón de Honor de la Universidad Católica de Chile con motivo del Seminario de Estudios Patristicos, que se realizó desde el 3 al 7 de octubre en la misma Universidad.

En él se presentaron trabajos, entre otros, sobre Ignacio de Antioquía, Ireneo de Lyon, Atanasio y el monaquismo, San Agustín.

³ "Y cuando no se me obedecía, o porque no me habían entendido o porque me era dañino, me indignaba con los mayores porque no se me sometían, y con los libres porque no aceptaban ser mis esclavos, y me vengaba de ellos llorando" (I, 4, 8).

Esta traducción y las siguientes son nuestras; el texto latino es el de Skutella.

le proporciona lo que apetece y cómo los niños, a veces, palidecen de envidia ante un colactáneo. Nuestro autor llega a exclamar: "Así lo inocente es la debilidad de los miembros infantiles y no el alma de los niños" (I, 7, 11). Porque, según Job (14, 4s.) en la versión de los LXX, "Nadie está delante de Ti limpio de pecado, ni siquiera el infante que tenga un solo día de vida sobre la tierra" (I, 7, 11).

El infante, mediante la expresión y la comunicación, se adentra en el mar proceloso de la sociedad humana bajo la dependencia de la autoridad de sus padres y del beneplácito de los mayores.

Pasa de la infancia a la niñez.

La sociedad no lo hará mejor. Los ideales demasiado humanos de los mayores, las malas compañías, las fábulas licenciosas de los literatos, su propia crisis de adolescencia en un año de ociosidad, lo arrastrarán más lejos aún.

Es entregado a la escuela, donde estudia por obligación bajo la amenaza de los azotes. Los juegos de niño lo cautivan y lo distraen de su tarea escolar. Espontáneamente reza, buscando en Dios su refugio, para no ser azotado.

Agustín cae gravemente enfermo y pide el bautismo, pero, cuando mejora, se lo dilatan⁴.

Agustín tiene éxito en la escuela. La vanagloria lo espolea. Su corazón siente un afecto desordenado por el episodio de la reina Dido en la Eneida. Además es mentiroso, trampea en las competencias y comete pequeños robos familiares. Con todo, da gracias a Dios en **Las Confesiones** por todos los beneficios recibidos, como la vida, los dones naturales y buenas inclinaciones.

Termina sus estudios en Madaura, ciudad universitaria, y tiene que esperar un año en Tagaste, su ciudad natal, antes de ir a continuar su formación en Cartago. Es un año de ociosidad, con malas compañías, en sus tormentosos 16 años de edad. Experimenta un despertar brusco del sexo, del deseo de amar y ser amado⁵.

Pero lo que retendrá largamente la atención de Agustín, es el robo de peras, que comete en "patota". Porque la razón no era comerse las peras ni ninguna otra utilidad, sino solamente el gusto de hacer lo prohibido⁶. ¿Qué placer, qué bien buscaba en esto? ¿Imitar la libertad omnipotente de Dios? Agustín, observa en este hecho, la malicia de la voluntad humana, lo que es la libertad del espíritu.

⁴ "Y así se difirió mi purificación como si fuera inevitable que me manchara de nuevo, si vivía, y porque, en verdad, después del bautismo la falta sería más grave y peligrosa si yo recaía en los fangos del pecado" (I, 11, 17).

⁵ "¿Y qué era lo que me deleitaba sino amar y ser amado? Pero yo no guardaba un modo de intercambio de alma a alma, como señala la senda luminosa de la amistad. Por el contrario, surgían nieblas "del fango de la concupiscencia carnal y del manantial de la pubertad, que oscurecían y ofuscaban mi corazón, a tal punto que no distinguía la serenidad de la dilección de la espesa polvareda de la sensualidad. Ambas confundidas abrazaban y arrastraban mi débil edad por los senderos abruptos de las pasiones y la sumergían en el abismo de los vicios" (II, 2, 2). Y más tarde dirá: "Amar y ser amado era lo más dulce para mí si yo podía gozar también del cuerpo del ser amante. Manchaba, por lo tanto, la vena de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia y oscurecía su candor con los vapores infernales de la sensualidad" (III, 1, 1).

⁶ "Ni quería gozar de ese objeto que apetece por el robo, sino del mismo robo y pecado" (II, 4, 9).

Vayamos con él a Cartago, la gran ciudad de África. Ahí prosigue sus amores vergonzosos, pero mantiene distancia respecto a los "eversores" (estudiantes vandálicos), en los que ve algo de demoníaco. Se aficiona al teatro, a sufrir con las emociones ficticias del actor⁷.

Pero este camino de lejanía de Dios y de sí mismo estaba sembrado de amarguras. "Dios mío, misericordia mía, con cuánta hiel no rociaste aquella mi suavidad y cuán bueno fuiste en ello. Porque fui amado y llegué secretamente al vínculo del placer y, alegre, me dejé atar con ligaduras de miseria para ser luego azotado con las varas de acero candente del cielo, de las sospechas y de los temores y de las iras y de las contiendas" (III, 1.1.). "Porque tú has prescrito, y así es, que toda alma desordenada sea para sí misma su propio castigo" (I, 12, 19).

2.- Desde la lectura del Hortensio hasta la llegada a Milán

Agustín ha entrado en los 19 años y el ciclo de estudios lo lleva a leer el Hortensio de Cicerón. Este libro lo hace arder en deseos de alcanzar la sabiduría, en un ímpetu filosófico-religioso. Es el comienzo de la larga conversión de Agustín que demorará 13 años.

De repente toda vana esperanza llegó a ser vil para mí y con increíble ardor de corazón anhelaba la inmortalidad de la sabiduría. Había comenzado a levantarme para volver hacia ti" (III, 4, 7). "¡Cómo ardía, Dios mío, cómo ardía en deseos de volar desde lo terreno hacia ti! ¡Y no conocía lo que tú obrabas conmigo! Porque en ti está la sabiduría." (III, 4, 8).

Pero hay algo que Agustín echa de menos en la filosofía: el nombre de Cristo que Agustín bebió en su infancia⁸.

Esta carencia lo conduce a leer la Biblia. Pero Agustín no encuentra en ella el lenguaje ciceroniano. No tenía la humildad suficiente para comprender que detrás de apariencias chocantes para él, se escondía un misterio profundo. Le faltó preparación y humildad.

En ese momento de su vida, se encuentra con la secta gnóstica de los maniqueos, dualistas que aparentaban una alta conducta moral. Hacían estragos entre los cristianos de África, revistiéndose de cierto ropaje cristiano y contraponiéndose a la tradicional y ruda Iglesia africana⁹.

Lo atraen por el ideal de santidad y a la vez le diluyen su complejo de culpabilidad al explicarle que el mal que él hace no es obra de Agustín, sino del principio del mal que está en él. Lo confirman en el rechazo de la Biblia. Pero quizás lo que más lo sedujo fue el inte-

lectualismo: prometían la ciencia en que todo se prueba; despreciaban la fe.

A Agustín, que buscaba con pasión la sabiduría y a Dios, bien supremo, le ofrecen platos de materialismo grosero. Más de 9 años durará este embaucamiento doloroso, seguido de una creciente desilusión. Esto hará que la conversión de Agustín sea difícil, pero sólida y profunda, porque no quiere equivocarse una segunda vez.

El 373 Agustín, convertido en un maniqueo proselitista, vuelve como profesor a Tagaste. Su madre Mónica no quiere recibirlo en su casa hasta que tiene un sueño en el que el Señor le indica que Agustín llegará a ser católico como ella. Esta promesa, esta esperanza, será el sentido de la vida de Mónica. Y el obispo le dice: "Ándate; tan verdadero como que vives, no puede ser que el hijo de estas lágrimas perezca" (III, 12, 21).

La gran figura que atraviesa el libro de **Las Confesiones** es la de Mónica. Madre según la carne, que no le busca una solución matrimonial en África, que no quiere separarse de su hijo que parte a Italia. Pero madre según el espíritu, cada vez más presente en la conversión de Agustín. Este, especialmente en el libro IX, hace su elogio y, entre otras cosas, dice: "Había nutrido a sus hijos dándolos a la luz tantas veces cuantas veía que se desviaban de ti" (IX, 9, 22). Agustín le profesó un amor extraordinario. Ella era, a la vez, una mujer dominante. Pero también tenía la sabiduría de la mujer sencilla y piadosa. Para Agustín el catolicismo será la religión de Mónica.

Pero Agustín no sólo es inteligencia sino que posee un corazón muy sensible a la amistad. Es extraordinariamente social. Es él y su grupo de amigos los que se van trasladando de un sitio a otro; la conversión será colectiva. Agustín tiene en Tagaste un amigo de infancia, amigo del alma. Este muere. Agustín no soporta más los lugares que frecuentaban juntos¹⁰.

Golpeado a fondo por la muerte, huye a Cartago, donde se instala como profesor de retórica.

Agustín va sanando lentamente con el tiempo y la amistad. Vive con un grupo de amigos (él desempeña el papel de maestro), con los que cultiva un intenso diálogo intelectual y fraternal. Este círculo es prototipo de la comunidad a la que seguirá aspirando. Corresponde al deseo de la élite intelectual de su tiempo: cultivar en un círculo de amigos un ocio dedicado a la filosofía.

Agustín tiene una concubina, a quien guardará fidelidad durante unos 15 años. Mujer innostrada, madre de su hijo Adeodato. Ella es el lazo de la carne, a quien Agustín parece haber tenido un gran cariño. Agustín también cree en los horóscopos y sus amigos no consiguen disuadirlo.

Agustín, pese al maniqueísmo, continúa siendo un buscador incesante de la verdad. Lee por su cuenta muchos libros de Artes Liberales, las **Categorías** de Aristóteles y otros escritos filosóficos.

⁷ "Mas yo, entonces desventurado, amaba sufrir y buscaba que hubiera de qué dolerse, cuando en la desgracia ajena e imaginaria y mímica, tanto más me agradaba y vehemente cautivaba la representación del comediante cuanto me arrancaba más lágrimas" (III, 2, 4).

⁸ "Y sólo una cosa me quebrantaba en tanto ardor: el nombre de Cristo no estaba allí. Porque este nombre, Señor, el nombre de mi Salvador, tu Hijo, por tu misericordia mi tierno corazón lo había bebido piadosamente ya en la misma leche materna y lo guardaba en lo más profundo. Y nada sin este nombre, por muy literario, pulido y verídico que fuera, me arrebatara del todo" (III, 4, 8).

⁹ "De este modo caí entre hombres delirantes de soberbia, carnales y locuaces en demasía, que tenían en su boca los lazos del diablo y una sustancia pegajosa hecha con mezcla de las sílabas de tu nombre y del Señor Jesucristo y del Paráclito, consolador nuestro, el Espíritu Santo" (III, 6, 10).

¹⁰ "Este dolor entenebreció mi corazón y todo lo que miraba era muerte para mí. La Patria me era un suplicio y la casa paterna una desgracia incomprensible, y todo lo que había intercambiado con él, sin él se había convertido en tortura atroz" (IV, 4, 9). "Sólo el llanto me era dulce y había ocupado el lugar de mi amigo en las delicias de mi corazón" (IV, 4, 9).

Estudia Astrología. Asiste a disputas públicas entre Elpidio y los maniqueos sobre las Escrituras.

Escribe su primer libro **De pulchro et apto** (Sobre lo bello y lo apto), en el que integra otras doctrinas, además de las maniqueas.

No es, pues, de extrañar que diversas preguntas respecto al maniqueísmo surjan con viveza en la mente de Agustín. La más nítida era que la cosmología maniquea no correspondía a los conocimientos racionales de la astronomía. Pero estas preguntas quedaban sin respuesta. Los maniqueos lo remitían a un gran personaje, Fausto, cuya visita se esperaba. Agustín se entrevista con Fausto y encuentra en él a un retórico de menos cultura que la suya. Su decepción es muy profunda.

Además el maniqueísmo no le ofrece un camino de progreso y ascensión. Agustín ya no espera respuesta de los maniqueos, pero mantiene su adhesión a la secta mientras sigue buscando la verdad¹¹.

No teniendo ya nada que hacer en África, atraído por la capital del Imperio, por una carrera más esplendorosa y, sobre todo, por alumnos más tranquilos, parte a Roma engañando a Mónica.

En Roma sus contactos son más bien con los "elegidos" del maniqueísmo. El ojo penetrante de Agustín va descubriendo que sus costumbres no son tan santas. Una enfermedad lo conduce al borde de la muerte. Lo que más lo retiene unido al maniqueísmo es el concepto de Dios y el problema del mal.

En su búsqueda y desilusiones recibe un fuerte influjo del escepticismo de la Nueva Academia, quizás especialmente a través de Cicerón. Su actitud será la probabilística; seguir aquello que parezca lo más sensato. Gracias a influencias maniqueas obtiene del pagano Símmaco el nombramiento de retórico en la corte de Milán.

3.- Desde la llegada a Milán hasta su conversión Catecúmeno católico

Agustín llega a Milán el año 384, teniendo 30 años de edad. Por ese tiempo descuella en Milán la gran figura de Ambrosio, antiguo gobernador de la Italia del Norte y actual obispo. S.

Ambrosio es uno de los grandes Padres de la Iglesia occidental. Es un típico representante de la alta sociedad romana, de enorme autoridad en el Imperio en todos los asuntos referentes a las relaciones Iglesia-Estado; pero, a la vez, es gran pastor que pone a disposición de sus fieles la teología y exégesis griegas y el pensamiento neoplatónico. No es un pensador original, como lo será su convertido: Agustín.

Agustín acude a escuchar su oratoria. La encuentra menos seductora que la de Fausto, pero con más riqueza de contenido. Y ese contenido lo va penetrando lentamente. La exégesis alegórica le abre los ojos para la interpretación de la Biblia. Caen por tierra las objeciones maniqueas. Que el hombre sea hecho a imagen de Dios no significa que los católicos conciben a Dios como "antropoide".

¹¹ "Por lo demás, todo el esfuerzo que me había propuesto de progresar en esa secta, desapareció completamente apenas conocí a aquel hombre. No que me separara del todo de ellos, sino que mientras no encontrara algo mejor que aquello en lo que ya de todos modos me había metido, resolví contentarme con eso por el momento, a menos que apareciera, por fortuna, algo que tuviera que preferir." (V, 7, 13).

Entonces decide, basado en el probabilismo escéptico, romper con los maniqueos y considerarse catecúmeno de la Iglesia católica¹². Admira cada vez más la persona y autoridad de Ambrosio. Pero se mantiene a cierta distancia porque no se atreve a interrumpir sus lecturas silenciosas. Poco a poco se va abriendo a la problemática sobre la necesidad de la autoridad y de la fe para llegar a la verdad. Se inclina a ver la autoridad en la Iglesia de Ambrosio, a la que corresponde la fe sencilla de Mónica.

La autoridad está ciertamente en las Escrituras, porque Dios providente no permitiría que tuvieran tanta autoridad si fueran un falso camino. Aquí confiesa que, a pesar de todos sus desvíos, él siempre ha creído en Dios y en su Providencia¹³. También se goza en el sentido espiritual de las Escrituras¹⁴.

Es un simpatizante del cristianismo, pero quiere la claridad total para avanzar; no desea volver a equivocarse como le aconteció con el maniqueísmo¹⁵. Le quedan dos problemas por solucionar: en el campo intelectual es el concepto de Dios (como sustancia espiritual) y, íntimamente unido a él, el problema del mal; en el campo del corazón, la soberbia, la vanagloria, la carne.

"Ardientemente deseaba honores, ganancias, matrimonio; y tú te reías de eso. En esos deseos padecía los más amargos trabajos; tu benignidad se mostraba tanto más cuanto menos permitías que encontrara dulzura en lo que no eras tú" (VI, 6, 9).

Florece los proyectos intermedios: matrimonio con una mujer que tenga un poco de dinero, y un gobierno de provincia de tercera clase, que le permita dedicarse a la filosofía. El grupo de amigos se plantea también un proyecto de vida común, pero éste fracasa por causa de las débiles esposas.

No sabía que el celibato es un don de Dios. Temía convertirse. "Amando la vida feliz, temíala donde se hallaba y buscábala huyendo de ella. Pues pensaba que sería demasiado desventurado si me viera privado de las caricias de una mujer" (VI, 11, 20). Sus proyectos siguen adelante y Mónica apoya.

Pide la mano de una joven pre núbil (le faltaban dos años) y despide a su concubina, carne de su carne, después de unos 15 años de convivencia. "Entre tan-

¹² "Y así, a ejemplo de los Académicos —según se los interpreta—, dudando de todo y fluctuando entre todas las doctrinas, decidí que ciertamente había que abandonar a los maniqueos, no creyendo deber permanecer, en ese momento en que dudaba, en esa secta a la que ya anteponía algunos filósofos. Sin embargo, rehusaba del todo encomendar la curación de las debilidades de mi alma a estos filósofos porque ellos no tenían el saludable nombre de Cristo. Resolví, por lo tanto, ser catecúmeno en la Iglesia Católica, que tenía la recomendación de mis padres, hasta que no brillase algo de cierto hacia donde dirigir mis pasos." (V, 14, 25).

¹³ "Porque ningún ataque de las objeciones calumniosas que había leído en numerosos escritos de filósofos opuestos entre ellos jamás pudo conseguir alguna vez rehusar creer que tú existes —fuera lo que fuera, lo que ignoraba— o que el gobierno de las cosas humanas te pertenece" (VI, 5, 7).

¹⁴ "Oía con goza a Ambrosio, quien recomendándolo con mucha diligencia como norma, decía a menudo en los sermones populares: la letra mata, pero el espíritu vivifica. AL mismo tiempo, en pasajes que según la letra parecían enseñar la perversidad, él abría el velo místico que los cubría interpretándolos espiritualmente sin decir nada que me chocara; diciendo, sin embargo, cosas que yo todavía ignoraba si eran verdad." (VI, 4, 6).

¹⁵ "Porque yo retenía el corazón de todo asentimiento temiendo el precipicio, pero esta suspensión del juicio me mataba más" (VI, 5, 6).

to multiplicábanse mis pecados y, arrancada de mí costado, como impedimento para el matrimonio, aquella con quien solía compartir mi lecho, mi corazón, al que ella se había adherido, fue destrozado y herido, y manaba sangre" (VI, 15, 25).

Esta medida agrava la crisis. Agustín no puede contenerse y para el entretiem po se procura otra mujer. Su herida se gangrenaba. La crisis de Agustín, a medida que se agrava, se acerca a su paroxismo y a su sanación. El la resume con esta frase: "yo me hacía cada vez más miserable y tú más cercano" (VI, 16, 26).

El desenlace intelectual

Volvamos al aspecto intelectual. Agustín estaba empantanado sobre todo por no poder concebir a Dios como espíritu. Llega a imaginarlo casi como un espacio matemático, como un fluido sin límites que abarca todo. Pero ya creía, en contra de la concepción maniquea de lucha entre el bien y el mal, que Dios era inmutable. Ligado al problema de Dios, está el problema del mal. Ambrosio le enseña que el mal depende de su voluntad, pero Agustín se sigue preguntando por su origen. Otro paso adelante que da Agustín es el rechazo de los horóscopos. Ya aceptaba algunos puntos que todavía no constituían la fe propiamente dicha, sino una creencia¹⁶. Pero Ambrosio también lo ha introducido suavemente, a través de sus predicaciones, al ambiente neoplatónico, muy cultivado en algunos círculos milaneses. Lee algunos libros platónicos, especialmente a Plotino. Sigue la invitación a entrar en sí mismo y elevarse a Dios. Tiene una experiencia, por así llamarla, mística, neoplatónica y cristiana a la vez, en que descubre la espiritualidad de Dios a través de la actividad de su espíritu. La describe así: "Y advertido por estos libros de volver a mí mismo, entré en mi interior guiado por ti, y lo pude hacer porque tú te hiciste mi sostén. Entré y vi con el ojo de mi alma, coma quiera que él fuese, por encima del mismo ojo de mi alma, por encima de mi mente, una luz inmutable, no ésta vulgar y visible a toda carne ni un tipo de luz del mismo género que fuera más grande y que, por ejemplo, resplandeciera con muchísima mayor luminosidad y lo llenara todo con su grandeza. No era esto aquella luz, sino cosa distinta, muy distinta de todas ellas" (VII, 10, 16). Capta a Dios como la luz fundante de la actividad de su espíritu. Todo se transforma a la luz de Dios. Se reordena su visión del ser. Y así ve al mal como un no ser, como una carencia de ser. Toda la creación es fundamentalmente dependiente de Dios, está entre el ser y el no ser. Agustín se percibe a sí mismo en la región de la disimilitud, de la distancia de Dios y de él mismo. La escala de subida a Dios pasa a través de su interioridad. Trata de mantenerse en esta iluminación, de rehacerla, pero fracasa. Sus fuerzas no le bastan. Entonces descubre el rol del mediador, Cristo, la necesidad de la humildad, la diferencia que existe

¹⁶ "Ya pues, Ayudador mío, habías desatado aquellas ligaduras y buscaba el origen del mal y no encontraba solución; pero no permitías que el oleaje de mi pensamiento me apartara de aquella fe por la que creía que existes, que tu sustancia es inmutable, que tú te preocupas de los hombres y que los juzgas, que en Cristo, tu Hijo, nuestro Señor, y que en las Santas Escrituras, las que garantizan la autoridad de tu Iglesia Católica, tú estableciste el camino de la salvación humana, para aquella vida que sobrevendrá después de esta muerte" (VIII, 7, 11).

entre la presunción platónica y la humildad cristiana, entre ver la patria y conocer el camino que conduce a ella (cf. VII, 20, 26). En los platónicos había encontrado la Trinidad, pero no la encarnación ni la gracia. Lee, ahora, la Biblia, especialmente a Pablo. Exulta temblando. Ha encontrado: no sólo todo lo de los platónicos, sino también la humildad y la gracia¹⁷.

La conversión de la voluntad

Ha terminado, por así decirlo, su conversión intelectual. Pero esto no basta. Agustín siempre había creído que una vez descubierta la verdad, la seguiría inmediatamente. Pero no es así. Ahora que ha superado los problemas intelectuales, siente todo el peso del pecado en su voluntad. Agustín va a tomar profunda conciencia de la debilidad de su querer. "Pero respecto a mi vida temporal todo vacilaba y había que purificar el corazón de la vieja levadura; y me gustaba el camino —el mismo Salvador—, pero todavía temía caminar por sus desfiladeros" (VIII, 1, 1).

Ya no lo retenía ni el dinero ni el honor, pero sí sus relaciones con la mujer. Acude a Simpliciano, padre espiritual de Ambrosio, figura central de los neoplatónicos de Milán. Va a consultarlo sobre el camino: matrimonio o celibato.

Simpliciano le cuenta la conversión del neo-platónico Mario Victorino, que muestra la compatibilidad entre la filosofía y la Iglesia. Agustín arde en deseos de imitarlo. Pero estaba prisionero de su propia voluntad¹⁸. Otra voluntad, sin embargo, ha surgido en él, aunque todavía débil para vencer a la antigua¹⁹. Agustín se debate entre el querer y el no querer de sus dos voluntades, como un "dormilón" que quiere despertarse y vuelve a caer dormido.

Entonces escucha el relato de Ponticiano sobre la vida de S. Antonio, monje egipcio, sobre la vida de los monasterios y sobre la brusca conversión de dos compañeros de Ponticiano, inspectores de administración. Esto hace que Agustín se enfrente a su propio pecado sin poder ya escabullirse. "Y me veía y me horrorizaba y no había dónde huir de mí mismo" (VIII, 7, 16). Ahora se odiaba a sí mismo²⁰.

¹⁷ "Y comencé y encontré que todo cuanto de verdadero había leído allí (en los platónicos) se decía aquí bajo la recomendación de tu gracia para el que ve no se gloríe como si no hubiera recibido no sólo lo que ve sino también el ver" (VII, 21, 27).

¹⁸ "Cosa por la que suspiraba encadenado, no con hierros extraños sino por mi férrea voluntad. El enemigo poseía mi querer y de él me había hecho una cadena y me aprisionaba. Porque de la voluntad perversa nace el apetito y de servir al apetito nace la costumbre y de no resistir a la costumbre nace la necesidad. Por medio de éstos, a modo de anillos entrelazados entre sí —por esto hablé de cadena—, una dura servidumbre me tenía atado" (VIII, 5, 10).

¹⁹ "Por otra parte, la voluntad nueva, que había comenzado a formarse en mí, de servirme gratuitamente y de querer gozar de ti, Dios mío, único regocijo cierto, todavía no era apta para vencer a la primera, robustecida con los años. De este modo dos voluntades en mí, una vieja y otra nueva, la carnal y la espiritual, luchaban entre sí y su discordia dislocaba mi alma" (VIII, 5, 10).

²⁰ "Entonces, en verdad, cuanto más ardientemente amaba a aquellos, escuchando sus sentimientos saludables porque se habían entregado totalmente a ti para ser sanados, tanto más execrablemente me odiaba a mí mismo, al compararme con ellos. Porque muchos años de mi vicia se habían escurrido conmigo, quizás doce, desde mis diecinueve años de edad cuando leído el Hortensio de Cicerón me había sentido incitado por la afición a la sabiduría, y difería consagrarme a investigarla despreciando la felicidad terrena. No sólo el hallazgo de la sabiduría sino ya la simple investigación deberían ser antepuestos a los tesoros encontrados y reinos

Y añade: "y había pensado que yo difería por eso de día en día el solo seguirte a ti, despreciada la esperanza del siglo, porque no se me descubriría algo cierto adonde dirigir mis pasos" (VIII, 7, 18). Y ahora ¿qué? Su alma queda muda y temblando; teme mortalmente el convertirse.

Totalmente turbado se dirige hacia Alipio y exclama: "Se levantan los indoctos y arrebatan el cielo. Y nosotros con nuestras doctrinas sin corazón, ¡ved que nos revolcamos en la carne y en la sangre!" (VIII, 8, 19).

Quería ir a Dios y no iba. Quería y no quería. Su querer no era pleno sino parcial. Había dos voluntades en él. Así la crisis llega a su paroxismo. "Pues me decía a mí mismo interiormente: ¡jea!; ¡sea ahora, sea ahora!" Y con esta palabra ya iba a decidirme, ya casi lo hacía; pero no lo hacía, aunque no volvía a caer en lo anterior sino que estaba muy cerca y tomaba aliento. Y de nuevo me esforzaba y era ya un poco menos lo que distaba y otro poco menos y ya casi tocaba y lo tenía. Y no, no llegaba ni lo tocaba ni lo tenía, dudando en morir a la muerte y vivir a la vida" (VIII, 11, 25).

Las viejas amistades, los viejos hábitos que se alejan preguntan a Agustín si va a poder vivir sin ellos. Por otro lado, la digna y serena gallardía de la continencia lo invita a imitar lo que hacen tantos hombres y mujeres en la Iglesia, a confiar en la gracia de Dios. Agustín prorrumpe en llanto, llanto que es súplica a Dios.

Entonces, siguiendo a la voz de la Providencia "toma y lee", abre la Biblia al azar. Es un pasaje de la epístola a los Romanos (13, 13s.). "No en comilonas y borracheras, no en fornicaciones y deshonestidades, no en contiendas y envidias, sino revestíos del Señor Jesucristo y no proveáis a la carne con concupiscencias" (VIII, 12, 29). Y añade: "al instante, en efecto, al terminar esta sentencia, como si una luz de seguridad se hubiera derramado por mi corazón, se disiparon todas las tinieblas de la duda" (VIII, 12, 29). Ha triunfado la atracción de Dios. Agustín ha llegado al reposo y al júbilo después de un largo y doloroso peregrinar. Alipio se le agrega inmediatamente mostrando una gran serenidad. Comunican la noticia a Mónica que es colmada por el gozo. Su oración ha sido escuchada por Dios más allá de lo que ella misma pedía.

Agustín rompe con su profesión de retórico, con ser mercader de palabras. Junto con él es su grupo de amigos el que se convierte. Se retira con ellos a la vida campestre de Casiciaco realizando un intento de su antiguo proyecto, una vida filosófica cristiana en la que de hecho Agustín es el maestro.

El círculo milanés queda pendiente de los escritos de este recién convertido. Está lleno de fervor y alegría. Vibra con los salmos de David y con los himnos de la Iglesia. El año 387, a los 32 años, es bautizado en Milán por Ambrosio, junto con su amigo Alipio y su hijo Adeodato.

Visión de Ostia

El grupo decide volver a África, porque cree que allí será más útil a Dios. Esperando barco, Mónica su madre, madre según la carne y según el espíritu, muere y es enterrada. Pero antes, un día conversando apoyados en la ventana del jardín interior, anhelando la vida eterna y receptivos a la acción de Dios,

se produce el —llamado por muchos— "éxtasis" de Ostia. Con afecto ardiente dejaron atrás lo corporal y el cielo del sol, luna y estrellas, y, ascendiendo dentro de sí mismos, alcanzaron la región eterna de la vida y de la sabiduría. "Y mientras hablábamos y la deseábamos con ardor y llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu del corazón. Y suspiramos y dejamos ahí prisioneras las primicias del espíritu, y regresamos al estrépito de nuestra boca, donde comienza y termina la palabra.

¿Pero qué hay semejante a tu Verbo, nuestro Señor, que permanece en sí sin vejez y renovando todas las cosas?" (IX, 10, 24)²¹.

Epílogo

Vuelven a África en calidad de "siervos de Dios" —una especie de laico consagrado a la vida perfecta, que jugaba un papel importante en la Iglesia latina. Se instalan en Tagaste formando una comunidad. Parecería una simple comunidad filosófica, pero experimentan las necesidades apremiantes de la Iglesia de África, en la que ellos, grupo de ex-maniqueos, son una élite descollante. Las necesidades de la Iglesia los van a ir transformando y Agustín se va a dejar transformar en hombre de Iglesia. El año 391 va a ser consagrado sacerdote de Hipona, segundo puerto de África. El 395 será obispo coadjutor y el 396, a la muerte de Valerio, obispo titular.

Lo importante para nosotros es que es entonces cuando comienza a escribir su libro **Las Confesiones**. Han pasado 10 años desde la conversión y Casiciaco y durante ellos se ha operado una especie, podríamos decir, de segunda conversión que se manifestará en su libro. Su libro es como una reinterpretación actual de su vida.

Ahora no sólo es un hombre de Iglesia, sino que ha abandonado el ideal de Casiciaco, ideal compartido por lo mejor de la antigüedad pagana de su tiempo. Este consistía en llegar a ser sabio, semejante a Dios, en una atmósfera retirada, en una vida de contemplación. Ahora sabe que jamás alcanzará este ideal del platonismo cristiano, de hacer triunfar el espíritu sobre el cuerpo. Tiene plena conciencia de sus debilidades y limitaciones. De ellas nos habla en el extraordinario y, para muchos, desconcertante libro X de **Las Confesiones** en que nos da cuenta de su estado actual.

Agustín ha abandonado, pues, el sueño de perfección que tenía al convertirse. En esto han influido, además

²¹ Agustín parafrasea esta experiencia de la siguiente manera. "Si en alguien callase el tumulto de la carne, si callasen las imágenes de la tierra y de las aguas y del aire, si también los cielos callasen, si el alma callase y se trascendiera no pensando en sí misma, si callasen los sueños y las revelaciones imaginarias, si en él callasen por completo toda lengua y todo signo y todo lo que se hace pasando —puesto que todas estas cosas dicen a quien les presta oídos: no somos nosotras las que nos hicimos sino que nos hizo aquél que permanece para siempre—, esto dicho, si ya callaran porque dirigieron el oído hacia aquél que las hizo y si hablara él sólo no por medio de ellas sino por sí mismo de modo que oyéramos su palabra no por lengua de carne ni por voz de ángel ni por sonido de nube ni por enigma de semejanza sino que le oyéramos, sin estas cosas, a él mismo a quien amamos en ellas —como al presente nos elevamos y tocamos en un rápido pensamiento la sabiduría eterna que permanece sobre todo—, si esto se prolongara y fueran retiradas todas las otras visiones de índole muy inferior y ésta única arrebatara y absorbiera y sumergiera en los goces interiores al que la contempla, de modo que así fuera la vida eterna cual fue este momento de inteligencia por el cual habíamos suspirado... ¿no es esto: entra en el gozo de tu Señor? Mas, ¿cuándo será esto? ¿No es cuando todos resucitemos pero no todos seamos cambiados?" (IX, 10, 25).

de su experiencia pastoral y personal, sus obras anti maniqueas que lo han hecho escarbar en el problema del mal más allá de la respuesta platónica. Igualmente influyen los comentarios que hace a la epístola a los Romanos. Es claro para él que el hombre depende totalmente de la gracia de Dios. La vida espiritual es siempre un camino, camino difícil, que hay que seguir recorriendo.

Asimismo Agustín atribuye un rol más importante al sentimiento junto a su siempre penetrante inteligencia.

Esta es, a grandes trazos y con enormes simplificaciones, la conversión de Agustín tal cual se plasma en el libro de **Las Confesiones**. Este libro es una confesión de su pecado y una confesión (alabanza) de Dios y de su gracia; es una oración sobre su propia vida y un testimonio para sus hermanos. Es la historia del pecado y de la gracia, del amor salvador de Dios. Agustín nos sumerge en su mundo, en sus reflexiones filosófico-teológicas; oramos y buscamos con él. En este libro deja estampado un profundo sello personal y existencial. Por todo esto, es uno de los libros más encantadores e impactantes de la historia espiritual de la humanidad. La conversión de Agustín es una búsqueda ansiosa de Dios y de la felicidad. Desde el comienzo dice a Dios: "Tú lo mueves a que se deleite en alabarte, porque nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti" (I, 1, 1). La conversión es el doloroso camino para superar la esclavitud de sus sentidos, aun respecto al concepto de Dios. Es la aventura del sometimiento de la razón a la gracia. Sus pecados se resumen en orgullo y sensualidad.

Su conversión es el reencuentro consigo mismo, porque a Dios no lo encuentra cuando vaga lejos de sí mismo, perdido en lo sensible, sino cuando retorna a su interior. "Tú, sin embargo, estabas más adentro de lo más íntimo mío y más arriba de lo más elevado de mí mismo" (III, 6, 11)²². Su conversión es la victoria de la gracia y una vez convertido pudo exclamar: "¿Mandas la continencia? Da lo que mandas y manda lo que quieras" (X, 29, 40).

²² "¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo afuera y allá te buscaba y me lanzaba torpemente sobre esas cosas bellas que hiciste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si en ti no estuvieran, no existirían. Llamaste y clamaste y rompiste mi sordera; brillaste, resplandeciste y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste perfume y aspiré y suspiro por ti; gustó y tengo hambre y sed; me tocaste y me inflamé hacia tu paz" (X, 27, 38).

CONVERSIÓN DE AGUSTÍN²³

Separación de su amante

Mónica había procurado señalar con el signo de la cruz a su recién nacido Agustín y darle la sal bendita, lo cual denotaba su pertenencia a la Iglesia Católica como catecúmeno. La gran importancia y responsabilidad inherentes al bautismo llevaban a muchos recibían el bautismo en el lecho de muerte. La decisión de Agustín de recibir el bautismo tardó en hacerse realidad debido a dos obstáculos: de naturaleza moral uno y otro de índole intelectual.

El problema estaba en remover dichos obstáculos. La relación con su amante terminó una nueva novia, de primera clase para su hijo. Le encontró una nueva novia, de sólo diez años, dos años por debajo de la edad núbil. Agustín había amado sinceramente a su concubina y la separación hizo sangrar a su sensible corazón. "Mi corazón, que estaba íntimamente unido a ella fue quebrando y herido, dejando un reguero de sangre. Ella retornó a África con el propósito de no volver a unirse a ningún hombre".

El, infeliz e incapaz de seguir el ejemplo de aquella mujer, consiguió otra amante. Esto, sin embargo, no le proporcionó consuelo: "Pero no por eso se curaba aquella herida mía, originada en la amputación de la compañía precedente, sino que, después de una elevada fiebre y de un dolor inaguantable, comenzaba a gangrenarse. A medida que iba enfriándose la herida, iba haciéndose más desesperados los dolores".

Para Agustín la conversión llevaba consigo mucho más que un honroso matrimonio; implicaba la dedicación al ideal monástico del ascetismo y la castidad.



De la razón a la fe



La dificultad intelectual entrañaba mayor complejidad. Durante mucho tiempo consideró la fe católica apta para gente sencilla como su madre Mónica. Porque él había puesto todo su confianza en el poder de la razón y deseaba comprender y entenderlo todo mediante sus propios recursos. Era un racionalista en el pleno sentido de la palabra. Los maniqueos le habían prometido la comprensión de los misterios de la vida, sin necesidad de la fe. Ellos se mofaban de la mera fe y prometían conocimiento. Y, en cambio, exigían creer en multitud de fábulas y absurdos mitos: "Me mandaban creer a Manes". Estaba desilusionado y su racionalismo hacía agua. A estas alturas dio preferencia a la fe católica, por parecerle más aceptable que la iglesia le propusiese creer lo que no podía

ser demostrado por la razón. Asimismo, cayó en la cuenta del papel de la fe en la vida cotidiana: cuántas cosas creemos que no hemos visto personalmente, sucesos ocurridos en nuestra ausencia, tales como acontecimientos narrados en la historia de las naciones, hechos concernientes a lugares y ciudades jamás vistos por nosotros, cosas aceptadas únicamente bajo la palabra de amigos, de médicos o de otras

personas. Y sacó esta conclusión: si no creemos lo que nos dicen, no podemos desenvolvernos en la vida.

Después de perder su fe en el Maniqueísmo, Agustín pasó por una breve crisis de escepticismo, durante la cual desesperó de poder dar con la verdad. ¿No es cuestión de dudar de todo? El alcanzar la verdad ¿no es algo superior a la capacidad humana? No obstante, esta crisis preparó el terreno para la conversión, próxima a llegar.



"Y ERES TÚ MISMO QUIEN ESTIMULA AL SER HUMANO A QUE HALLE SATISFACCIÓN ALABÁNDOTE, PORQUE NOS HAS HECHO PARA TI Y NUESTRO CORAZÓN ESTÁ INQUIETO HASTA QUE DESCANSE EN TI".

(Conf. I, I, I)

La influencia de Ambrosio



Muchas personas influyeron en la conversión de Agustín; especial mención merece San Ambrosio, obispo de Milán. Su influencia no estuvo tanto en un contacto personal, cuanto en su predicación, que lo llevó a descubrir cuán diferente era la fe cristiana de lo imaginado por él. Ambrosio con sus sermones le enseñó a interpretar los textos bíblicos, y a meterle algunas ideas totalmente nuevas: "Me di cuenta, con frecuencia, al oír predicar a nuestro obispo... que cuando pensamos en Dios o el alma, que es lo más cercano a Dios en el mundo, nuestros pensamientos no captan nada material". La lectura de los libros de los filósofos platónicos le dio una penetración más profunda en el mundo del espíritu, y esos escritos le dieron la

respuesta al cadente problema del mal. Algunos amigos le refirieron relatos ejemplares de personas importantes convertidas a la fe cristiana.

Toma y lee

Así llegó Agustín a la bien conocida crisis personal en el jardín de su residencia de Milán. Allí oyó una voz procedente de una casa vecina, cantando como si fuera un niño o niña, repitiendo una y otra vez: "Toma y lee, toma y lee". Él interpretó aquellas palabras como si fueran un mandato



²³ <http://oala.villanova.edu/agustin/conversion2.html> - el original está tomado de "San Agustín – ¿Quién fue Agustín?" de Tarsicius Van Babel. Ed. Editions du Signe, 1996.

divino, abrió la Biblia y leyó el primer pasaje que se ofreció a sus ojos: "*Nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias*". (Rom 13, 13-14). Al momento toda sombra de duda desapareció. No fue meramente accidental el que un texto del gran convertido, el Apóstol Pablo, fuera el núcleo de la conversión de Agustín. La influencia de Pablo en Agustín continuó a lo largo de toda su vida. Bajo muchos aspectos su teología y espiritualidad rezuman influencia paulina; por ejemplo, la relación entre ley y gracia, las consecuencias del pecado original, el paralelismo entre Adán y Cristo, y el tema del Cuerpo Místico de Cristo.

Después de las vacaciones del 386 Agustín dijo adiós al profesorado, y se retiró a la campiña, a Casiciaco, para dedicarse a estudiar, a escribir y a prepararse al bautismo. En la Vigilia Pascual del año 387 recibió el bautismo de manos de Ambrosio, juntamente con su hijo Adeodato y su amigo Alipo. Agustín, como él mismo nos cuenta, había dado el salto: "¿Por qué confías en ti mismo, sólo para convencerte de que no ofreces garantía de seguridad? Arrójate en sus brazos, no tengas miedo. El no se Echará a un lado para que caigas. Da el salto sin vacilación: El te abrazará y te curará".

LA CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN²⁴

Nació en Tagaste (hoy Argelia) el año 354 d. J.C.

Sus padres se llamaron Patricio y Mónica (santa Mónica) y a pesar de ser modestos funcionarios públicos, hicieron todo lo posible por educar bien a su hijo, dadas las extraordinarias cualidades que sus profesores observaban en él. Primero en Tagaste, su ciudad natal, después en Madaura, luego en Cartago y finalmente, en Roma donde se hizo profesor de retórica o elocuencia. Y de Roma se trasladó a Milán, donde vivió su última etapa antes de su conversión.

A parte de su vida disoluta, preso del orgullo y demás pasiones (pues vivía en concubinato con una mujer), había caído también en la secta de los maniqueos.

Pero san Ambrosio, obispo de Milán (y su madre santa Mónica con sus lágrimas y oraciones), le ayudaron a salir del maniqueísmo y a encontrar en las sagradas Escrituras la fuente de la Fe cristiana. Y así, estando un día con su amigo Alipio en el jardín de la casa donde vivían, se dirigía al Señor con mucho dolor y arrepentimiento con estas palabras: «Y Tú, Señor ¿hasta cuándo vas a estar eternamente enojado? No te acuerdes, Señor, de nuestras maldades pasadas.

...¿Hasta cuándo voy a seguir diciendo mañana, mañana? ¿Por qué no ahora mismo? ¿Por qué no poner fin ahora mismo a mis torpezas?... Oyó entonces la voz de un niño de una casa vecina que le decía: « ¡Toma y lee! ¡Toma y lee!». Y cogiendo las cartas de san Pablo leyó el pasaje de Romanos 13,13: «Nada de comilonas y borracheras... lujurias y desenfrenos...Revestíos, más bien, del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias»... Y como consecuencia de la revolución que estas palabras produjeron en su alma, en el año 386 (a sus 32 años de edad), se consagra al estudio formal del Cristianismo. Renuncia a su cátedra y se retira con su madre y unos compañeros a Casiciaco, cerca de Milán, para dedicarse por completo al estudio y a la oración. Y el 23 de abril, a sus 33 años de edad, fue bautizado en Milán por el obispo San Ambrosio. Ya bautizado, regresó al norte de África, pero su madre muere en Ostia, un puerto cerca de Roma, después de haber llorado de gozo por la conversión de su hijo.

Cuando llegó a Tagaste, vendió todos sus bienes y la venta la repartió entre los pobres, retirándose a continuación con unos compañeros, a vivir vida monacal en una pequeña propiedad.

En el 391 viajó a Hipona para buscar un lugar donde abrir un monasterio y vivir con sus hermanos, pero

durante una celebración litúrgica, fue elegido por la comunidad para que fuese ordenado sacerdote.

Y de forma parecida fue consagrado obispo de Hipona en el 395 (a sus 41 años de edad), para sustituir al obispo Valerio... El hecho clave y trascendental de la asombrosa vida de san Agustín fue su conversión y la raíz o clave de su conversión está en las palabras de san Pablo de Rom 13,13: «Nada de comilonas...Revestíos de nuestro Señor Jesucristo...».

Nos dice san Agustín en sus Confesiones IX 1,1: «Todo el fondo del problema estribaba en esto: en dejar de querer lo que yo quería y en comenzar a querer lo que querías Tú»... En síntesis: La clave de la conversión de san Agustín (y de la nuestra), está en «dejar de querer lo que yo quería (la carne y sus concupiscencias) y en comenzar a querer lo que querías Tú», es decir, la Voluntad del Señor. Ahí está el secreto para ser santos...

VICENTE GONZÁLEZ

La conversión de San Pablo

Con motivo del II milenio del nacimiento de san Pablo, vamos a hacer unas breves y sencillas reflexiones sobre su famosa conversión, que él os describe hasta tres veces en los Hechos de los Apóstoles: 9,1-19: 22,5-16 y 26, 9-18.

1. En realidad, la famosa conversión de san Pablo no fue tal si se entiende la conversión como un paso de la increencia a la fe; o como el tránsito de una religión a otra. En san Pablo, se dio un cambio esencial en su vida, en su mentalidad, donde se produjo una auténtica «metanoia»: él era judío, hebreo y para más señas fariseo y doctor de la ley, a la sombra de su maestro Gamaliel. El por tanto, cree en la Ley de Moisés, sabe que no puede ser despreciada y que es santa, porque ha sido promulgada por medio de los ángeles: Gálatas 3,19. Pero lo que Pablo descubre en Cristo, en el camino de Damasco, es que la ley de Moisés no salva, que el único que salva, el Único Salvador es CRISTO.

2. Este es el cambio esencial, el cambio de mentalidad o de creencia que se produjo en Pablo de Tarso y que él descubre en Cristo: ya no cree que la que salva es la ley de Moisés, sino Jesucristo, el Mesías, el Hijo de Dios.

3. El es judío, sigue siendo judío y fariseo y piensa que no tiene que desertar de la religión de Israel, de la fe, ni de la esperanza de su pueblo.

El ahora, creyendo en Jesucristo como único Salvador, se considera más judío que nunca, porque piensa, con razón, que creer en Jesucristo es alcanzar el culmen, la plenitud de su fe y de su esperanza como judío. Ha corregido los errores de la tradición judía y ahora poniendo toda su fe y esperanza en Cristo —no en ningún líder militar o guerrero—, es cuando consigue enderezar definitivamente su vida, porque ha encontrado el CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA.

En síntesis: la Ley de Moisés no salva y menos el cumplimiento estricto e hipócrita de tantas leyes y normas como los fariseos exigían al pueblo.

No, ahora basta una sola Ley: la Ley del Amor, la ley del amor a Jesucristo, que nos llevará al amor a los hermanos y hasta dar la vida, si es preciso, por Él, como san Pablo.

Así, pues, san Pablo es un convertido en cuanto descubre en Jesús de Nazaret la culminación de las esperanzas de su pueblo y por eso mismo, ha testimoniado con su vida que la Fe en Jesucristo, como el Mesías verdadero, ofrece gratuitamente la salvación a todos los creyentes en Cristo...

Algunas claves del pensamiento de San Pablo

La vivencia del camino de Damasco cambió profundamente el modo de pensar de San Pablo, que, como sabemos, era deudor de los enfoques judaicos y helenistas. Los años sucesivos le sirvieron para insertarse en la cauce cristiano, y repensar sus criterios religiosos y antropológicos a la luz del evento de Cristo, crucificado y resucitado.

Conceptos, como «salvación», «justificación», «fe», «gracia», «liberación-libertad», «reconciliación», «pecado», «ley», «hombre nuevo», etc., constituyen el eje en torno al cual la vivencia paulina en cuanto mensajero de la palabra divina, desvelada en Cristo.

Hoy quisiéramos destacar sumariamente unos perfiles de la antropología y moral del apóstol de las gentes, y podríamos distinguir tres niveles.

1. El hombre «natural»

San Pablo se fija en primer lugar en el hombre que sigue sus pautas personales, es decir, el hombre que se cree autosuficiente, y el apóstol lo desglosa con términos, como «cuerpo», «mente», «corazón», «conciencia», donde aflora su toque pesimista, un tanto pesimista, al contemplar al hombre fuera de la esfera de Cristo, aunque no está necesariamente condenado a la perdición, sino a encontrarse con Dios por medio de la obediencia de la fe en Cristo.

Tal enfoque lo expresa en una de sus importantes cartas: **Rom 1,18-20: «Pues se revela la ira de Dios desde el cielo contra toda clase de impiedad e injusticia de los hombres, que, con su injusticia, tienen maniatada la verdad; porque lo que se puede conocer de Dios está patente entre ellos, pues Dios se lo manifestó; es que de la creación del mundo puede verse, captado por la inteligencia gracias a las criaturas, lo invisible de Dios – su eterno poder y su divinidad–, hasta el punto de que ellos no tienen excusa».**

El hombre «natural» puede encontrarse con Dios, aunque el apóstol se detiene más sobre el hombre salvado por Cristo.

2. El hombre redimido

Es definido a veces en el curso de las cartas paulinas con una terminología negativa, es decir, la esfera de la «carne», «ley», «pecado», que reflejan la

tendencia autonomista del hombre natural, y, dejado a su sola suerte, acaba cerrándose a la verdad. Pero aquí el apóstol se apoya en el acontecimiento de Cristo para vislumbrar para el hombre una nueva configuración.

Aquel que se abre a la fe en Cristo se transforma en un «hombre nuevo», que sustituye al «hombre viejo». Esta novedad se consigue por la fe y la justificación.

Según San Pablo la vida cristiana se desarrolla «en Cristo»: es más, el creyente hunde sus raíces en el encuentro personal con Cristo, y es ahí donde descubre su identidad más propia y profunda, es decir, es «justificado en Cristo», y surge en él la «criatura nueva», «hombre nuevo».

Rom 6,6: «Sabemos esto: que nuestro hombre viejo fue crucificado junto con Cristo para que fuera destruido «el cuerpo de pecado», de modo que nosotros no fuéramos ya esclavos del pecado».

San Pablo concreta una experiencia de vida relacionada con la fe, suscitada por la palabra divina revelada en Cristo, y que desemboca en la vivencia sacramental en el bautismo.

3. El nuevo ser y obrar del hombre nuevo

El comportamiento del bautizado, en la comunidad cristiana y en la escena del mundo, constituye el objeto de la moral paulina.

Es importante establecer la secundariedad del discurso paulino. Efectivamente, una vez que ve al hombre justificado en Cristo, lo decisivo es actuar según la dinámica de la fe, tal como asevera en: **Gal 5,5-6: «Pues nosotros, bajo la guía del Espíritu, por la fe aguardamos la justicia, objeto de nuestra esperanza; que, en Jesucristo, ni circuncisión ni incircuncisión tienen valor alguno, sino la fe que se muestra activa mediante la caridad».**

Desde la justificación el creyente contempla en una nueva tesitura, y esta relación con Cristo la expresa san Pablo incluso en términos gramaticales en sus cartas, cuando el apóstol recurre a dos modos verbales para clarificar su pensamiento, es decir, el indicativo y el imperativo. El primero ilumina el segundo, y éste desvela la fuerza del primero.

En dichos tres niveles diseña el apóstol de la gentes al hombre, al creyente de todos los tiempos, pero, donde san Pablo pone el énfasis, es en el hombre justificado y liberado por Cristo, el Mesías crucificado. En la apertura sincera, profunda, y sin velos, el creyente reconoce al Señor resucitado en la fracción del pan y en el bautismo se le posibilita un conocimiento de su identidad más acertada y genuina, pues sabe el antiguo fariseo que el hombre, dejado a su propia tendencia, acaba enorgulleciéndose ante sí, los demás, e incluso Dios mismo. La vivencia personal le abrió nuevos cauces para su propio horizonte y en sus cartas nos ha dejado su huella iluminadora, que ayuda clarificarse a quien deja que la gracia del Cristo resucitado actúe en él.

Miguel Álvarez, ofm.

La conversión de Agustín y nuestra conversión²⁵

Hablar de conversión y, más en San Agustín, es hablar de un largo y difícil proceso y un cambio de orientación en la vida.

Durante muchos años Agustín se sintió un ser fragmentado, roto. Buscaba la felicidad, buscaba a Dios, pero dice él: "lo buscaba mal". Según se iban sucediendo los años iba cambiando el objeto de su felicidad, pero cada vez se sentía más vacío e inestable.

"Desdichado todo ser humano prisionero de su afición a las realidades perecederas. Cuando las pierde, queda destrozado" (IV,6,11)

Los primeros grupos de amigos, los juegos, el teatro, el amor, el orgullo, el llegar a meta soñadas por él, ídolos con pies de barro que se rompían a su paso. Y así *"me veía despeñado, derramado, diluido" (II,2,2), "me alejé de ti y anduve errante y me convertí en un paraje miserable" (II, 10,18).*

Desde que Agustín siente que comenzó a levantarse para iniciar el retorno a Dios, con la lectura del Hortensio de Cicerón, (III, 4, 7) pasa por muchas encrucijadas.

El peso de la costumbre, de lo que había vivido anteriormente retenían su voluntad, *"de este modo mis dos voluntades, una vieja y otra nueva, una carnal y otra espiritual, peleaban entre sí. Este antagonismo destrozaba mi alma" (VIII, 5,10)* ¿No puede también, con nosotros, la costumbre?

Es la aceptación de Jesús como hijo de Dios lo que le ayudará a dar el paso definitivo hacia la conversión "rompiste mis cadenas". Porque hacerse cristiano, convertirse, no es sólo volver a Dios sino creer en Jesucristo. Agustín hasta que no cree en él, hasta que no lo acepta en su vida no se considera cristiano, ni convertido.

Agustín y todo aquel que quiera iniciar seriamente un proceso de conversión hacia Dios tendrá que dar los siguientes pasos pasando:

- **De la fragmentación a la unidad:** *"También espero que me recompongas de la fragmentación en que estuve escindido al apartarme de ti, que eres la unidad" (II,1,1)*
 - **Del extravío al reencuentro:** *"Pero ¿dónde estaba yo cuando te buscaba? Cierto que tú estabas delante de mí, pero como yo había huido de mí mismo, no me encontraba. ¿Cómo iba a encontrarte a ti? (V, 2,2)*
 - **De la inestabilidad a la seguridad:** *"Lo que ahora andaba buscando no era una mayor certeza de ti, sino una mayor estabilidad en ti (VIII,1,1)*
 - **De la esclavitud a la libertad:** *"Rompiste mis cadenas, te ofreceré un sacrificio de alabanza" (VIII,1,1)*
 - **De la vacilación a la decisión:** *"Me convertiste a ti de tal modo, que ya no me preocupaba de buscar esposa ni me retenía esperanza alguna de este mundo" (VIII,12,30)*
 - **De lo que es costumbre a la novedad:** *"Mi alma sentía verdadero pánico de verse apartada de la costumbre que la consumía hasta matarla" (VIII,7,18)*
- ¿Estamos dispuestos a iniciar nuestro proceso de conversión profunda, verdadera?, ¿Qué nos retiene?*

²⁵ http://www.reflejosdeluz.net/doc_agustin/Rincon8.htm

CONVERSIÓN DE SAN AGUSTÍN²⁶

0.- ACOGIDA

El equipo que preparó la reunión, organiza la sala y acoge a los participantes explicando el tema que vamos a tratar y los objetivos que tiene:

- Saber a lo que se convirtió San Agustín
- Descubrir que la vida es permanente conversión y crecimiento.

(Normalmente sólo conocemos los pecados de la juventud de Agustín, pero su conversión nos muestra otras dimensiones de él bastante interesantes)

1.- Inquietud – BÚSQUEDA DE LA VERDAD

En este punto podemos hacer un análisis de la situación actual de los jóvenes por medio de una entrevista hecha en el instituto o la universidad, o a la salida de la Iglesia. Con preguntas como estas:

- ¿Cuáles son los 3 peligros mayores que tienen los jóvenes hoy?
- ¿Cuáles son las 3 mayores virtudes de los jóvenes hoy?
- ¿Cuáles son los 3 mayores defectos de los jóvenes hoy?
- ¿Qué identifica a los jóvenes?
- ¿Qué pueden ofrecer los jóvenes a la sociedad para el futuro?
- ¿Cuál es el lugar de los jóvenes en la Iglesia?
- ¿Qué debe mejorar en la Iglesia en relación a ellos?

Debemos concluir este punto viendo la necesidad de cambio para aproximar a la gente a Jesús.

2.- EXPERIENCIA DE LA PALABRA E INTERIORIZACIÓN AGUSTINIANA

Trabajaremos estos textos en grupos de tres personas descubriendo diversos aspectos que muestran que siempre que se produce un encuentro con Jesús, la consecuencia de eso es un cambio radical de vida en las personas que lo sufren.

“Por aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea y diciendo: «Convertíos, porque está cerca el reino de Dios»”. (Mt 3, 1-2; Mc 1, 4; Lc 3, 3)

“Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: «Convertíos, porque el reino de Dios está cerca»”. (Mt 4, 17)

“Dad frutos dignos de conversión” (Mt 3, 8)

“Jesús les contestó: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores para que se conviertan»”. (Lc 5, 31-32)

“«Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos” (Mt 18, 3-4.)

“Uno de los criminales crucificados le insultaba diciendo: « ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro le reprendió diciendo: « ¿Ni siquiera temes a Dios tú que estás en el mismo suplicio? Nosotros estamos aquí en justicia, porque recibimos lo que merecen nuestras fechorías; pero éste no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey». Y le contestó: «Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso»”. (Lc 23, 39-43)

“Entonces les abrió la inteligencia para que entendieran las Escrituras. Y les dijo: «Estaba escrito que el Mesías tenía que sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que hay que predicar en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén”. (Lc 24, 45-47)

“Hermanos, recordad nuestros trabajos y fatigas; cómo trabajábamos día y noche para no ser gravosos a ninguno de vosotros mientras os anunciábamos el evangelio de Dios. Vosotros sois testigos, y también Dios, de que nos comportamos con vosotros, los creyentes, de una manera noble, justa e irreprochable”. (1Tes 2, 9-10)

“O ¿desprecias, tal vez, sus riquezas de bondad, de paciencia y de longanimidad, sin reconocer que esa bondad de Dios te impulsa a la conversión?” (Rom 2, 4)

“Después de la cura todos los habitantes de Lida y Sarón le vieron, y se convirtieron al Señor”. (Hch 9, 35)

Los textos bíblicos no nos dicen cómo vivir esa conversión. Usaremos ahora la experiencia de Agustín que, iluminado por la vida de la primera comunidad eclesial de Jerusalén, nos muestra por dónde puede ir esa conversión. Cogemos la hoja en anexo, y leyendo el texto agustiniano de las Confesiones intentemos traducir su experiencia a nuestra vida (puede ser individualmente o en los grupos con los que se profundicen los textos bíblicos)

(Al final, cuando pongamos todo en común, deberíamos llegar a afirmar que Agustín se convirtió a vivir el Evangelio desde la amistad con sus amigos. Él descubrió que es posible vivir el Evangelio en clave de amistad. La amistad es un Don de Dios que vivida bien puede unir nuestros corazones y se transforma en una relación que nos lleva a construir el Reino de Dios.)

3.- EXPERIENCIA DE CONVERSIÓN – COMPROMISO

Después de la puesta en común, el animador del encuentro invita al grupo o a cada uno individualmente a convertirse para vivir algún elemento de los que vivieron Agustín y sus amigos, y que piense cuánto le falta por vivir: tal vez pueda ser vivir más desde la alegría, no discutir y realidades concretas y próximas a nosotros.

4.- EL GRITO DEL CORAZÓN (Espiritualidad)

ORACIÓN FINAL

²⁶ <http://reflejosdeluz.net/pastoral/Pasto.%20agustin3.htm>

ANIM.: Pidamos al Padre que, por intercesión de San Agustín, nos lleve a una completa conversión de corazón y digamos:

T.- SOLO TÚ ERES SANTO, SEÑOR.

L.- Señor, que nos hiciste para Ti, haz que nuestro corazón esté inquieto hasta que descanse en Ti.

T.- SOLO TÚ ERES SANTO, SEÑOR.

L.- Señor, sin tu ayuda nada podemos hacer, concédenos reconocer nuestra debilidad y la necesidad de tu gracia.

T.- SOLO TÚ ERES SANTO, SEÑOR.

L.- Señor, danos un corazón puro, para que podamos comprender plenamente el sentido de la conversión.

T.- SOLO TÚ ERES SANTO, SEÑOR.

L.- Señor, que quisiste que el bautismo fuese la señal de una conversión sincera, haz que nuestra vida de cada día de el testimonio vivo de esa conversión

T.- SOLO TÚ ERES SANTO, SEÑOR.

L.- Señor, que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, haz que vuelvan a ti los que está alejados.

T.- SOLO TÚ ERES SANTO, SEÑOR.

ANEXO 1 – La *Conversión de Agustín*

“Otras cosas había que cautivaban más fuertemente mi alma con ellos, como era:

AGUSTÍN	NOSOTROS
El conversar, reír	
Servirnos mutuamente con agrado,	
Leer juntos libros bien escritos	
Chancearnos unos con otros y divertirnos en compañía	
Discutir, a veces, pero sin animadversión, como cuando uno disiente de sí mismo, y con tales disensiones, muy raras, condimentar las muchas conformidades	
Enseñarnos mutuamente alguna cosa	
Suspirar por los ausentes con pena y recibir a los que llegaban con alegría	

Con estos signos y otros semejantes, que proceden del corazón de los amantes y amados, y que se manifiestan con la boca, la lengua, los ojos y mil otros movimientos gratísimos, se derretían, como con otros tantos incentivos, **nuestras almas y de muchas se hacía una sola**”

(San Agustín, Confesiones, IV, 8, 13)

Conversión de San Agustín²⁷
de
Fernán Caballero

Por las orillas del mar,
según lo afirman diversos,
se paseaba Agustín,
confuso su entendimiento,
por la disputa de Ambrosio,
sostenida en aquel tiempo.

Va imaginando entre sí,
y estas palabras diciendo:
«¿Es posible el creer yo,
es posible creer esto:
Tres personas, sólo un Dios,
sólo uno, y verdadero?
Que así lo diga mi madre
no me maravillo de eso,
que palabras de mujer
las más se las lleva el viento.
Pero que lo diga Ambrosio,
hombre de tanto talento,
eso causa admiración
y en gran confusión me ha puesto».

Estando en estas razones,
vio cerca a un niño muy bello,
el que con una conchita
sacaba del mar soberbio
agua, con la que llenaba
un hoyito que había hecho.

«¡Cómo te estás regalando
y te estás entreteniendo!
¡Quién fuera como tú eres!
¡Quién de tu edad y tu tiempo!
¡Qué pensamientos me angustian
y turban mi entendimiento!
Di, niño, ¿qué hacer pretendes?»

-Agotar el mar pretendo-
respondió el niño.
«Muy arduo
es, hijo mío, tu empeño.
Mas te disculpa la edad,
y no es mucho digas eso.
Pero, niño, no te canses,
es el hoyo muy pequeño,
las aguas del mar son muchas,
y no lograrás tu intento».

Entonces respondió el niño:
«Más fácil es encerrarlas
en aqueste hoyito estrecho,
que no de Dios las grandezas
en humano entendimiento».
Y aquel niño se ausentó
tales palabras diciendo.

Entonces San Agustín:
«No te vayas, niño bello,
que me salvas con lo dicho,
que basta para el discreto».

²⁷ http://es.wikisource.org/wiki/Conversi%C3%B3n_de_San_Agust%C3%ADn

EJERCICIOS ESPIRITUALES EN LAS CONFESIONES DE SAN AGUSTÍN

1. MEMORIA

Lectura en voz alta: I, 1,1; 5,5; X, 1,1; 2, 2

Grande eres, Señor, y muy digno de alabanza (Sal. 145, 3); grande es nuestro Señor, todo lo puede, nadie puede medir su inteligencia (Sal. 147, 5). Y se atreve a alabarte el ser humano, parte insignificante de tu creación, precisamente el ser humano que lleva alrededor suyo la mortalidad, que lleva a flor de piel la marca de su pecado y el testimonio de que Tú resistes a los orgullosos (1Pe 5, 5). Sin embargo, se atreve a alabarte un hombre, parte insignificante de tu creación. Y Tú mismo eres quien le estimulas para que encuentre deleite en alabarte, porque nos has hecho orientados hacia Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descansa en Ti. Señor ayúdame a comprender qué es primero: invocarte o alabarte, qué es primero: conocerte o invocarte. Pero, ¿quién puede invocarte si antes no te conoce? El que no te conoce puede invocar una cosa en vez de otra. ¿No será, más bien, que el invocarte nos lleva a conocerte?

Pero, ¿cómo invocarían al Señor sin haber antes creído en él? ¿Cómo creer en él si antes no oyeron hablar de Él? (Rom 10,14). Y alabarán al Señor los que lo buscan (Sal 22,27). Porque el que busca, halla (Mt 7,8) y una vez que le encuentren le alabarán. Haz que te busque, Señor, llamándote y que te llame creyendo en Ti, pues ya me has sido anunciado. Señor, te llama mi fe, la fe que me diste, la que me inspiraste por medio de la humanidad de tu Hijo y la palabra de tu predicador.

Conocedor mío, que yo te conozca como Tú me conoces. Dinamismo de mi alma, entra en ella, amóldala a Ti para mantenerla y poseerla sin mancha ni arruga (Ef 5, 27). Esta es mi esperanza, por eso hablo. En esta esperanza fundo mi alegría cuando mi alegría es sana. El resto de los bienes de esta vida son tanto menos merecedores de nuestras lágrimas cuanto más se les llora, y tanto más dignos de que se les lllore cuanto menos les lloramos. He aquí que tú amaste la verdad (Sal 51, 8). Y puesto que el que camina en la verdad busca la luz (Jn 3, 21), yo quiero obrarla en mi corazón: delante de Ti en mi confesión y mediante este escrito mío en presencia de numerosos testigos (Tim 6, 12).

Señor a cuyos ojos está siempre desnuda la profundidad de mi conciencia humana, ¿qué secretos pude haber en mí, aunque yo no te los quiera confesar? Sería hacer que Tú te escondieras de mí, pero no yo de Ti. Sin embargo, ahora que mis gemidos dan testimonio del disgusto que siento por mí mismo, Tú resplandeces, me gusta y te conviertes en objeto de mi amor y de mi deseo. Esto hace que me avergüence de mí, que me rehace y que opte por Ti. De este modo no te agrado a Ti ni me agrado a mí si no es por Ti.

Señor, quienquiera que yo sea, no soy un secreto para Ti presentándome como soy. Por otra parte, ya he manifestado la finalidad que persigo confesándote. Por supuesto que no lo hago con palabras, ni voces de la carne, sino con palabras del alma, con gritos de la mente, los únicos que conoce tu oído. Cuando soy malo, confesarte no es otra cosa que sentir disgusto de mí mismo. Y cuando soy piadoso, confesarte a Ti no es otra cosa que no atribuírmelo a mí, porque Señor, tú das tu bendición al justo (Sal 5,13), pero primero le haces bueno cuando es impío. Por eso mi confesión en tu presencia, Dios mío, es a la vez callada y no callada. Calla tu voz, grita el corazón. Nada acertado les digo a los hombres que Tú no me hayas oído antes. Es más; nada acertado pueden oír de mí, si antes no me lo has dicho tú mismo.

Cuando Agustín comienza a escribir las Confesiones, diez años después de su conversión, lo hace bajo la urgencia de clarificarse a sí mismo y su pasado. Memoria es el recurso fundamental hacia la interioridad. Recordando, Agustín recobra el tiempo vivido, los acontecimientos y su significado. El método de ascensión, que encontramos en las Confesiones, se centra en una reflexión de vida donde él descubre su identidad, su historia y su camino hacia Dios.

Al principio de su libro, Agustín se pone en la presencia silenciosa de Dios y comienza una plegaria emotiva, sincera con un lenguaje directo. No presume de conocer mucho de Dios, aunque sí puede decir que Dios, de alguna manera, le escucha con voz como de quien habla al corazón (I, 2, 2). Ahora tiene la necesidad de contar su historia en la que hay, no solo errores, sino también cosas buenas, incluida la misma existencia que tiene por todo lo cual da gracias (I, 20, 31). El quiere describir las sendas recorridas en su búsqueda de Dios, viviendo sin certeza, sin orden, sin paz interior. Urgido por el deseo de saber y comprender, hace una de sus grandes preguntas iniciales: « ¿Quién eres tú para mí?... ¿qué soy yo para ti? » (I, 5, 5). Es la pregunta que no tiene fácil respuesta pero que establece una relación fundamental en la mente de Agustín: La pequeñez de una criatura y la grandeza del Dios que hizo el cielo y la tierra. Y quiere comunicarse, pero las palabras resultan inadecuadas y suplica: «Por favor, ayúdame a que te hable» (I, 6, 7).

¿Cómo hacerlo? He aquí el ejercicio que nos propone: Agustín empieza recordando: «Quiero hacer memoria...» (II, 1, 1). Porque solamente la memoria puede descubrir lo que uno es en realidad. El demuestra haber asimilado bien el *ars memoriae*, arte de la memoria, que enseñaban sus maestros de retórica, pero ahora lo aplica con una

orientación hacia el conocimiento de sí mismo y de Dios. Una aspiración fundamental en su ascenso meditativo y que él expresa en términos inseparables: "Conocedor mío, que yo te conozca como tú me conoces" (X, 1,1). Agustín establece la diferencia entre el principio de la filosofía antigua que urge al "conocimiento de sí" y este ejercicio en el que se reconoce a Dios como la fuente del verdadero conocimiento de uno mismo: "Lo que sé de mí lo sé porque tú me iluminas, y lo que ignoro de mí, lo ignoro hasta que mis tinieblas sean como el mediodía de tu rostro" (X, 5, 7). La memoria que se actúa en la presencia de Dios es un caminar a través de la oscuridad hacia la luz total.

Cada persona, cada uno de nosotros tenemos un pasado y la memoria es el elemento que nos permite organizar nuestras experiencias pasadas. La memoria es capaz de conservarlas y conectarlas a través de las distintas edades. Agustín la utiliza para re-encontrar al actor de su drama interior: «Yo reflexionaba con angustia y perplejidad sobre el tiempo transcurrido desde mis diecinueve años, cuando empezaron mis fervores por la sabiduría... Ya contaba con treinta años y seguía vacilando en el mismo barro...» (VI, 11, 18). Y para explorar en sucesivos sondeos la profundidad de su ser: «En el palacio espacioso de mi memoria me encuentro yo conmigo mismo y me acuerdo de mí mismo, de lo que he hecho, del tiempo y lugar donde lo hice, y de los sentimientos que tuve cuando lo hice. Allí están todas las cosas que yo recuerdo y que son fruto de mi experiencia personal o de referencias de otros» (X, 8, 14). Así, mientras recuerda, el "re-construye" su vida entera: desde los primeros años (I, 1-7; 18-28), la adolescencia (II, 1,1-8), su juventud adulta (IV, 1. 1; 3-6) y madurez (VIII - IX).

En el curso de toda experiencia humana, una y otra vez, se hace evidente la necesidad de reflexionar sobre la existencia vivida hasta un momento determinado. Su importancia radica en el efecto que tiene para el mantenimiento de un equilibrio general interior. El Recordar permite que la persona se reconozca en su pasado con una visión clara y sin distorsiones. Muchas veces tenemos una idea errónea de nosotros mismos, nos infravaloramos, vivimos presos de un sentimiento de baja autoestima; el recordar nos permite limpiar nuestra imagen de todo esto que la oscurece para poder captarla tal cual es en su estado puro. En este sentido el ejercicio de «Memoria» no solamente es un recordar, un hacer vivo los sentimientos, sino también un restaurarlos. Recordando reconstruimos, restauramos nuestros caminos que nos condujeron hasta el hoy de nuestra vida. En él comprendemos nuestro presente y encontramos latente nuestro futuro.

Agustín describe e interpreta los hallazgos de su recordar con las imágenes y las palabras que le sugiere su constante meditación de los salmos. Porque es allí donde él ha descubierto el reflejo de sí mismo y de Dios. Al igual que el pródigo de la parábola (Lc 15, 32) Agustín trae a la memoria una imagen primordial de pertenencia al Creador (I, 1,1) y de estar perdido en tierra extraña (I, 18,28). Recordar en ese contexto es para él, más que una actividad de la mente, una decisión fundamental de andar el camino que conduce a Dios en donde puede experimentar el descanso y la paz interior que busca y desea. Recordar es el punto de inicio que le permite regresar a la casa de su Padre; sin él no hay posibilidad de regreso alguno.

Agustín, desde el comienzo, deja claro que la intención de su recordar es conocer a Dios y dejarse conocer delante de Él. Recordando, él quiere ir al fondo de su inquietud y reconocer que su vida ha sido afectada por el error de buscar «placeres, honores e incluso la verdad en sí mismo y otras criaturas, en vez de buscarlo en Dios» (I, 20, 31). Al mismo tiempo, quiere relatar los hechos que lo separaron de Dios, revivirlos y meditar cómo ha ocurrido su conversión, el mayor acontecimiento de su vida adulta.

Las Confesiones muestran a un Agustín en proceso de re-integrar elementos de su pensamiento y de su vida que han comenzado a distanciarlo de Dios. La tarea de reflexión podría diluirse en los detalles de una autobiografía. Agustín habla de sí mismo pero sin perder de vista un objetivo más trascendente. Él escribe para darnos "una historia que en definitiva es solamente comprensible desde una perspectiva de salvación". Él pone especial énfasis en el hecho de que la vida humana está aún en proceso y que su significado último permanece desconocido tanto para Agustín como para los lectores. En este sentido les invita a que, dejando a un lado ilusiones elaboradas con una perspectiva limitada, vean sus vidas como un gran don de Dios totalmente inmerecido por nada de lo que hemos hecho o pudimos hacer para integrarlo todo en un gesto de admiración agradecida.

Este primer ejercicio, que nos proponen las Confesiones, se convierte para nosotros en una fuerte llamada a hacer memoria, a recordar los hechos más significativos de nuestras historias; a revivir los acontecimientos, vivencias, experiencias que han marcado profundamente nuestra vida, y que aún hoy están presentes en el santuario de nuestra memoria como si hubieran ocurrido ayer y que muchos de los cuales, por no decir todos, condicionan aún fuertemente nuestro presente. Se trata de hacer un alto en el camino y mirar hacia atrás. De hacer consciente lo inconsciente; de detenernos y darnos un tiempo para repensar, reconstruir y recomenzar nuevamente. La lectura de nuestra historia nos permite encontrarnos con lo que somos. Negarla, por el contrario, es negarnos a nosotros mismos.

Este ejercicio, que pone en funcionamiento la memoria, requiere de mucho esfuerzo y disposición. Se necesita de mucha humildad, sinceridad y valentía para mirarnos y no escondernos, que es a lo que más tendemos naturalmente. Tememos vernos cara a cara. Debido a este temor, necesitamos sacarnos delante de Dios nuestras caretas y desnudos ponernos en la presencia silenciosa de Dios, con lo que somos, con toda nuestra historia, con nuestras miserias y nuestras alegrías para que Él nos revele quién es y en él nos reconozcamos como lo que somos: sus hijos. Éste es el motivo que nos mueve a recordar: conocer a Dios y conocernos a nosotros mismos. *¿Qué eres Tú para mí? Ten misericordia de mí para que me salgan las palabras. ¿Qué soy yo para Ti, que incluso me ordenas que te ame, y si no lo hago, te enojas conmigo y me amenazas con grandes desgracias?* No es la

mera curiosidad ni sentimentalismo, ni la nostalgia lo que nos impulsa a regresar en el tiempo, sino el deseo profundo de conocernos para conocer a Dios.

Este momento, sugerido por Agustín, no debe ser tomado entonces como un momento de crítica, sino más bien de contemplación. Entramos en los palacios de la memoria para recordar, para invocar y para hacer consciente y presente los hechos más significativos de nuestra historia buenos y malos, agradables o desagradables y no para emitir un juicio valorativo de lo sucedido. Se trata más de mirarnos, que de juzgarnos con la única intención de clarificarnos, reencontrarnos y reencontrar el camino que nos conduce a Dios, nuestra verdadera felicidad y que se encuentra presente en nuestra vida, pero escondido, ofuscado por tantas y tantas otras cosas que nosotros mismos fuimos guardando en este recinto sacro. Es el momento, en fin, de deshilar para poder hilar todos los acontecimientos que son y forman parte de nuestra historia, de los que somos y seremos.

El lugar a explorar es nuestro santuario de la memoria, los amplios y vastos palacios de este recinto sagrado, donde están los tesoros de las incontables imágenes de toda clase de cosas que se han ido almacenando a través de las percepciones de los sentidos (X 8, 12); de lo que yo recuerdo y que son fruto de mi experiencia personal, de las cosas que aprendí sobre las artes liberales, de los sentimientos del Espíritu y tantas y tantas otras cosas guardadas en los recónditos secretos de este palacio grandioso que inspira pavor.

Este tema Agustín lo trata muy ampliamente en libro X en el que vale la pena detenernos un poco. En este libro Agustín expone un relato de su vida tal y como es al presente esperando estimular a los lectores a que pongan su confianza en el Señor (X 3, 3-4). Comienza pidiendo a Dios que le conceda la gracia de conocerlo para amoldar su vida a Él: conocedor mío, que yo te conozca como Tú me conoces (X 1, 1). Lo primero que proclama es su amor a Dios. A fin de precisar el objeto de su amor, se pregunta: ¿Qué es lo que amo cuando te amo? Desde luego no es la belleza corpórea ni se identifica con ninguna realidad buena de este mundo. Y sin embargo, encuentra algo de todas las hermosuras creadas como ingrediente de amor a Dios, aunque se trata de algo vaporoso, inmarcesible, misterioso (X 6, 8). En este punto inicia su camino ascendente desde las criaturas al creador: Va preguntando a las cosas de cerca y de lejos que le digan algo de su Dios, y a la tierra y a los habitantes, así como el mar, el aire y el cielo le responden que no son su Dios. Y todas las cosas que le rodeaban le dicen que él las ha hecho: mi pregunta era mi mirada, su respuesta era su belleza. Vuelto hacia sí mismo en un movimiento de interiorización, distinguió en sí dos elementos diferentes el alma y el cuerpo, la una interior, la otra exterior (X 6, 9).

En su búsqueda se da cuenta de que Dios está por encima de estas dos realidades de lo corpóreo y también del alma. Se adentra entonces en la memoria, en donde va descubriendo toda clase de imágenes y productos del pensamiento, experiencias del pasado gracias a las cuales puede proyectarse hacia el futuro. *Cuando me hallo dentro de ella, comenta Agustín, solicito que haga acto de presencia lo que quiero. Hay algunas cosas que se presentan en seguida, mientras que otras se hacen bastante de rogar, y es como si fueran saliendo de unos compartimientos más secretos. Algunas se precipitan de manera atropellada, y cuando alguien anda en busca de otra cosa, se plantan en medio como diciendo: ¿no seremos nosotras, por casualidad? Y yo las aparto con la mano del espíritu de la faz de mi recuerdo, hasta que se disipa la niebla que rodea el objeto que yo busco, y éste aparece ante mi vista saliendo de su escondrijo. Otras cosas hay que se presentan con toda facilidad y en una serie metódica y ordenada, a medida que demando su presencia. Las primeras ceden el puesto a las siguientes, y al retirarse, vuelven a ocupar el puesto, para salir de nuevo cuando yo quiero. Todo esto se realiza cuando cuento alguna cosa de mi memoria (X 8, 12).* En fin Agustín se maravilla de la inmensidad de la memoria, que, aún siendo una potencia del alma, sin embargo no la puede abarcar: *Grande es esta potencia de la memoria, muy grande, Dios mío. Es un santuario vasto y sin fronteras. ¿Quién ah tocado fondo en él? Y siento ésta una potencia de mi espíritu y una parte integrante de mi naturaleza, de hecho me veo personalmente incapaz la totalidad de lo que soy. Esto me deja profundamente admirado y lleno de estupor (X 8, 15).*

Asombrado de la inmensidad del campo de su memoria, de complejidad infinita, siente pavor ante sí mismo y se pregunta por su propia naturaleza: ¿Qué soy yo, pues, Dios mío? ¿Cuál es mi naturaleza? Una vida cambiante, multiforme e inmensa hasta no más. Y este gran dinamismo vital es propio del hombre, que vive para morir. Por esta razón y porque la memoria es en parte común al hombre con los animales, comprende que para alcanzar a Dios debe todavía subir. Aunque admite que Dios debe estar de alguna forma en su memoria, pues de otro modo no se acordaría de él ni sería capaz de reconocerlo. Tal vez se encuentra en ella como un recuerdo perdido que se ha de localizar, o bien está presente en la memoria pero no se le identifica como Dios (X 18-19).

Supuesto que Dios esté en la memoria, ¿Cómo lo podemos buscar? Siguiendo la pista del deseo universal de la verdadera felicidad. El hecho de que todo hombre busque, desee la felicidad que en la memoria humana tiene que ver con la noción de felicidad que la hace deseable. No una noción abstracta, sino semejante al recuerdo del gozo, que es un sentimiento que no se puede explicar sin tener experiencia de él, por lo que, el hecho de que la felicidad sea deseada por todos sin excepción quiere decir que todos tuvimos una experiencia de ella, guardada en la memoria (X 21, 30-31).

Llegado a esta conclusión se pregunta en qué lugar de su memoria habita el Señor. Y descarta que se encuentre entre las imágenes de cosas corpóreas o en la zona en la que se encuentran depositados los sentimientos del espíritu. Finalmente proclama el gran hallazgo: dónde, pues, te encontré para conocerte, sino en ti sobre mí... Tú que eres la verdad, ocupas un puesto de preferencia en todas partes para responder a los que te consultan... Tu mejor servidor es aquel que no tiene sus miras puestas en oír de tus labios lo que él quiere, sino en querer, sobre

todo, que ha oído de tu boca (X 26, 37). Y prorrumpe en aclamaciones: Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé. El caso es que Tú estabas dentro de mí y yo fuera

Agustín confiesa que realiza este ejercicio siempre que se lo permiten las ocupaciones, y que, a veces, encuentra en él una dulzura tan grande que le parece difícil imaginar que pueda haber una felicidad tan grande. El recordar, el pasear por nuestra memoria, además de la cantidad de cosas que descubrimos almacenadas en ella, acontecimientos, sentimientos, aprendizajes, imágenes descubrimos la presencia de Dios tan conocida y al mismo tiempo tan olvidada por nosotros. Revisando nuestra memoria, como quién destapa el baúl lleno de cosas viejas y nuevas, vamos descubriendo en cada una de ellas, acontecimientos, personas, imágenes que conforman nuestra historia y que contienen rastros que nos conducen a Dios. El viaje por la memoria nace del deseo por conocer a Dios y culmina con su encuentro. Revisamos para encontrarlo; recordamos para hacerlo consciente; buscamos para encontrarlo. Motivados por Agustín entremos en los palacios de nuestra memoria llevando con nosotros el tenue recuerdo de Dios y dejemos que las mismas cosas que en ella se encuentran nos conduzcan hacia ese lugar donde Dios habita y desde donde ilumina y da sentido a toda nuestra vida. Como le pasaba a Agustín muchas cosas nos saldrán a nuestro encuentro algunas para ayudarnos, otras para entorpecer la marcha. No nos detengamos demasiado ni en una ni en la otra, nos sirvamos de ella para alcanzar nuestro cometido que no es otra cosa que la de descubrir en nosotros la presencia de Dios.

¿Quién puede aclarar este enigma? ¿Quién es capaz de profundizar en este estado de cosas? Yo señor trabajo en ello, y trabajo en mí mismo, y me he convertido en una tierra áspera que me hace sudar demasiado. En este momento no nos dedicamos a observar las regiones celestes, ni a medir las distancias siderales, ni a investigar las leyes del equilibrio terráqueo. Soy yo el que recuerdo, yo el espíritu. No es de extrañar, por tanto, que esté lejos de mí todo lo que no soy. ¿Qué cosa más próxima a mí que yo mismo? Y he aquí que soy incapaz de comprender la fuerza de mi memoria, aunque sin ella yo mismo no puedo decir quién soy (X 16, 24).

2. DISPERSIO

Lectura en voz alta: II, 1, 1; VI, 6, 9

Quiero hacer memoria de mis torpezas pasadas y de la desolación en que los vicios dejaron mi alma. No lo hago para deleitarme, sino por amor tuyo, Dios mío. Y lo hago por amor de tu amor. Voy a recordar mis caminos llenos de perversión, con toda la amargura que supone remover esos recuerdos. Los evoco para que tú sigas siendo bueno conmigo. Tú que eres bondad sin engaños, bondad dichosa y garantizada y me recojas de la dispersión en que anduve dividido lejos de Ti, que eres la Unidad, me disipé en la variedad de las cosas.

Hubo un tiempo en mi adolescencia en que me abracé en deseos de hartarme de las cosas más bajas. Tuve así mismo la audacia de liarme en la espesura de amores diversos y sombríos. Quedó quebrantada mi hermosura y me convertí en un ser infecto ante tus ojos, por dale gusto a los gustos personales y por desear quedar bien ante los ojos de los hombres.

La Memoria pone a la persona frente a frente con la realidad de la dispersión en la que vive el ser humano y su deseo profundo por la Felicidad. Es una situación primordial, repetitiva y asociada con una voluntad dividida. El hombre se siente tironeado por estas dos voluntades en una lucha interior constante. Agustín, revisando su historia, se da cuenta que se encuentra dividido, con deseos cruzados. Por una parte busca la verdad, pero por otra, a causa de apego a las cosas materiales, a las pasiones ve que cada vez está más lejos de poder alcanzarla. Necesita cambiar dirección, cambiar los caminos recorridos hasta entonces y esto requiere una “voluntad total” y unificada en la aceptación de Dios.

Recordando, Agustín se da cuenta de su condición presente. Experimenta sentimientos y deseos cruzados: Por una parte siente que su gran deseo es alcanzar la felicidad. Esta primera constatación lo conduce a meditar sobre un hecho primordial que se da y en el que se encuentra el ser humano: “Sin duda alguna toda persona aspira a ser feliz” (III 2, 3). Y Agustín, ha echado su suerte con pasión por todos los senderos recorridos. Los primeros libros de su obra nos dan cuenta detallada de sus vaivenes: “Entonces me dejaba arrastrar por esta clase de vanidades” (I, 18,28), “siguiendo los impulsos de mi dispersión”...“dominado por el deseo de ser aplaudido por los hombres”...“de tener éxito” (II, 1, 4) ...“de situarme en una clase social alta” (III 5, 9) y sobre todo de amor sexual: “amar y ser amado era mi obsesión...sobre todo si lograba disfrutar del cuerpo de la persona amada” (II, 2,2; III, 1, 1). A medida que la narración progresa y Agustín continúa “a la caza de sus deseos” y “arrastrando una carga de miseria”, se hace más agudo el contraste entre él mismo y el borracho mendigo que un día encuentra en una calle de Milán (VI 6, 9). *Aquel mendigo no disfrutaba de la auténtica alegría, pero la que yo andaba buscando con mis ambiciones era mucho más falsa. Una cosa era clara: él estaba de buen humor, yo andaba deprimido. El se sentía seguro, yo estaba ansioso. Si alguien me hubiera preguntado: ¿Qué prefieres, la alegría o el temor?, le habría contestado que la alegría.* La situación desata en la mente de Agustín una reflexión penosa sobre la superficialidad de sus ambiciones. Es así que Agustín llega a la segunda constatación, tan importante como la primera: la dispersión. Experimenta que la dispersión produce el sentir amargo de irrealidad, donde uno apenas puede reconocerse a sí mismo, donde las cosas materiales toman una dimensión dislocada y el tiempo pasa sin dejar una huella que nutra la memoria con satisfacción y significado.

Agustín no puede evitar preguntarse ***qué clase de felicidad estaba buscando en la vida y dónde esperaba encontrarla.*** La respuesta se pierde en una marea de cosas difíciles de resolver. El confiesa: “amaba la vida feliz,

pero me asustaba verla en su propio lugar y la buscaba huyendo de ella" (VI, 11,20). Recuerdos y expresiones sobre la dispersión se repiten con variedad de emociones y detalles a través de su historia. Recuerdan la jornada fugitiva del hijo prodigo en la parábola evangélica, tan arraigada en la imaginación cristiana, que describe las ilusiones del "género humano con su profunda curiosidad, con su gran soberbia y con su inestabilidad cambiante" (XIII, 20, 28). Agustín, en sus ansias por conocer la verdad, se descubre disperso y perdido en medio del amor a las cosas; enredado en las pasiones que tirándolo más y más en vez de acercarlo lo alejan de su propósito.

Agustín, igual que el hombre moderno en una cultura de la individualidad, definía la felicidad con sus propios términos. Buscaba una felicidad, que de ninguna manera lo llega a realizar completamente. Desde su primera juventud, dice que estaba "empeñado con euforia en seguir mis caminos, no los tuyos, gallardeando de una libertad propia de fugitivos" (III 3,5). Esta libertad de escoger toma la forma de una voluntad hacia la autonomía de tener la propia vida (los poderes del alma) bajo un control absoluto. Pero esto resulta ser una ilusión devastadora. Agustín, cuando reflexiona en su situación detenidamente, tiene una intuición afectiva de que su ser interior se había distendido bajo el choque de impulsos en conflicto (VIII, 10, 24) y el efecto de las concupiscencias de que habla San Juan (I Jn 2, 16). Entonces reconoce su condición espiritual diciendo que su corazón está "profundamente herido" (X, 41, 66). Se reconoce esclavo, deforme, manchado y ulceroso, atrapado y enredado en los placeres del mundo. Esta es su penosa situación actual, causa y producto de su inquietud e inestabilidad.

Su condición descubierta pone en evidencia a una *voluntad cautiva*: "Yo me veía inmovilizado no con grillos extraños, sino por el férreo cepo de mi propia voluntad. Ella se había forjado una cadena con que me tenía bien atado". Y a continuación nos da un perspicaz análisis del proceso: "De la voluntad pervertida nace la pasión, de servir a la pasión nace la costumbre y de la costumbre no combatida surge la necesidad...Con estos eslabones me tenía sujeto en dura esclavitud" (VIII, 5, 10). «Yo me había colocado detrás de mí mismo rehusando verme, pero tú me volvías a poner delante de mis ojos para que viese cuán feo, deforme, sórdido, manchado y ulceroso yo estaba...Yo lo sabía pero lo disimulaba, lo ocultaba y lo olvidaba» (VIII, 7,16). He ahí la causa de su dispersión que afecta hasta su identidad profunda: "**¿Quién era yo y cómo era yo?... ¿Dónde estaba mi libre albedrío durante el lapso de tantos años?**" (IX, 1,1). Al fin, el mismo responde: «Ante tus ojos me he convertido en un enigma. Y en esto consiste mi enfermedad» (X, 33, 50).

Mirando su historia, Agustín reconoce finalmente su extravío: « ¿Dónde estaba yo cuando te buscaba? Ciertamente tú estabas delante de mí, pero como yo había huido de mí mismo, no me encontraba. ¿Cómo iba a encontrarte a ti?» (V, 2, 2). En un momento crítico considera su toda vida y se hace la gran pregunta: « ¿Puede llamarse esto vida, Dios mío?» (III, 2, 4). Su respuesta es un no angustioso y rotundo que le motiva inicialmente a una reconsideración de su búsqueda de felicidad: "Buscamos la vida feliz en la región de la muerte. No está allí. ¿Cómo vamos a hallar allí vida feliz si ni siquiera hay vida?" (IV 12,18).

La voluntad cautiva de Agustín amaba las realidades caducas como si fueran eternas y este amor lo llevará cada vez más lejos de Dios desparramándolo en las criaturas. Este pecado transforma su voluntad como lo hace con todo pecador, hasta construir en el hombre como una segunda naturaleza: Poseía mi querer el enemigo, y de él había hecho una cadena con la que me tenía aprisionado (VIII 5, 10).

En su autoanálisis Agustín, buscando saber el motivo que atrae la voluntad en las criaturas, descubre que la voluntad ama lo bello y lo bueno. Ama la bondad y la belleza reflejo de Dios en las criaturas. Pero Agustín no podía todavía conocer esta realidad por su orgullo autosuficiente: Yo me esforzaba por llegar a Ti, mas era repelido para ti para que gustase de la muerte, porque tú resistes a los soberbios.

Es natural que la voluntad busque la belleza y la inteligencia busque conocer, pero el pecado no deja que la una y la otra amen la belleza y la verdad. El pecado no sólo debilita la voluntad, también oscurece la mente del hombre: dejándome ir tras la disolución de mis varios afectos, en todos los cuales había una oscuridad que me interceptaba, ¡Oh Dios mío!, la claridad de tu verdad, y como de mi grosura, brotaba mi iniquidad.

Consecuencia del pecado se produce en el hombre un oscurecimiento de su inteligencia no dejándole ver con claridad la finalidad de su vida. Esta ceguera viene posteriormente reforzada por el pecado personal de cada uno, dejándonos ver a duras penas las realidades contingentes. Esta oscuridad de la mente priva al hombre de reconocer la presencia de Dios manifestada en las criaturas y en los acontecimientos. El hombre ciego a causa de su pecado no reconoce más a Dios. Lo confunde y lo ignora. Pero las consecuencias del pecado no terminan aquí. El pecado además de cerrar nuestra mente al conocimiento de Dios y de su voluntad, dificulta también nuestro conocimiento. El hombre ya no se conoce y ni se reconoce a sí mismo. Se convierte en un gran enigma, en una criatura deforme. Por eso en un determinado momento Agustín se hace la pregunta ¿quién soy yo y cómo soy yo? El siente y se percibe deforme y ulceroso. El pecado, la voluntad cautiva, lo ha conducido al abismo de la oscuridad, la oscuridad del desconocimiento de él mismo y sobre todo de Dios.

Este estado de dispersión se debe fundamentalmente a un desorden religioso, a una falta de auténtica relación con Dios. Se debe al pecado que consiste en colocar los fundamentos de la vida en sí mismo: Así es como fornicar el alma: cuando es apartada de ti y busca fuera de ti lo que no puede hallar puro y sin mezcla sino cuando vuelve a ti. Perversamente te imitan todos lo que se alejan y alzan contra ti (II 6, 14). La raíz de todo este pecado, de toda esta dispersión, desorden y oscuridad es el orgullo o soberbia, por eso en la lectura de las Confesiones encontramos continuamente la referencia a la soberbia o soberbios. El soberbio es para Agustín el que desea colocar en sí mismo y en las demás criaturas, incluidas alabanzas y reconocimientos de los otros hombres, el fundamento de su

ser. De esta forma la soberbia provoca una inversión en la realidad colocando a la persona en el centro del universo de tal manera que la persona se convierte en la medida de todas las cosas. Esta perversión del hombre, que le hace creerse Dios, lo hace caer en el vacío, en la falta de sentido, en el desencanto, en la depresión, en la pérdida de valores, en la búsqueda desesperada de la propia satisfacción por encima de todo lo demás.

La dispersión, el desorden interno que experimenta Agustín en su vida nos lleva a considerar nuestra propia dispersión, nuestro estado actual y los caminos recorridos que nos condujeron hasta aquí; los motivos de nuestra dispersión y extravío. Las causas que han deformado nuestra imagen y nuestra hermosura ¿Quién soy yo y cómo soy yo? ¿Dónde estoy y cómo te busco? ¿En qué cosa me he convertido? Todos nosotros constatamos en nuestro interior el fuerte deseo por ser feliz. Todos deseamos vivir en paz, en tranquilidad; día y noche luchamos por alcanzar este equilibrio donde encontramos estabilidad. Agustín le llama a esto apetito natural, un deseo profundo que lo llevamos inscripto en nuestro corazón desde que nacemos. Pero no siempre los caminos recorridos nos conducen a ella. Intentamos e intentamos tercamente; nos rompemos la cabeza y el alma e insistimos en conseguir algo que más que realizarnos, nos deja cada vez más vacío. Sedientos de felicidad nos lanzamos a la caza furiosa de poder, de reconocimiento, de aplausos, de honores, como si estas cosas conseguirían colmar nuestro vacío interior, cuando vemos que no hacen otra cosa que aumentarlo y aumentar nuestra angustia y tristezas.

Queremos hacer memoria de nuestras torpezas pasadas y de la desolación en que los vicios dejaron nuestras almas. Y no lo hacemos para deleitarnos, sino por amor tuyo, Dios mío. Y lo hacemos por amor de tu amor. Vamos a recordar nuestros caminos llenos de perversión, con toda la amargura que supone remover esos recuerdos, pero con la firme convicción de que recordándolos seremos liberados de nuestras cadenas o mejor descubriremos la mano salvadora de Dios, que desde lo profundo nos levanta, nos restaura y nos reconduce por los senderos de la verdadera felicidad. Y es allí mismo que escucharemos la voz de Dios que nos dice: ¡arriba! ¡Levántate, tú que duermes; sal de entre los muertos y te iluminará Cristo! (VIII, 5, 10-12).

La meditación en estos momentos nos hace descender a niveles mayores de profundidad, donde podemos tomar contacto real con lo que somos y donde se descubre la grandeza y misericordia de Dios; donde la miseria humana emerge con todas sus fuerzas, pero donde también sobreabunda la gracia de Dios. Hemos abandonado los niveles de lo que queremos ver o de los supuestos, de las apariencias y nos dirigimos hacia lo que somos y que, como a Agustín, nos cuesta mirar: "Yo me había colocado detrás de mí mismo rehusando verme, pero tú me volvías a poner delante de mis ojos para que viese cuán feo, deforme, sórdido, manchado y ulceroso yo estaba...Yo lo sabía pero lo disimulaba, lo ocultaba y lo olvidaba" (VIII, 7,16).

En la profundidad de nuestro ser nos reencontramos con el que siempre hemos querido ocultar detrás de nosotros mismos, como queriendo tapan el sol con un dedo: con ese ser irreconocible hasta para nosotros mismos, feo, deforme, manchado y ulceroso, dividido en su voluntad, esclavizado por los placeres carnales, necesitado de la gracia, del amor y de la misericordia de Dios; el pobre Lázaro del Evangelio que a los pies de su Señor mendiga migajas de pan. Ponernos de frente a él es un acto liberador; es el punto de partida y la condición para poder escuchar la voz de Dios que desde el interior nos llama. La reconstrucción de nuestra vida, el re enderezar nuestro caminos dependen de este acto de humildad, que hace que descendamos de nuestro orgullo, que pinchemos nuestro corazón inflado de soberbia y bajemos en lo profundo de nuestro interior donde se encuentra ese verdadero hombre que somos profundamente necesitado de Dios. Con la humildad, que nos hace reconocer lo que somos, pongamos nuestra vida en las manos de Dios para que él comience a reconstruir y restablecer la hermosura que hemos perdido por haber seguido nuestro caminos en vez de los caminos de Dios.

La humildad fue el camino que descubrió Agustín para salir de su estado de dispersión. Por eso en sus escritos no se cansa de recomendarnos el cultivar esta virtud que restablece el orden interno y nos devuelve la paz y la tranquilidad: ¿Quieres ser grande? Entonces comienza por ser muy pequeño. ¿Quieres construir un edificio alto? Piensa primero en los cimientos, que es la humildad. Cuando más sólido piensas y planeas construir el edificio, tanto más profundo tienes que cavar los cimientos; cuando estás construyendo el edificio, te mueves hacia arriba; cuando estás cavando los cimientos, te mueves hacia abajo (Serm 69, 2-3).

La humildad contrariamente a la soberbia nos conduce al conocimiento de nosotros mismos lo que nos permite poder conocer a Dios en el interior. Esta virtud tiene que ver con el conocimiento porque significa, en primer lugar, ir dándonos cuenta en todo momento de quién es Dios y descubrir simultáneamente la terrible realidad de quiénes somos nosotros a la luz de quién es Dios. Toda tu humildad, dice Agustín, consiste en conocerte a ti mismo (In lo 25, 16). La humildad en este sentido es el paso hacia el desierto interior, la puerta a través de la cual entramos a la presencia de Dios. La humildad, comenta Agustín fue la puerta por la que el Señor se introdujo para tomar completa posesión de quien ya era dueño. Ella es la puerta que también nos permite a nosotros entrar en nuestro santuario; la llave que nos abre la puerta de los palacios de nuestra memoria, donde sólo podemos tomar contacto con lo que somos y en donde podemos amarnos y aceptarnos con nuestros límites y defecto.

La invitación para este momento es la de entrar en los compartimentos más secretos de nuestra memoria. Esos lugares recónditos donde hasta ni siquiera nosotros somos capaces de conocerlos completamente, pero donde se albergan las motivaciones, los deseos más profundos que nos mueven y que determinan nuestros comportamientos, nuestras reacciones, nuestros pensamientos, en fin, toda nuestra vida. Agustín invitándonos a entrar en estos palacios de la memoria, nos anima a enfrentarnos con lo produce y causa nuestra dispersión para que, enderezándonos, podamos retomar el camino que nos conduce a Dios, nuestra felicidad.

En el profundo del hombre se albergan, según Agustín, tres deseos motores que, a causa del primer pecado, sufrieron una seria distorsión, que en vez de conducirnos a su fin verdadero, nos dispersan por el camino en miles y miles de amores, impidiéndonos llegar a nuestra meta. Toda la vida del hombre es un duro trabajar por enderezar estos deseos, que distorsionados se convirtieron en verdaderos vicios. De estos vicios nos habla Agustín en las Confesiones, cuando hace mención de las tres tentaciones: de la carne, de la curiosidad y del orgullo que corresponden a los tres deseos naturales del hombre: de la propia conservación, del conocimiento de la verdad y de la libertad. *En efecto, la soberbia es la caricatura de la exaltación, mientras el único destacado por encima de todos los seres eres tú, Dios excelso. ¿Y qué persigue la ambición sino la reputación y la fama, siendo tú el único acreedor a todos los hombres y glorioso por siempre?...La curiosidad parece afición por la ciencia, pero el único conoedor por excelencia de todas las cosas eres Tú. La misma ignorancia y la estupidez se visten con un manto se sencillez y candor, siendo así que más sencillo que Tú no hay nadie...La lujuria aspira a ser sinónimo de saturación y abundancia, mientras tú eres la plenitud y el caudal inagotable de suavidad inalterable (II 6, 12).*

Todos nacemos con estos tres deseos, impulsos o como bien lo llama Agustín apetitos. Todos tenemos necesidad de satisfacer las necesidades básicas, todos buscan la felicidad; todos quieren conocer la verdad y nadie quiere ser engañado; todos quieren ser libres y no estar sometidos a nadie; pero es que aquí que estos deseos no se encuentran en nosotros en estado puro y por esta razón aparece un deseo exagerado por el placer. Hacemos del placer el fin y centro de nuestra vida. Lo mismo sucede con el deseo por conocer la verdad. Nos quedamos atrapados en las "verdades" y nos cuesta subir hasta la Verdad. La absolutización de la propia libertad es la manifestación de un deseo desorganizado y dislocado de autonomía. (Estos tres vicios son la nota distintiva que caracteriza la sociedad en la que vivimos y que se relacionan y afectan directamente nuestros votos religiosos de castidad, pobreza y obediencia).

Según Agustín todos estos deseos se encuentran en los palacios de la memoria. Me mandas, sin duda, abstenerme de los deseos sensuales y de la ambición del siglo (Soberbia), pero aún están vivas en mi memoria, las imágenes de aquellas cosas que la costumbre dejó impresas en ella. Y me salen al encuentro. Entrar en los palacios más profundos de nuestro santuario interior es encontrarnos con esta realidad, asumir nuestra condición, reconocer que interiormente somos tironeados por estos fuertes deseos que nacen y brotan desde el profundo del corazón humano herido por el pecado y que nos hacen caer en el error de confundir la Creatura con el Creador y quedar atrapados en ellas. ¡Quien no se siente arrastrado por el placer y belleza corporal de las cosas!; ¡quien no se siente arrastrado y vive en función del poder, de la ambición, de la soberbia, de los honores, de los reconocimientos, de los aplausos! ¡Quien no prefiere quedarse y gozar de las propias verdades, imponer sus verdades que buscan la Verdad con mayúsculas! Todos en cierto grado experimentamos esta tirantez. Algunos son más débiles y propensos a uno que a otro. Lo importante es ser consciente de todo esto y no dejarnos dominar por estos impulsos primarios.

Entrar en el santuario interior nos permite hacer esto con el fin de clarificarnos, unificarnos y reducir las tensiones que experimentamos en nuestro interior fruto de una voluntad dividida. Pero para llegar a alcanzar esta armonía interior, debemos reconocer, individuar, dar nombres y enderezar estos deseos o impulsos que, dispersándonos y fragmentándonos, nos apartan del camino que nos conduce a la verdadera felicidad y nos da esa paz y tranquilidad que tanto deseamos.

Aquí están en tu presencia, Señor, los recuerdos vivos de mi alma... ¿Quién será capaz de desatar este nudo tan complicado y ciego? Es feo; no quiero ni mirarlo. No quiero examinarlo. Te quiero a Ti, justicia e inocencia que eres hermosa t digna, adornada de luces puras y de una saciedad insaciable. En Ti se halla el perfecto descanso y una vida imperturbable. El que pasa por tus puertas penetra en el gozo de su Señor, sin recelo alguno, y se hallará extraordinariamente bien en el sumo bien. Yo, por mi parte, me alejé de Ti y anduve sin rumbos en tus caminos durante mi adolescencia, demasiado desviado del equilibrio que me ofrecías y me convertí en un terreno empobrecido (II 10, 17 -18).

3. INTERIORITAS

Lectura en voz alta: VII, 10, 16 / VIII, 5,12; 8, 19

Así que, al igual que sucede en el sueño, me sentía dulcemente aprisionado por la carga del siglo. Los pensamientos que constituían el núcleo de mis meditaciones se parecían a las tentativas que hacen los que quieren despertarse, pero que vuelven a hundirse en el sueño, vencidos por su pesadez. Y aunque no hay nadie que quiera estar siempre durmiendo y el sentido común dice que es mejor estar despierto, sin embargo el hombre demora muchas veces en sacudir la modorra cuando una pesada somnolencia se apodera de sus miembros. A pesar de estar harto de dormir y de que ya es hora de levantarse, entonces es cuando se retoma el sueño con mayor gusto. Esto mismo es lo que me pasaba a mí: estaba seguro de que era mejor entregarme a tu amor que ceder a mis apetitos. Lo uno me agradaba y vencía, lo otro me apetecía y me ataba.

Ya no me quedaba respuesta que dar cuando me decías: tú que duermes, despiértate, levántate de entre los muertos, y la luz de Cristo brillará sobre ti. Y con la clara evidencia de que dices la verdad, no tenía palabras que decirte, convencido como estaba de su verdad, sólo me salían palabras lentas y soñolientas: ¡Ahora mismo! ¡Ahora enseguida! ¡Espera un poco más! Pero este ahora mismo y este enseguida se iban prolongando.

Era totalmente inútil que me deleitara en tu ley según el hombre interior mientras existiera otra ley en mis miembros opuesta a la ley de mi mente, y me encadenara a la ley del pecado que estaba en mis miembros. Porque la ley del pecado es la fuerza de la costumbre que arrastra y domina el espíritu, incluso contra su voluntad, en justo castigo por haberse dejado caer en ella voluntariamente. ¡Infeliz de mí! ¿Quién me libraría de este cuerpo mortal, sino tu gracia por medio de Jesucristo nuestro Señor?

San Agustín, en sus confesiones, se da cuenta de que el hombre no sólo tiene una realidad fuera de sí mismo (todo lo que se encuentra con los sentidos), ni tampoco posee sólo una realidad dentro de su mente (todo lo que piensa en su inteligencia). Es consciente, sobre todo, desde el momento de la conversión central de su vida, que el corazón del hombre no está hueco o lleno de cosas superfluas. Dentro de él está la realidad interior, la más rica. Hay alguien viviendo dentro del corazón del hombre: la parte más íntima del ser humano no es una cápsula vacía ni tampoco una habitación deshabitada. Agustín sabe, cree, proclama y celebra que el hombre está habitado por dentro: sabe que Dios vive dentro de él mismo, en lo más íntimo y profundo de su intimidad. Partiendo de esta certeza hace un viaje que, tras atravesar el desierto de las apariencias y los reclamos de otros ídolos que quieren mantenerlo atado y agarrado con las cadenas a las realidades exteriores, lo lleva al manantial limpio y puro que percibe creyentemente en lo profundo del alma. El Dios trinitario en el que cree vive dentro de su corazón. El santuario de la memoria es el templo del Dios vivo, el lugar sagrado donde Dios ha sentado su tienda para siempre. Su casa interior no está fría ni vacía: el calor espiritual de la presencia de Dios caldea las fibras más íntimas de su ser. Más allá de las sendas inhóspitas, ajenas a Dios, vacías de sentido, Agustín ha sacado un billete para hacer un viaje apasionante hacia lo mejor de sí mismo, hacia lo mejor que hay en el mundo, hacia lo mejor que hay en el corazón de los demás: hacia Dios. Este es el motivo que lo ha impulsado a entrar en el santuario de su memoria, el motivo que le ha dado fuerzas para enfrentarse consigo mismo y que lo ha hecho asumir su condición de dispersión, de lejanía de Dios y de sí mismo. Bucear más y más dentro de sí mismo le permite saborear más y mejor de Dios que le habita, que le precede, que lo sostiene, que lo ayuda a ahondar gradualmente en su propio centro existencial.

Hablar de interioridad en San Agustín es alejarse conscientemente del ruido y acercarse voluntariamente al silencio. Es huir de lo que huele a vacío, a nada, a humo, a paja. Es decirle de una vez por todas no a las apariencias para centrarse y concentrarse en lo que realmente centra al ser humano, lo que está al centro del propio centro. La interioridad para Agustín es algo así como el camino que uno hace día a día, con la gracia de Dios, para cavar y ahondar dentro del propio corazón. Así poco a poco va disfrutando del contacto con Dios. La interioridad, el ejercicio que Agustín nos propone en este momento, exige cortar con la dispersión: poner distancia frente a todo lo circundante (para después volver a mirarlo y amarlo con una mirada limpia y un corazón inflamado). La interioridad nos pide concentrar toda nuestra energía para encontrar al inabitante interior. Es buscar dentro al que nos busca, encontrar al que no encuentra, conocer al que nos conoce. Es meterse de lleno en el fondo del alma para escuchar la voz de Dios. Esta es la experiencia que Agustín vive en sus Confesiones. En medio de tanta dispersión, de tantos ruidos y palacios de su memoria advierte la llamada de Dios, que desde su interior, lo invita a abandonarse su dispersión y encaminarse en la profundidad de su profundidad donde Él está vivo y presente.

El libro de las Confesiones le sirve al santo para decirnos que las realidades externas con las que se encuentra el ser humano pueden llegarle a frustrarle si el hombre pone en ellas su última esperanza. El hombre se frustra cuando idolatra lo creado. El hombre busca la felicidad, y cuando trata de alcanzarla abrazando apasionadamente a las criaturas, entonces descubre que ellas no deben ser amadas como si fueran Dios: ellas no le darán jamás una felicidad honda y consistente. Cuando el hombre idolatra lo de afuera, sin dejar que Dios sea el Dios de su propio corazón, entonces aparece la experiencia de la frustración. Lo peor de todo es ser pecador sin ser consciente de que uno es pecador; lo peor del frustrado es haber perdido la conciencia de pecado. *Lo más incurable de mi pecado era que no me tenía por pecador, deseando mi execrable iniquidad más que tú fueras vencido en mí para mi perdición, que serlo yo por ti para mi salvación (V 10,18)*. Esto es lo que nos proponía Agustín en el ejercicio anterior. Entrar en el santuario de la memoria para mirarnos; mirarnos para conocernos; conocernos para amarnos como somos débiles, frágiles y pecadores porque sólo el que se mira, se reconoce y se ama puede iniciar un viaje interior que lo conducirá a encontrarse consigo mismo, con su hombre interior y con Dios la fuente de su felicidad. Reconocer nuestra fragilidad nos permite salir de la superficie y bucear en las profundidades de nuestro ser donde se encuentra lo más auténtico de nosotros mismos, lo que realmente somos y estamos llamados a ser.

Agustín narra en la obra que nos sirve de guía, que él había sido presa de amores depravados: nos es que el no amara: lo que le pasaba es que amaba mal. Amaba más lo que debía amar menos y amaba menos lo que debía amar más. Esto le frustraba y por eso su corazón sincero era un corazón en búsqueda. Si no hubiera sido sincero no habría estado inquieto, porque se habría conformado con cualquier cosa. Agustín es consciente de que Dios mira su proceso vocacional desde arriba, desde su cielo. Aunque Agustín haya querido esconderse, Dios le vigila desde lo alto para sanarlo: *Y, ciertamente, Señor, aunque yo no quisiera confesarme ni descubrirme a ti, ¿qué puede haber en mí que te sea oculto a ti, si ante tus ojos aparece claro, hasta lo más profundo y lo más escondido del corazón humano? Si yo tratase de esconderme a ti, lo que haría sería esconderme a ti de mí y no a mí de ti. Pero ahora, que mis lágrimas son testigo de mi propia vaciedad y miseria, Tú Señor me alumbras, me llenas, me amas y me atraes, para que sienta vergüenza de mí y me aleje de mí, para elegirte sólo a ti; de tal manera que en adelante ya no te agrade a ti ni a mí, si este agrado no viene de ti (X 2,2)*.

La frustración de Agustín tiene el origen en la falta de inteligencia espiritual a la hora de amar: ha amado, y mucho, pero ha amado mal. La vaciedad, la miseria, la experiencia de dolor frustrante le viene de haber tenido un corazón desparramado, extrovertido, sin un centro de gravedad realmente humanizador ni divinizador. Está claro que él, que ha sido un sagaz explorador de la interioridad, está cansado de buscar fuera de sí mismo su propia felicidad. Agustín cuando relee retrospectivamente su vida, es consciente de haber caminado en medio de la oscuridad. Lo peor de todo no era su situación de frustración oscura, sino que, en medio de esta experiencia dramática, la esperanza había brillado por su ausencia: *Esperanza mía de mi juventud, ¿dónde estabas para mí? ¿A dónde te habías retirado? ¿Quién me había creado sino tú? ¿Quién me habría separado de los animales y me habría hecho más sabio que las aves del cielo? Sin embargo, yo caminaba en la oscuridad, te buscaba fuera de mí y no hallaba al Dios de mi corazón. Me había precipitado en el fondo del mar y había perdido toda esperanza de encontrar la verdad* (VI 1, 1)

Agustín ha experimentado que fuera de sí mismo sólo va a encontrarse con ausencia de paz y con exceso de desasosiego. Por eso quiere huir de la idolatría de la exterioridad que le afea y le ensucia: ha caído en la cuenta, ha tomado conciencia de que estando desparramado ha sido un hombre afeado. Quiere hacer un éxodo psicológico, salir de una tierra inhóspita para llegar a la tierra donde mana leche y miel. Pero no sabe a dónde ir. *Tú, Señor, me trastocabas a mí mismo, quitándome de mi espalda, a donde yo me había puesto para no verme, y poniéndome delante de mi rostro para viese cuán feo era, cuán deforme y sucio, manchado y ulceroso, me veía y me llenaba de horror, pero no tenía donde huir de mí mismo* (VII 7, 16).

Quiere despegarse de las criaturas, desatarse, desasirse, cortar con todo aquello que le había prometido y no le había dado felicidad. Pero las pegajosas realidades de este mundo le tenían viscosamente agarrado y parecían echarle en cara que las abandonara. Entre Agustín y las vanidades se había trabado una amistad: les había vendido su alma. ¿Iba a acabarse ahora esa amistad? *Me retenían bagatelas de bagatelas, vanidades de vanidades, antiguas amigas. Me tiraban del vestido de la carne, y me decían por lo bajo ¿Nos dejas? Y ¿de este momento nunca más te será lícito esto y aquello?* (VIII 11, 25). Este vivir apegado a lo creado es estar en la región de la desemejanza; es tener deformada la imagen interior grabada a fuego en el alma: *Y advertí que me hallaba lejos de ti, en la región de la desemejanza, como si oyera tu voz de lo alto: majar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú mudarás en ti como manjar de la carne; sino que tú te mudarás en mí* (VII 10, 16); comporta tener ciega la mirada interior.

Despegarse de las realidades exteriores es por el contrario despertar un proceso de liberación y de autonomía interior. Un proceso que si bien exige voluntad libre es ante todo gracia divina. La miseria del hombre apegado es liberada por la misericordia de Dios: *a veces Señor me enredo en las hermosuras exteriores, pero Tú me liberas, porque eres misericordioso; yo me enredo miserablemente, pero Tú me liberas misericordiosamente; unas veces, sin que yo me dé cuenta, por ser leve mi caída; otras con dolor, por estar apegado a ellas mi corazón* (X 34, 53).

La interioridad además de ser un proceso liberador es el ejercicio que le permite a Agustín encontrarse con su verdadera imagen, con el hombre interior y comenzar un proceso de reconstrucción de su imagen deformada por los vicios. Dentro de este hombre de carne y hueso vive otro hombre espiritual, interior, que despertando su inteligencia, su memoria y su voluntad quiere vivir según la ley del Espíritu. Un hombre que no se rige por el qué dirán, sino por la Voz de su conciencia. Es el hombre que valora la reconstrucción de su propio corazón y que sabe la capacidad que tienen las realidades externas de dañarlo. El hombre interior tiene la sensibilidad ágil y despierta. El hombre interior es lo mejor que tiene el hombre dentro de sí y es a su búsqueda que Agustín se lanza por los caminos de la interioridad. Se lanza a la búsqueda de ese hombre todo habitado por Dios y cuyo cuerpo es su templo sagrado.

Este ejercicio de lanzarse de la exterioridad de su vida a la interioridad tiene solamente sentido precisamente porque creemos que este Dios, fuente de la felicidad humana, vive dentro de cada uno de nosotros como en su tienda. Si Dios no viviera dentro de nosotros mismos ¿para qué buscar y buscar; cavar y cavar, ahondar y ahondar, si al final no me voy a encontrar con nada ni con nadie que realmente merezca la pena? Agustín parte de esta convicción, es decir, de que Dios habita en el interior y por eso tiene sentido y es obligado meterse a bucear dentro de uno mismo. Agustín busca mayor sinceridad y transparencia y por eso decide abandonar el mundo de desemejanza, de las apariencias, de la mentira, de la falsedad, de la hipocresía e iniciar al viaje que lo conduce a la autenticidad. Quiere llegar a tomar contacto con lo que él es y con lo que lo hace ser.

Esta realidad honda del hombre se encuentra cuando la mirada atraviesa las apariencias, el ruido y las máscaras. Para tener verdaderamente experiencia de interioridad tenemos que dar un verdadero salto de nivel: si no lo damos nos quedaremos en una experiencia epidérmica y superficial del hombre. Hoy, igual que ayer existen no pocos seres que viven con los pies instalados sólo en las plataformas exteriores de la realidad. En ocasiones no es la falta de buena voluntad, sino la ignorancia, lo que nos impide el viaje a lo profundo de la tierra prometida que está dentro de nosotros. En otros momentos faltan condiciones ambientales, socioculturales o personales que propicien-provoquen una experiencia honda de interioridad. Algunos pensarán que esta experiencia sólo está destinada a unos pocos elegidos, por creer en una espiritualidad reservada sólo a una élite. Otros no querrán pasar por una experiencia de desierto silencioso, condición necesaria para escuchar la Palabra de Dios.

Esta experiencia sea el motivo que sea no es fácil para nadie porque ella supone una lucha interior contra uno mismo y contra las corazas (necesarias muchas veces) que le yo se ha ido poniendo para protegerse de la adversidad exterior. En el viaje hacia el interior del núcleo personal uno tiene que ir desnudándose y despojándose de

muchos mecanismos de defensa, de bastantes comportamientos poco cristianos, de algunas actitudes mínimamente evangélicas. Esto cuesta mucho: voluntad humana y gracia divina deben actuar conjuntamente para que el proceso se desarrolle convenientemente. *Porque la nueva voluntad que había empezado a nacer en mí de servirte gratuitamente y de gozar de Ti, ¡Oh, Dios mío! único gozo cierto, todavía no era capaz de vencer la primera, que con los años se había hecho fuerte. De este modo las dos voluntades mías, la vieja y la nueva, la carnal y la espiritual, luchaban entre sí y discordando destruían mi alma (VIII 5, 10).*

En medio de este duelo interior, Agustín intuye que la petición que debe hacerle a su Dios es doble: por un lado el santo quiere arrojarse en manos de Dios; por otro lado, le pide a Dios que tenga a bien acercarse a él, pobre criatura necesitada. *¿Por qué te apoyas en ti, que no puedes tenerte en pie? Arrójate a él. No temas, que él no se retirará para que caigas. Arrójate seguro, que él te recibirá y sanará. Entrégate a mí, Dios mío. Vuelve a mí. Sabes que te amo. Pero si aun es poco, haz que te ame con más fuerzas. No puedo medir a ciencia cierta cuánto me falta para amarte bastante a fin de que mi vida corra entre tus brazos y no me aparte de Ti hasta que sea escondida en lo escondido de tu rostro (XIII 8,9).*

Aunque Dios esté presente en este momento, el ser humano tiene vergüenza de que su Dios, el Altísimo, el Puro, el Santo...se dé cuenta en primera persona de que la pequeña criatura no es ni mucho menos perfecta. Hay imperfección dentro del corazón y esto es un golpe durísimo para su posible orgullo interior: ¿Para qué meterse dentro de uno mismo? ¿Para encontrar todas esas cosas malas que podemos intuir...? Justamente por esa razón puede haber personas que consciente o inconscientemente prefieran vivir en los horizontes de la superficialidad. Ejercitar la interioridad exige reconocer con muchísima sinceridad y asumir en primera persona el propio pecado, la propia deformidad, la no perfección interior. Si esto no se integra bien... si uno no se cree valioso en sí, y los ojos de Dios, aún con la propia imperfección, la frustración deprimente de uno consigo mismo puede ser grande. Agustín nos asegura que es mejor mostrar, con honradez, las propias llagas para ser curado por Dios. Aceptar la realidad no es lanzarse a ser condenado; es la puerta para la curación y para el reencuentro con el hombre interior habitado por Dios.

Agustín mientras nos va narrando sus Confesiones, se da cuenta lúcidamente de que sus desvaríos del pasado por los barrios de la exterioridad han estado comentados sobre una mala consejera: la soberbia. Es justamente ella la que le había arrojado lejos de la felicidad limpia y pura que encontraba dentro de su propio corazón. Seguir los dictámenes de la soberbia había sido para él, durante más de treinta años, la fuente de los profundos desalientos. Por eso Agustín reconoce la necesidad de un vaciamiento interior y el último por desterrar en este proceso es la misma soberbia. El propone un vaciamiento del yo interior para que poco a poco su interioridad se vaya limpiando y dilatando y para que el hombre interior vaya encontrándose progresivamente con Dios. Vaciar internamente, ser humilde, es tremendamente difícil, pero es el único camino que nos conduce a Dios.

La senda de la humildad paciente que se nos propone recorrer es la misma que recorrió el propio Cristo, que siendo Dios no hizo alarde de su condición divina sino que se sometió, se rebajó hasta la muerte y muerte en Cristo. Es necesaria por tanto cruzar los caminos de la humildad para crecer en interioridad y acercarnos a Dios. *Dios no se acerca al soberbio. Sin duda que Él es altísimo; el soberbio no llega a tocarle. Para conseguir llegar a todas las cosas altísimas nos empinamos, y, si aún no podemos alcanzarlas, buscamos algún artefacto o alguna escalera para que, encaramados, podamos alcanzar lo que está elevado. Al contrario sucede con Dios; Él es altísimo, y es alcanzado por los humildes (En. Ps. 74,2).* Eliminar todo rastro de egoísmo y orgullo será entonces la puerta que nos permita estar cara a cara con Dios y gozar de los frutos de la interioridad.

Las Confesiones reflejan claramente gran parte de las experiencias vividas y contadas, con el corazón en la mano de Agustín, pero de todas estas experiencias, la experiencia religiosa, la experiencia de religarse, de unirse, de comunicarse con el Señor es sin lugar a duda la experiencia más impactante y que ocupa un lugar central en la narración. Todo su pasado, su presente y su futuro se iluminan a la luz de esta experiencia. Lee su historia, los acontecimientos vividos, los personajes encontrados, todo lo lee desde esta experiencia fundante. En ella cobran sentido hasta los momentos más difíciles de su vida, en ella ve cómo la mano de Dios fue obrando en cada acontecimiento y personas que conforman su historia. El ejercicio de la interioridad que se nos propone en este momento busca precisamente esto, que, recordando nuestra experiencia de Dios, nuestra unión con él, releamos nuestra historia como una historia salvífica. Revivir nuestro encuentro con Dios nos renueva en la esperanza, nos levanta el ánimo, da nuevo sentido a las cosas y la vida.

4. ORDO AMORIS

Lectura en voz alta: III, 1, 1; 5, 10 / IV, 10, 15

Llegué a Cartago, y a mí alrededor hervían aquellos amores impuros. Por aquella época no amaba todavía, pero deseaba amar y, hallándome en un estado de pobreza más íntima, estaba resentido conmigo mismo por no ser lo bastante necesitado. Andaba en búsqueda de un objeto de amor, deseoso como estaba de amar. Odiaba la seguridad, y me aburría el camino sin peligros. Interiormente sentía hambre intensa por estar alejado del alimento interior, Tú mismo, Dios mío.

Pero a pesar de esta hambre no tenía apetito, sino que me sentía sin ganas de los alimentos incorruptibles, no por estar satura de ellos, sino que cuanto más vacío estaba, mayor rechazo sentía hacia ellos. Por eso mi alma no

gozaba de buena salud y se lanzaba hacia el exterior, hecha pura llaga, con la mezquina avidez de gozarse en las realidades sensibles.

Sí, ya sé que si estas realidades no tuvieran alma, no constituirían objeto de amor. Amar y ser amado era para mí un dulce ocupación, sobre todo si lograba disfrutar del cuerpo de la persona amada. Lo que hacía, pues, era manchar la fuente de mi amistad con las impurezas de la pasión y oscurecer su esplendor con mi infernal pasión sensual. Feo y deshonesto, sentí un orgulloso deleite ante el hecho de que me consideraran como un personaje elegante y un hombre de mundo.

Por fin, caí también en las redes del amor, en que quería ser atrapado. Dios mío y misericordia mía. ¡Qué bueno fuiste al rociar de tanta amargura aquella suavidad! Porque mi amor fue correspondido y llegué a disfrutar de un enlace secreto. Una gran satisfacción me iba atando con lazos angustiosos. Pero, como era de esperar, pronto vinieron los azotes de fierros candentes provocados por celos, sospechas, temores, cólera y peleas.

El progreso que se alcanza en la interioridad depende del “orden en el amor”, un principio básico en el mundo psicológico y espiritual de Agustín. Este ejercicio consiste en aprender a amar y se orienta a establecer un sistema de relaciones y valores en el que Dios es el centro de gravedad.

Agustín ha tenido la experiencia del desorden de su amor: su jerarquía de valores no había estado bien diseñada antes de su conversión, y por eso cae en cuenta de que, para ordenarse existencialmente, su viaje interior le exige un replanteamiento axial que ordene su amor. El amor del alma alejada de Dios es pecaminoso, hiriente, distorsionado. Sólo con Dios en el centro o en la cúspide de la pirámide axiológica el hombre ordenará su yo interno.

El corazón de Agustín había sido un corazón inquieto porque estaba desordenado. La inquietud no es el final del camino espiritual agustiniano: ¡jamás! Es sólo una fase del mismo proceso interior. La inquietud es síntoma de desorden interno, y por eso el ideal consiste en ordenar los amores o la fuerza amorosa interna para que venga la paz interior. Si el amor es el peso de una persona, hemos de ponernos creyentemente en manos de Dios para que ese amor sea direccionado hacia lo alto, hacia el altísimo. Así se ordenará la existencia de la persona: cuando su amor no sigue arrastrado animalmente por la ley carnal, sino cuando es elevado espiritualmente. Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas. Se ponen en orden y descansan. *Mi peso es mi amor; él me lleva donde quiera que voy. Tu don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba. Nos enardecemos y caminamos. Subimos las ascensiones dispuestas en nuestro corazón y cantamos el cántico nuevo de los grados. Con tu fuego, sí, con tu fuego santo nos enardecemos y caminamos, porque caminamos para arriba, hacia la paz de Jerusalén (XIII 9,10).*

La experiencia de interioridad, ese encuentro con nosotros mismos y con Dios en el profundo de nuestro ser, debería provocar en nosotros un cambio, una reorganización o reorientación del centro de nuestros amores, de nuestros valores, de nuestro modo de ver y enfrentar la vida. Este trabajo de reorganización se realiza para Agustín con el ejercicio del *Ordo Amoris*. Max Scheler a propósito de este tema piensa que esta propuesta agustiniana de un *Ordo Amoris* es la clave para entender toda la vida humana y el gran secreto del mundo. En su famoso escrito, *Ordo Amoris* sostiene que en la vida nos encontramos con todo un mundo de objetos sensibles y espirituales que conmueven constantemente nuestro corazón y nuestras pasiones. Mi autenticidad personal depende por lo tanto del poder conseguir un orden justo en mis inclinaciones y aversiones, mis amores y desamores, mis intereses e indefiniciones, es decir, de alcanzar un *Ordo amoris*. Así para conocer la esencia de una persona, una época y un pueblo o su ethos propio, sus estimaciones y preferencias, hemos de conocer bien su orden de amor y odio. Todas y cada una de las cosas tienen sus propios títulos para ser amadas según su interno y propio amor. Por eso podemos amar las cosas como Dios mismo las ama. El *Ordo amoris* por tanto nos da el núcleo de la persona, la moral fundamental del individuo. Por eso dice Max Scheler: quien posee el *ordo amoris* de un hombre posee al hombre. Posee respeto de este hombre. Lo mismo se puede decir de un pueblo. San Agustín sostiene que para saber lo que es un pueblo hay que ver qué es lo que más ama (Civ. Dei 19,24). Este es el núcleo del hombre, la fuente originaria de donde emana su vida, su destino, su proyecto vital, inclinaciones y resistencias, atracciones y repulsiones que encontramos en la vida.

En este momento, junto a Agustín, queremos hacer memoria de nuestros amores, para darle un nuevo orden o mejor para restituirle su orden originario. Queremos ir al centro de nosotros mismos. La dispersión ha fracturado nuestro núcleo original y lo ha quebrado en mil otros amores. Debido a este desorden surge la necesidad de una reorganización. Todas las Confesiones se convierten de esta manera en una invitación que se extiende a sus lectores a unirse a él en esta reexaminación de los afectos que existen en la historia personal. Este ejercicio, que se impone a través de la vida entera, requiere purgar las emociones de los dolores, tristezas y desolación que acompañan las experiencias adversas hacia un equilibrio en el que se refleje el orden interior. El equilibrio humano depende ante todo de este orden. Cuando el amor se centra en Dios recobra el tiempo perdido en la dispersión y experimenta la liberación del peso que le abrumba y desorienta. La luz del amor ilumina la ceguera que exclama: ¡Tarde te amé!

Las Confesiones ilustran muy bien este proceso y ejercicio de ordenación del amor de la cupiditas (II 1,1) a la caritas (XIII 7,8), del amor egoísta al amor oblativo. En la historia de Agustín vemos como él comienza a amar lo que antes odiaba y a odiar lo que antes amaba. Se descentra para centrarse en Dios. Y eso cambia radicalmente su orden del corazón y su propio *ordo amoris*. *¡Oh locura que no sabe amar a los hombres como hombres! ¡Oh hombre insensato que lleva los azares de la vida humana sin moderación! Ese era yo entonces: me abrazaba, suspiraba, lloraba, me agitaba sin hallar descanso ni consejo. Cargaba con un alma rota y ensangrentada que no tole-*

raba que yo fuese su portador. Ya no sabía dónde ponerla. No hallaba sosiego ni en los bosques amenos, ni en los juegos, ni en los cantares, ni en los jardines fragantes, ni en los espléndidos banquetes, ni en los placeres de alcoba y cama, ni siquiera en los libros, ni en los versos. Todo me era repulsivo, hasta la luz misma. Todo lo que era él me resultaba tedioso y abrumador. Todo menos los lamentos y las lágrimas. Sólo en ellas encontraba un pequeño alivio. Y cuando a mi alma se la apartaba del recurso a esas lágrimas, entonces es cuando sentía el agobio tremendo de mi miseria. Yo sabía, Señor, que tenía que elevar mi alma hasta ti para que sanara. Pero ni quería, ni podía, porque cuando pensaba en ti, no eras para mi mente algo sólido y consistente, o sea que no eras tú. Un vano fantasma y mi error eran mi Dios (IV 7, 12). Después de su conversión el amor aparece como una pasión central, que lo gobierna todo, de ahí que se pueda decir que la conversión es un amor que ha hallado su centro, que es Dios. Es como un fuego que eleva a las alturas, pero que tiene que estar en lucha con los elementos contrarios. En el fondo toda conversión y toda vida del hombre, es una lucha entre dos amores (cupiditas y caritas) y el triunfo final de uno de ellos.

El corazón del hombre está hecho para amar lo que se debe amar y no puede por menos de amar, es más, sólo el amor vence a otro amor, no con ascéticas de ningún tipo: *No se puede vencer el amor a las cosas temporales sino con el suave gusto de las cosas eternas* (Mus VI 16). Lo que sí tiene que hacer en la vida es aprender a cómo amar. Los convertidos como Agustín experimentan que antes no amaban a Dios o mejor que aman a Dios como debieran y que ahora le pueden amar de una forma distinta: tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. En su vida Agustín ha experimentado una conversión radical en el corazón, un cambio de dirección de sus deseos, un reordenamiento de sus amores que supuso una ascesis muy profunda, una gran voluntad de verdad y amor, para llegar al descentramiento de sí mismo, dar lugar al verdadero amor y dejar sitio al otro con una empatía real, que se fundamenta en un gran sentido humano y evangélico de entrega.

El amor ordenado hacia Dios nos abre nuevos horizontes de vida, de valores y de relaciones. Su fuerza curativa perdona las culpas y las penas que podrían parecer inexplicables. El amor lo transforma todo, sana las heridas, incesantemente reproducidas, sondea los abismos de la vida personal, para llevarla a su plenitud. El amor ordenado reinicia la vida: en él, se recosen sus jirones, pierde ponzoña la hostilidad, se aplaca la angustia; desata los nudos que bloquean la voluntad, cicatriza las discordias, quita el peso del pasado.

Este mismo amor, que nace y se fundamenta en Dios, resucita el pasado muerto y lo integra en el presente. El nuevo orden en el amor nos da una nueva autoconciencia, una mayor libertad y responsabilidad, un nuevo compromiso; busca dar un nuevo sentido a la vida con nuevos valores, propósitos y metas. En fin es este amor el que hace nacer y crecer el hombre interior que no vive para sí, sino para Dios y en Dios para a los otros. La purificación del corazón le permite a Agustín liberarse precisamente de los amores que lo empujan hacia abajo y que en vez de realizarlo, elevarlo, lo degradan. En el peso de ese amor que él mismo ha descubierto en su interior ha encontrado la fuerza para iniciar a vivir de una forma distinta. Este nuevo orden le ha cambiado radicalmente la percepción que tenía de su vida, su historia, sus relaciones, de sus valores. Le ha dado mayor madurez, solidez y estabilidad.

La lectura de las Confesiones nos impone por tanto la dura tarea de regreso al corazón para examinarlo, purificarlo, reordenarlo y reconducirlo al verdadero amor. *Traidores, vuelvan al corazón y quédense con Aquel que les ha creado. Manténganse en su compañía y alcanzarán estabilidad. Descansen en él y hallarán sosiego. ¿Adónde van por caminos intransitables? ¿Adónde van? El bien que aman procede de Él* (IV 18). Para Agustín el corazón del hombre es el hombre mismo, aquella interioridad, conciencia, inteligencia y voluntad que califican al hombre más allá de las apariencias o de las manifestaciones exteriores. Es aquello por lo que una persona es aquella que es verdaderamente, en sus raíces más verdaderas y profundas, donde cada uno es lo que es. En el corazón del hombre está la raíz de la bondad o maldad porque es el corazón la sede del amor que determina la elevación o el abajamiento del hombre, porque el hombre vale por aquello que ama.

El regreso al corazón es la instancia, el ejercicio, que nos lleva a poner en la balanza nuestros amores para ver cuál de ellos pesa más en nosotros. Situarnos y mirar nuestro corazón, sentir sus latidos, sus emociones, nos permite descubrir cuál es nuestro *pondus*, nuestro peso, lo que nos motiva, lo que nos mueve y lo que da sentido a nuestra vida. Dice san Agustín que cada hombre es lo que ama (De div. qu. 83, 35). ¿Quieres saber qué clase de persona eres? Pon a prueba el amor. ¿Amas las cosas de la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? No tengas miedo en decirlo: eres Dios (In epist. Ioan. 2, 2, 14). Somos lo que amamos. El amor es lo que nos da identidad, lo que nos hace ser, lo que nos mueve y nos impulsa. Situarnos en el lugar más íntimo nuestro y tomar contacto con nuestros amores nos permite darnos cuenta quienes somos realmente. Mi corazón, dice Agustín, es el lugar donde soy lo que soy (X 3, 4).

Una vez situados en el corazón e identificado el o los *pondus* de nuestra vida, recién entonces estamos preparados para iniciar la tarea de reorganización, reorientación y reconstrucción de nuestros amores que no es otra cosa que la reconstrucción de nosotros mismos, de nuestra vida, de lo que somos. El viaje hacia el corazón, metiéndonos hacia lo más íntimo de nuestro yo, nos ofrece la posibilidad, desde de dentro, de operar un cambio fundamental en nuestras vidas. El *Ordo amoris* no solamente toca y produce un cambio en nuestra moral, es decir, en nuestros comportamientos, deseos y acciones, sino que afecta también nuestra esencia, nuestra dimensión ontológica. Se produce, por lo tanto, una transformación general de toda la persona; una conversión total que nos hace renacer a una vida distinta fundada, orientada e ilumina por la luz de la verdad que habita en el interior de cada uno de nosotros. *Señor Dios nuestro, esperamos a la sombra de tus alas* (Sal 63, 8). *Abríganos y llévanos. Tú nos lleva-*

rás, Tú serás el portador de los pequeñuelos, Tú serás su portador hasta que lleguen a la vejez (Is 46, 34). Cuando tú eres nuestra seguridad, entonces sí que estamos seguros, mientras que cuando sacamos a relucir nuestra solidez, lo que aparece es nuestra flaqueza. A tu lado está continuamente nuestro bien. Por eso cuando te damos la espalda nos perdemos. Iniciemos ya el retorno, Señor, para evitar extravíos (IV 16, 31).

Iniciemos con Agustín este retorno al corazón que nos conduce al encuentro con Dios y dejemos que él nos transforme desde dentro; que él sea nuestra solidez, el fundamento donde se asiente y construya nuestro edificio, que su *pondus*, su amor infinito derramado en nuestros corazones, sane, cure y vende nuestras heridas pasadas, enderece lo que está torcido y llene de sentido y esperanza nuestra vida. ¿Qué es lo que amo cuando te amo? Es la pregunta que Agustín se hace en un momento determinado de su vida. Intentando responder a ella, se descubre lleno de amores, se descubre con un corazón cada vez más dividido, más cerrado e impedido de amar correctamente. Su vida parece hacer invertido los valores y ya no ama más lo que debe amar y ama menos lo que debe amar menos. El enamorado de la Verdad había amado mucho, pero no como se debe y por eso pide e implora que Dios le enseñe a amar. El siente el deseo de amar, siente que el amor lo impulsa, lo mueve, pero no sabe como regir esa fuerza que siente que nace desde dentro. Su forma de amar le ha provocado más frustración que felicidad, mas desilusión y vacío que gozo.

¿Qué cosa amo cuando te amo? Esta pregunta de Agustín bien podría servirnos a nosotros que también sentimos el peso del amor como guía para meditar de qué amor está hecha nuestra vida, de que cosas la llenamos, qué es lo que buscamos. La respuesta nos revelará lo que somos, nuestra verdadera identidad, hacia dónde nos dirigimos, en fin, nos ayudará a conocernos más y a tomar conciencia de las fuerzas que nos tironean para un lado y para otro. El *ordo amoris* restablece la tranquilidad, el orden, la paz interior, nos hace ser y tender para lo que fuimos realmente creados, nos da mayor seguridad y control de nuestros impulsos, encausa y conduce nuestra vida hacia su realización, nos hace ver y percibir distintas las cosas, nos ensancha el corazón a nuevas relaciones no fundadas en el amor egoísta, sino en el amor que es caridad, donación total y entrega incondicional a Dios en nuestros hermanos.

No seas frívola, alma mía, ni aloques el oído del corazón con tanta vanidad. Entérate tú también. Es la Palabra en persona la que clama que vuelvas, porque sólo hallarás un lugar de descanso inalterable allí donde el amor no es objeto de abandono si él mismo no abandona. Mira, aquellas cosas se retiran para dar paso a otro tipo de realidades, y para que de este modo se configure en todas partes el universo inferior. ¿Acaso me retiro yo a alguna parte? Se pregunta la Palabra de Dios.

Establece allí tu morada, guarda allí todo cuanto de allí tienes, alma mía, aunque no sea más que para descansar de la fatiga de tantos y tantos engaños. Confía a la verdad cuanto de la verdad has recibido. Así no perderás nada. Al contrario, volverán a florecer tus partes podridas y sanarán todas tus dolencias. Se reformará, renovará y estrechará íntimamente contigo todo lo que en ti hay de inconsciente. Ya no te arrastrará consigo en su caída, sino que gozará de estabilidad contigo y permanecerá al lado del Dios que goza por siempre de estabilidad y permanencia (IV 12, 16).

5. MAGISTER

Lectura en alta voz: IX 4, 9; XI 2, 4

Me horroricé de temor y a la vez me encendí de esperanza y de júbilo en tu misericordia (Sal 31, 7-8), Padre. Todos estos sentimientos hallaban su canal a través de mis ojos y mi voz, al leer las palabras que tu Espíritu bueno dice para nosotros: Hijos de los hombres. ¿Hasta cuándo van a ser pesados de corazón? ¿Por qué aman la vanidad y buscan el engaño? Yo también había amado la vanidad y buscado la mentira, mientras tú, Señor, ya habías exaltado a tu santo, resucitándolo de entre los muertos y colocándolo a tu derecha (Ef 1,20), para enviar de tu cielo al prometido, el Paráclito, espíritu de verdad (Jn 14, 16-17) Le había enviado ya, pero yo no lo sabía. Le había enviado ya, porque ya había sido exaltado, resucitado de entre los muertos y subiendo a los cielos. Antes no había sido dado su espíritu: porque Jesús no había entrado en su gloria (Jn. 7,39). Grita el profeta: ¿Hasta cuándo van a ser pesados de corazón? ¿Por qué aman la vanidad y buscan la mentira? Sepan que el Señor ha exaltado a su Santo. Grita: ¿Hasta cuándo? Grita: sepan. Yo, ignorante durante un tiempo, amé la vanidad y busqué la mentira.

Por eso cuando lo oí, me llené de temblor. Recordaba haber sido semejante a los destinatarios de este mensaje. Los fantasmas que había estimado como realidades no eran más que vanidad y mentira. Lancé muchas expresiones fuertes y duras en medio del dolor de mi recuerdo. ¡Ojala las hubieran oído aquellos que siguen amando la vanidad y buscando la mentira! Tal vez se hubieran sentido afligidos con ellas y hubieran vomitado el error. Tal vez Tú los habrías escuchado cuando te gritaban, porque el mismo que intercede por nosotros (Rom 8,34) ante Ti es el mismo que murió por nosotros con auténtica muerte de carne.

En el itinerario y rumbos de Agustín, fueron particularmente determinantes los maestros. Maestro, en su significado estricto, es el que enseña. Más precisamente, el que se espera esté capacitado para enseñar; en uno u otro orden de valores. En un sentido más amplio convertimos espontáneamente en maestros a todos aquellos de quienes hemos aprendido, o buscamos aprender algo, haciéndonos sus seguidores. En un sentido más amplio, son maestros, para cada uno de nosotros, todos aquellos que, en una u otra forma, se convierten en ejemplos o modelos de vida que nos sugestionan, se nos imponen, o tratamos de imitar.

Esto ocurre tanto en el ámbito del conocimiento como en el de los valores. De hecho nos golpean de continuo por todos los costados, las voces, las sugerencias, los apremios de multitud de maestros, contradictorios entre sí, que pretenden arrastrarnos en su seguimiento. Y la tentación que nos viene es la de seguir a aquel, o aquellos, cuya oferta responde mejor; no tanto a nuestras convicciones honestas y fundamentadas, sino a nuestros intereses, gustos y deseos. Convertimos así fácilmente en maestros de la vida a las estrellas del poder, del saber y del prestigio; a algunas ideologías de moda; a la moda misma; al grupo de amigos al que pertenecemos, o simplemente seguimos los rumbos del grupo de las mayorías, considerados por ello normales y como tales supuestamente buenos. Todos somos en uno u otro grado, el resultado final de confluencias, en nuestra vida personal, de multitud de maestros de los más diversos colores.

El término correlativo a Maestro es discípulo que significa aprendiz. Y así como todos somos maestros, todos también somos aprendices, no solamente durante la etapa educativa, sino durante toda la vida. Aprendemos, para bien o para mal, de modelos de vida que admiramos; aprendemos de las ideologías dominantes; de las modas; de los modos y costumbres generalizados; de nuestras lecturas; de la propaganda y de los medios de comunicación y de nuestra propia existencia. Son multitud de maestros que inciden en nuestra vida y nos abren nuevos rumbos ciertos o equivocados.

El problema no está por supuesto en buscar ser iluminados por unos u otros maestros. Es bueno y necesario. El problema está en los criterios, o la falta de criterios, por los que optamos por seguir a unos y rechazar otros; o bien en la inconsciencia y pasividad con las que nos dejamos llevar de los vientos que más soplan. En otras palabras, todos experimentamos a lo largo de la vida la llamada, o sugerencia, de una multiplicidad confusa de maestros, que nos invitan al seguimiento. Y el referente para hacer nuestra propia opción de seguir a unos y alejarnos de los otros, está únicamente dentro de nosotros mismos. Todos estamos equiparados de una luz interior que nos permite juzgar, discernir y evaluar lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo noble y lo digno, lo razonable y lo irracional. Y cuando ponemos en funcionamiento está luz somos capaces hasta de aprender de los ejemplos y maestros de la necesidad y maldad.

San Agustín recorrió un largo y penoso camino, antes de descubrir que, más allá de la multitud de maestros, está el maestro de los maestros, Jesucristo, la sabiduría de Dios, de la que emana toda posible sabiduría humana. En realidad él es el único maestro, y el resto únicamente, más o menos sabios o torpes aprendices. Es largo el listado de maestro que, en uno u otro grado, marcaron su vida. Maestros en sentido estricto pueden ser considerados: Mónica, su madre, primera educadora cristiana; su padre, en los valores paganos; sus educadores de la niñez y adolescencia; cicerón con el Hortensio; filósofos y escritores griegos y latinos; los maniqueos, astrólogos; Ambrosio; la Biblia especialmente las cartas de San Pablo. Maestros en sentido amplio: el grupo de amigos de la niñez y adolescencia; el ambiente generalizado de su época; los amigos de la juventud; sus propios instintos, emociones y tendencias.

Toda la vida de adolescente a joven constituyó una larga cadena de seguimientos en conflicto de los más variados y dispares maestros. Uno que le aportaron luces valiosas para el correcto rumbo; otros que le desviaron más y más por sendas oscuras. Pero ese mismo Agustín manifiesta ya desde muy joven una característica peculiar, especialmente desde la lectura del Hortensio: su amor a la verdad. Busca ansiosamente la verdad sobre el hombre, el mundo y Dios. Una búsqueda que le implicará largos años, tanteando en una gran diversidad de ideologías, modelos y maestros, antes del encuentro.

En su primera etapa hasta sus 19 años, el criterio de seguimiento de uno u otros maestros, modelos y rumbos de conducta es el del máximo placer; el prestigio, el éxito y el dinero. Este criterio del placer es superado, en una segunda etapa que va desde los 19-32 años, con la lectura del Hortensio de Cicerón. Este libro elevó su mirada a los valores más elevados. Esta lectura le marcó por el contraste entre los nobles ideales que proponía, y los objetivos que venía impulsando su vida. Este libro lo impulsa a la lectura de los grandes clásicos griegos y latinos. Sin embargo, estas obras, que lo condujeron a valores más elevados, lo dejaron vacío interior que no lograba colmar. Buscando maestros más convenientes cae en la secta de los maniqueos y en la astrología.

Defraudado por estos maestros que le habían ofrecido un conocimiento racional de Dios, entre los 31 y 32 años de edad se le empiezan a abrir nuevos horizontes en su vida. Encuentra con un gran maestro: Ambrosio que lo impacta positivamente. La semilla de la fe, sembrada por su madre había empezado a brotar. Por aquel entonces comienza un estudio comparada de la verdad cristiana y las doctrinas maniqueas, las concepciones filosóficas de los neoplatónicos y las creencias de los astrólogos. Se da en él lo que se llama su conversión de la mente. Decididamente asume que el camino de la Verdad y la Sabiduría, que por largo tiempo ha soñado, es el de la fe cristiana.

Convencido de esto, se lanza a la lectura de las Sagradas Escrituras, especialmente de las Cartas de San Pablo, el convertido apasionado por Cristo, que le revela la grandeza del maestro de los maestros, y sus enseñanzas y ejemplo su pasión por él. Con San Pablo, Agustín inicia la conversión de la voluntad a la que contribuirán otros maestros, ejemplos de vida cristiana, como la conversión de Mario Vittorino, la valentía de los dos cortesanos, que en contacto con la vida de los monjes del desierto, abandonaron la corte para seguir de inmediato su ejemplo y la vida ejemplar de San Antonio, abad. Todos estos ejemplos ayudaron a Agustín a superar la lucha interna de las voluntades contrapuestas que vivía en su interior y que le impedían completar su entrega y consagración a Jesucristo, el único maestro.

En su vida, Agustín siguió un largo itinerario de seguimiento de los más diversos y dispares maestros. En algunos encontró luces valiosas, que le ayudaron a encontrar el camino. Otros entorpecieron su avanzada y desviaron su rumbo. Después de tantas ilusiones y desencantos en el seguimiento de numerosos maestros, termina ahora apasionado por el Gran maestro. El es diferente e enteramente confiable.

El descubrimiento y el encuentro con el maestro interior le abrió ante sus ojos unos horizontes de luz, mucho más allá de las que se manejaban generalizadamente en su tiempo. Hizo pie en los valores inmutables, no sujetos a los cambios de los tiempos. Esta experiencia le permitió a Agustín ver toda la vida humana desde ese centro interior en el que confluyen el misterio de Dios y el misterio del hombre. En el interior del hombre habita la verdad, habla la voz de Dios, la voz del maestro interior que ilumina a todos los que lo escuchan.

Hemos recorrido a vuelo de pájaro el largo itinerario de Agustín, en su seguimiento de múltiples y confrontados maestros, hasta su encuentro final del Maestro interior que iluminó y reubicó sabiamente su vida, Cristo Jesús. Se trata de una lectura posible de la propia historia. Como Agustín, nosotros también recorreremos este, su itinerario, repitiendo actitudes, criterios y respuestas inadecuadas, que él también adoptó; pero no todos llegamos a alcanzar las metas que él finalmente alcanzó. Su vida, su itinerario se convierte para nosotros en un espejo en el que podemos visualizar nuestras propias deficiencias, destapar las confusiones de que somos víctimas y cambiar el rumbo hacia las altas metas, que en el fondo, todos anhelamos. En su itinerario también vienen a nuestra memoria los maestros que pasaron por nuestra vida y que dejaron una huella imborrable.

Todos, al igual que Agustín, experimentamos en nuestra vida el impacto de los más diversos maestros, y nos sentimos provocados al seguimiento de unas u otras ideologías, ejemplos y rumbos de la vida confrontados entre sí. Y lo que está siempre en juego son los criterios o como ya lo dijimos, la falta de criterios, por los que personalmente optamos por uno u otros. Y de hecho se dan cuatro tipos de actitudes, de acuerdo a la motivación de fondo del seguimiento.

1. **Criterio hedonista:** Seguimiento de las ideologías o destino de la vida que mejor responden a los propios intereses personales; al propio gusto, satisfacción y placer. Son aquellos cuya vida está regida por sus sentimientos, tendencias o emociones, más bien que por sus convicciones honestas y seriamente fundamentadas. Centran su interés, no en la búsqueda de la propia verdad y autenticidad, sino en la crítica y denigración de las deficiencias y errores de los demás, reales o supuestos.
2. **Criterio de la identificación:** Seguimiento de la ideología y rumbo de conducta del **grupo** con el que previamente se ha identificado. Espontáneamente, entonces, ve como bueno, justo y verdadero cuanto el **grupo** piensa, se dice o se hace, incapaz de reconocer el valor de algunos de los que piensan, dicen o hacen algo diferente o francamente opuesto.
3. **Criterio de la normalidad:** Seguimiento del pensar, sentir y obrar de las mayorías del entorno. Se ubica en el supuesto de que lo que piensa y hace **la mayoría es lo normal**, y por ello bueno y verdadero. Se adapta fácilmente, en consecuencias con las modas y se deja llevar por el viento que más sopla, sin preguntarse adónde lleva. Es el hombre inmediatista, que pone su felicidad en metas transitorias y se centra en puntualidades, con total desinterés de los procesos que pueden desencadenar.
4. **Criterio de la excelencia:** Seguimiento de las enseñanzas, ideología y rumbos de conducta que uno mismo **discierne** como los más auténticos, verdaderos y humanizantes; aquellos que dinamizan los valores más altos que ennoblecen tanto la vida personal como la social, y mejor responden a las propias convicciones, honestas y seriamente fundadas. Es, por ello, el hombre que **rige su vida por convicciones**, y no por emociones, sentimiento y apetencias. Y a esas convicciones permanece fiel, y en constante tensión de auto superación, aunque se quede solo en el camino; abierto al diálogo, pero invulnerable a las críticas.

Todas estas actitudes se dieron y están presentes en la historia personal de Agustín. Se rigió por mucho por el principio del placer; se identificó con las ideologías y conductas de diversas escuelas o grupos; se dejó arrastrar por las corrientes en boga hasta asumir decididamente, al fin, el criterio de la excelencia, a la luz de la fe cristiana, y del Único maestro, Jesucristo. Cabe preguntarnos entonces ¿por qué él logró al fin, abrirse camino hacia el encuentro con el maestro interior y elevar su vuelo, y tantos y tantos jamás despegan? En el contexto religioso, lo justificamos fácilmente diciendo que fue la gracia de Dios la que actuó en él. Pero la gracia de Dios no es arbitraria ni discriminatoria ¿por qué en él encontró respuesta, y en tantos otros nunca ocurre?

Hay un sólo por qué. Porque en el fondo lo deseo con toda su alma. Agustín, decimos, fue un hombre inquieto e insatisfecho: llevó una vida frívola, pero no acabó jamás de acomodarse a la frivolidad. Agustín siempre fue un soñador: soñaba con encontrar la Verdad y la Sabiduría de la vida. Y sin él saberlo, su deseo, su búsqueda, sus sueños terminaron por abrir las puertas a la acción de Dios. Su insatisfacción, su inquietud, su deseo de lo mejor, reconocerá más tarde, era ya una oración a Dios, sin saberlo: hay una oración que no cesa nunca. Es el deseo. No interrumpas, pues, tu deseo y no interrumpirás tu oración. Mantén vivo tu deseo: tu deseo continuado es tu oración ininterrumpida. Callas si dejas de amar (en Ps. 37,14). Este deseo fue lo que lo motivó a buscar y buscar hasta poder encontrar a su verdadero maestro.

La lectura de la historia de Agustín desde esta perspectiva nos ayuda en este momento de los ejercicios espirituales a confrontar con él nuestro proceso personal. Todos compartimos similares dudas, titubeos y confusiones internas, ante el impacto de las más divergentes ideologías, enseñanzas y maestros; pero no todos sabemos afron-

tarla con madurez. Dirijamos por ello nuestra mirada a nosotros mismos, a la luz de la historia personal de Agustín y repasemos, traigamos a la memoria los maestros que han marcado, positiva o negativamente, nuestra vida y pensemos en la motivación de fondo por la que hemos seguido a unos (ideologías, costumbres, rumbos o modelos de conducta) y rechazado o excluido a otros. Estamos equipados de un maestro interior que me permite discernir y evaluar, en la globalidad de lo que es mi vida y la vida, conceptos ideologías, conductas. ¿En qué medida hemos activado este maestro interior o bien me he atendido a simples maestros externos?

¡Qué ardor sentía, Dios mío, qué ganas de retomar el vuelo hacia Ti desde las realidades eternas, sin darme cuenta realmente de lo que estabas haciendo conmigo! Porque de hecho en ti tiene su morada la sabiduría y este amor a la sabiduría recibe el nombre en griego de Filosofía. Aquel tipo de lectura me iba encendiendo en ese amor. Hay quienes por medio de la filosofía, matizando y coloreando sus errores con palabras sanas y respetables, practican el encanto de la seducción. Casi todos estos filósofos, próximos y lejanos en el tiempo, aparecen en aquel libro y son descubiertos, quedando en pie allí aquel aviso saludable que tu Espíritu nos hace por conducto de tu servidor bueno y piadoso, Pablo: cuídense de los que quisieran atraerlos con teorías engañosas. Esas no son más que enseñanzas de los hombres, que parten de teorías filosóficas y no se inspiran en Cristo. Pues en él permanece toda la plenitud de Dios, en forma corporal (Col 2, 8-9).

Por aquella época, Tú lo sabes bien, Señor, luz de mi corazón, al no tener conocimiento de estas palabras apostólicas, hallaba mis delicias únicamente en aquella exhortación. Su palabra era un incentivo, una provocación, una ayuda para que amara, buscara, alcanzara y abrazara, no esta o aquella secta o escuela, sino la sabiduría sin añadiduras, por sí misma y en sí misma. Lo único que entibiaba en mí un fuego tan grande era no hallar en aquel libro el nombre de Cristo. Porque este nombre, Señor, este nombre de mi salvador, de tu hijo, lo había mamado piadosamente ni tierno corazón con la leche de mi madre, lo había mamado por tu misericordia y lo conservaba metido en lo más hondo de mi ser.

6. COR UNUM

Lectura a alta voz: X 4,6; XIII 12,13

Este es el fruto que espero de mis confesiones, en que me presento no como he sido antes, sino como soy ahora. Haré estas confesiones no sólo delante de Ti, gozándome secretamente con temor y una tristeza secreta mezclada de esperanza, sino también ante los oídos de los hombres creyentes, partícipes de mi alegría, partícipes de mi mortalidad, conciudadanos míos y compañeros de peregrinación y de vida, unos antes y unos después. Estos son tus siervos, mis hermanos, que tú quisiste fueran hijos tuyos. Estos son mis dueños. Tú me mandaste que estuviese a su servicio si quiero vivir de Ti contigo. Este mandato habría sido bien de poco provecho para mí si tu Verbo o lo hubiese establecido de palabra nada más y realizado en hechos y en palabras. Lo hago bajo tus alas por ser grave el riesgo que correría si mi alma no buscara amparo bajo ellas y si tú no conocieras a fondo mi flaqueza. Soy un niño pequeño, pero mi padre vive siempre y en Él tengo un protector competente. El que me engendró y el que me defiende es el mismo. Tú mismo eres todos mis bienes. Tú, todopoderoso que estás conmigo antes de que yo esté contigo.

Me manifestaré a aquellos a quienes ordenas servir. Les diré no quien he sido, sino quién soy ahora. Ni siquiera me juzgo a mí mismo. Por eso deseo que los demás me juzguen en esta actitud.

La lectura de las Confesiones no es un simple ejercicio literario mental privado, sino una verdadera terapia comunitaria. Para leer hoy adecuadamente esta obra hay que tener presentes tres características de la lectura de la antigüedad: se leía en voz alta, en grupo y la lectura siempre tenía un carácter dialogal. La lectura silenciosa de San Ambrosio le provoca a Agustín extrañeza. Se hacía la lectura en voz alta por razones prácticas, culturales y sociales; en primer lugar, porque la escritura antigua no usaba ni la separación de las palabras ni la puntuación. Leer en voz alta era la forma para dar sentido a las palabras y las frases. También porque la cultura era oral-retórica, es decir, los textos eran cosas habladas, pensados para ser leídos. Por último porque el ambiente social, donde la mayoría no podía leer, lo exigía así. En cierto sentido, se puede afirmar que Agustín no escribió para ser leído, sino para ser escuchado.

La lectura antigua se hacía también en grupo teniendo en cuenta que la mayoría de la gente era analfabeta y lo costoso de los libros. De esta manera, por ejemplo, conoció Pelagio las Confesiones. El las escuchó en algún lugar de Roma. Agustín tuvo que tener en cuenta este hecho antes de escribir sus obras. Las más antiguas obras de Agustín que conservamos tienen forma de diálogo. Son los llamados diálogos de Casiciaco. Este estilo exigía de los destinatarios seguir activamente el curso del argumento, su lógica, el vocabulario, recordando lo ya dicho y anticipando sus implicaciones. Otros textos, aunque no pertenezcan a este género, conservan siempre este carácter dialogal. Es el caso de las Confesiones. En realidad es también un diálogo entre Agustín y Dios. Se trata de una invitación a participar en la conversación entre él y Dios. Agustín habla a Dios de los episodios de su vida y Dios le responde con las Escrituras, la gente y los acontecimientos. El lector está siendo constantemente invitado a dejar de ser mero espectador y a tomar parte activa en la conversación. Agustín anciano confiesa que sigue leyendo con provecho sus propias Confesiones y reconoce tanto la amplia difusión como su buena acogida que había tenido entre sus lectores. También hoy. Las Confesiones están siempre de actualidad porque nos hablan y hablan de nosotros. Al leerlas contactamos de inmediato con su misma intimidad y entramos en su diálogo particular con Dios. Las Confesiones son obra de comunicación y comunión. Participamos del alma de otro. Se nos hace

partícipe. En esa perspectiva, de comunión, queremos situar la reflexión de esta parte de la jornada que he denominado *cor unum* y que nos llevará a hacer una lectura de la historia personal por las implicaciones socio-eclesiales de las Confesiones.

La trayectoria vital que narran las Confesiones es una historia compartida. Un camino hecho en compañía, lleno de nombres. Por eso, llama la atención que en los cuatro primeros libros no mencione a nadie contemporáneo suyo por su propio nombre, con dos solas excepciones (presenta fugazmente a Nebrigio y al orador siro-romano Hierio). En cambio, a partir del libro quinto abundan los nombres propios.

En primer lugar hay que situarse en su circunstancia familiar. En buena medida su vida como la nuestra no se comprende si se desconoce su historia y relaciones familiares. Recuerda Agustín que vino al mundo en el seno de una familia modesta (II 3,5), de padre pagano (I 11, 17) y madre cristiana (IX 8,17). Describe a su padre como un hombre básicamente afectuoso aunque también propenso a la ira, y a su madre lo suficientemente inteligente, no sólo para ganarse el respeto de su marido y el afecto de su suegra, sino incluso para llegar a conquistar a su esposo para Cristo (IX 19,22). Declara con orgullo el esfuerzo que sus padres hicieron para darle una buena educación, por encima de sus posibilidades económicas (III 3, 5), empeño que mantuvo su madre a la muerte de su marido, cuando Agustín tenía dieciséis años y apenas llevaba unos meses estudiando en Cartago (III 4, 7). Desde una óptica cristiana, comenta Agustín que su padre se preocupaba tan sólo de su promoción humana (II 3, 5-6), mientras que su madre velaba también por su rectitud moral (II 3,7) y su salud espiritual (I 11, 17). Lo cierto es que atribuye a ambos progenitores la recomendación de integrarse en la Iglesia Católica (V 14,25). Para ambos desea el descanso eterno y pide a sus lectores que se acuerden de los dos ante el altar del Señor.

En sus Confesiones no nos informa sobre el número y edades de sus hermanos y hermanas. En consecuencia, no podemos saber con absoluta certeza cuántos hijos tuvo Mónica ni en qué orden. A diferencia del resto de la familia, incluido su propio hijo, Adeodato, en las Confesiones Agustín habla continuamente de su madre, a pesar de que sólo en una ocasión la menciona por su nombre. Desde el comienzo de las Confesiones hasta el gran panegírico final en el noveno libro, Mónica aparece como modelo de madre, carnal y espiritual. Ciertamente en la vida de Agustín, y en su relato de la misma, no fue la única mujer, pero sí la más decisiva y la que más influyó en muchos aspectos de su vida.

Junto al medio familiar, el círculo de sus amigos ocupa otro espacio privilegiado en la vida de Agustín. En las Confesiones nos habla de muchos de ellos, e incluso nos proporciona sus nombres. Amistades cultivadas desde la infancia (Alipio, Nebrigio, Romaniano) y otras que se fueron forjando ocasionalmente (Vendiciano, Fermín, Verecundo, Evodio, etc.). Es llamativa la capacidad de amistad que muestra Agustín desde niño. Le encantaba tener amigos (I 20, 31). Poseía un gusto por convivir que arrastraba y un extraordinario sentido de la amistad. No podía imaginar una vida sin amigos. Tampoco podía ser feliz sin los amigos...a estos amigos los amaba desinteresadamente y pensaba que ellos me amaban a mí también de una manera desinteresada (VI 16, 26). Vivió la amistad en todas las tonalidades y matices. Siendo niño conoció las malas compañías. Amistades malas porque llevan a hacer el mal a los demás (II 4,9-917). Experimentó también las amistades peligrosas porque su apasionamiento sin medida oscureció y falseó la amistad. En la vida de Agustín hoy dos figuras de cuyo nombre no quiere acordarse, que le partieron el corazón. Se trata del amigo anónimo de su adolescencia y cuya muerte lo sumió en la amargura. La otra figura es la amiga amante, la mujer con la que solía compartir su lecho y con la que tuvo su hijo. Finalmente disfrutó de las buenas amistades. Tuvo amigos nobles y siempre fieles, en disposición de mutua ayuda para buscar juntos lo mejor.

A lo largo de las Confesiones, mientras Agustín nos ofrece el relato profundamente personal de su historia y su conversión, él nunca camina solo. Sus amigos están siempre alrededor. En el Jardín de Milán, en el momento más profundo de su crisis, lo encontramos con su amigo Alipio. En la narración Alipio no sólo es descrito como alguien que comparte con Agustín una antigua y profunda amistad, sino también, y sobre todo, como una persona que Dios ha puesto en su camino para dar un vuelco a su existencia. Agustín describe en las Confesiones un modo relacional que se configura lentamente a medida que va desarrollando su capacidad de integrar y sostener un ordo espiritual de amistad. Y es instructivo para nosotros observar que las relaciones en los grupos que menciona, presentan un dinamismo diferente. Estos ejercen su atracción y seguridad. El caracteriza a algunos de amigos como compinches que rondaban conmigo en las plazas de babilonia: *En mi ignorancia, iba cayendo en el precipicio con una ceguera tal que el ser menos libertinos que mis compañeros de edad constituía para mí un motivo de humillación. Y es que los oía cómo blasonaban de sus fechorías, y su arrogancia era tanto mayor, cuanto mayores eran las torpezas. Y el mordiente de éstas estribaba no sólo en la acción por la acción sino, sobre todo, en gozar de cierta aureola de popularidad. ¿Hay algo más reprehensible que el vicio? Sin embargo, que me humillaran, me iba enviando progresivamente. Y cuando no tenía razones para empatar con los más sinvergüenzas, intentaba cosas que no había hecho, para no dar imagen de menos degradación por ser más inocente ni de de menos prestigio por ser más casto* (II 3, 1), otros son amigos dominados por ambiciones terrenas que califica como engañados y engañadores, desordenados e inconsecuentes en su vida privada y pública (IV 1, 1). Todos dejaron en él una huella amarga sobre la que hace observaciones sutiles y pertinentes. En contraste recuerda también, con cierto idealismo y nostalgia, un grupo de amigos que mantiene una laudable calidad de armonía y virtudes humanas: *había un montón de detalles por parte de mis amigos que me hacía más cautivadora su compañía: charlar, reír juntos, prestarnos atenciones unos con otros, leer en común libros de estilo ameno, bromear unos con otros dentro de los límites de la estima y respeto mutuos, discutir a veces, pero sin acritud, como cuando uno discute con uno mismo. Incluso esta misma diferencia de pareceres, que, por lo demás, era un fenómeno muy aislado, era la*

salsa con la que aderezábamos muchos acuerdos. Instruirnos mutuamente en algún tema, sentir nostalgia de los ausentes, acogernos con alegría a su regreso: estos gestos y otras actitudes por el estilo, que proceden del corazón de los que se aman y se ven correspondidos, y que hallan su expresión en la boca, lengua, ojos y otros mil ademanes de extrema simpatía, eran a modo de incentivos que iban fundiendo nuestras almas y de muchas se hacían una sola (IV 8,13). La descripción que Agustín hace aquí es significativa porque pone de relieve la importancia de cultivar una amistad caracterizada por el sentimiento de interdependencia y lealtad.

En el tiempo en que escribió las Confesiones, Agustín ha llegado a un discernimiento fundamental: la verdadera amistad no es auténtica si Tú no haces de aglutinante entre aquellos que están unidos a ti por medio de la caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu (IV 4,7). El anhelo de unidad, *cor unum*, se fundamenta a través del amor, *in Deum*, en Dios, para manifestar un compromiso total. Ese modo relacional se ejercita en el amplio contexto de la comunidad cristiana. Y Agustín lo asume en su proyecto de vida reuniendo algunas personas muy cercanas a él en una comunidad, formada por *amici Dei*, los amigos unidos por el amor de Dios, dedicada a la oración, al estudio y al diálogo.

En las mismas Confesiones Agustín describe tres proyectos sucesivos de vida fraterna en común: el de Milán (VI 14,24), el de Casiciaco (IX 4,8) y el de Tagaste (IX 8,17). Antes de su conversión, Agustín había planeado con sus amigos adoptar una vida comunitaria al estilo de las sociedades filosóficas, es decir, una comunidad pequeña, de unas diez personas, entregada a la búsqueda de la sabiduría a través del estudio y de la puesta en común de todos los bienes personales. Este proyecto inicial se frustró cuando cayeron en cuenta de que algunos estaban casados y de que sus mujeres se opondrían, como era de suponer.

Unos meses antes de su bautismo, Agustín inició su primera experiencia de vida común en el retiro de Casiciaco, formado por familiares y amigos de Agustín, es una comunidad singular: No se limita a ser un grupo orante o un catecumenado personal. Es una rica experiencia de comunión interpersonal, en la que se comparte todo y se cultivan todas las dimensiones del ser humano. Se convive amistosamente, se estudia, se reza, se dialoga, se trabaja manualmente en contacto con la naturaleza...se atiende al cuerpo y al espíritu. Se ponen en común los bienes y la búsqueda de Dios.

Inmediatamente después de su bautismo concibe un nuevo proyecto de fraternidad: tú haces que moran en una misma casa los corazones unánimes. Regresado a Tagaste puso el plan que llevaba en la mente: una fraternidad al estilo de la primitiva Iglesia de Jerusalén, el modelo apostólico que tiene su expresión más precisamente en el *anima una et cor unum* de Hch 4,32. Este hermoso sueño duró muy poco. Una vez recibida la ordenación se entregó incansablemente al servicio de los fieles de la comunidad de Hipona. Pero ni siquiera como Obispo renunciará a su ideal de vida fraterna en comunidad. El deseo de continuar imitando el modelo de la primitiva comunidad de Jerusalén le llevará a convertir la sede episcopal en una especie de monasterio donde vivir en común con su presbiterio, en la medida que lo permitiese la actividad pastoral. Este hacer el camino común fue como una obsesión para Agustín. Sabía que no se pueden separar el amor a Dios y el amor al prójimo y que, en consecuencia, a Dios se le posee en común o no se le posee en modo alguno.

En el hacer memoria de su historia personal Agustín no deja pasar por alto en hacer una revisión por su historia familiar y de amistades. Su historia es una historia comunitaria. Hecha de la mano con otros, quienes de una manera u otra; en forma positiva o negativa han dejado su huella en su persona y han contribuido para que el llegue a ser lo que es ahora. Su conocerse y conocer el paso y la presencia de Dios en su vida, pasa también por un conmemorar las personas más significativas de su historia personal. En cada uno de ellos busca descubrir la presencia de la mano de Dios salvadora; de cada uno de ellos aprendió tanto de los buenos y malos consejos. Su historia se fue tejiendo también de estas relaciones y por eso se dispone también a deshilvanar y rehacer estos caminos.

La lectura de su historia personal desde esta perspectiva socio-eclesial nos lleva a nosotros también, que nos vemos reflejados en él e involucrados en su narración, a hacer esta revisión de nuestra propia historia familiar y amistosa. Nuestra vida con el paso del tiempo se fue conformando, creciendo y modelando en el seno de una familia y rodada de un círculo de amigos. El paso de estas personas significativas por nuestras vidas, las huellas y marcadas que nos ha dejado a su paso; sus aportes, aciertos y desaciertos es lo que ahora queremos poner en oración. Somos lo que somos también gracias a ellos, por eso en este proceso de aceptación de nosotros mismo es imperioso hacer un alto en el camino para reconocer y agradecer a Dios por lo que él nos dio a través de estas mediaciones que sin lugar a dudas nos han hecho crecer como personas, que nos enseñado a vivir; que estuvieron presentes en los momentos más críticos de nuestra vida y nos han indicado hasta con sus errores el camino que conduce hacia Dios. De ellos, Dios se ha servido y los ha colocado en nuestro camino haciéndose de esta forma presente en cada momento de nuestra, ayudándonos, aconsejándonos, amaestrándonos, exhortándonos a través de estos sus frágiles instrumentos con los que él mismo con sus propias manos teje su historia de salvación.

7. PEREGRINATIO

Lectura a alta voz: XII 1,1; XIII 38, 53

Son muchas las cosas a las que aspira mi corazón, Señor, dentro de la penuria actual de mi vida, sacudido por las palabras de tu Santa Escritura. Ocurre de ordinario que la insuficiencia de la comprensión humana suele ser

abundante en palabras, ya que la búsqueda es más habladora que el hallazgo, la demanda mucho más larga que la obtención, y más se fatiga la mano en llamar a la puerta que en recibir.

Pero nosotros contamos con tu promesa, ¿Quién será capaz de alterarla? Si Dios está con nosotros, ¿Quién estará contra nosotros? Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen a la puerta y les abrirán. Porque el que pide, recibe; el que busca, halla, y al que llame a una puerta, le abrirán. Son tus promesas. ¿Y quién puede temer ser engañado si la verdad es quien promete?

Nosotros vemos lo que hiciste porque existe, y existe porque tú lo ves. Y nosotros lo vemos por fuera porque existe y por dentro porque es bueno. Pero Tú lo viste hecho cuando y donde viste que tenía que ser hecho. Nosotros en la actualidad nos sentimos movidos a obrar el bien, una vez que nuestro corazón concibió de tu Espíritu, mientras que antes nos sentíamos movidos a hacer el mal, abandonándote. Pero, Tú, único Dios bueno, nunca dejaste de hacer el bien. Algunas de nuestras obras son buenas por ser don tuyo, pero no son eternas. Después de ellas esperamos descansar en tu santidad infinita. Pero, Tú, que eres el bien que no tiene necesidad de ningún otro bien, siempre estás en reposo, porque tú mismo eres tu reposo. ¿Qué hombre puede dar a entender esto a otro hombre? ¿Qué ángel a otro ángel? A ti hay que pedírtelo, en ti hay que buscarlo, a tu puerta hay que llamar. Así se obtendrá, así se hallará, así se nos abrirá. Amén.

El que lee las Confesiones, pronto se da cuenta de que Agustín describe su vida sirviéndose de la metáfora de la peregrinación. También, que dicha descripción tiene como trasfondo la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Después de la oración introductoria y de un breve recorrido por las etapas de la infancia y de la niñez, comienza a hablar de su peregrinación y búsqueda, haciendo una observación importante: *Tú Señor ves estas cosas y callas... Pero, ¿Callarás para siempre? Pues saca ahora de este profundo abismo al alma que te busca y tiene sed de tus deleites, y te dice de corazón: Busqué, Señor, tu rostro; tu rostro, buscaré, Señor, pues lejos está tu rostro de quien anda en afecto tenebroso, porque no es con los pies del cuerpo ni recorriendo distancias como nos acercamos o alejamos de ti. ¿Acaso aquel tu hijo menor buscó caballos, o carros, o naves, o voló con alas visibles, o hubo de mover las tabas para irse a aquella región lejana donde disipó lo que le habías dado, oh padre dulce en dárselo y más dulce aún en recibirle andrajoso?* (I 18,28)

Agustín experimentó las tres etapas del hijo pródigo: alejamiento, vuelta a sí mismo y regreso a la casa del Padre. En el hijo pródigo, el alejamiento fue más geográfico y material: se fue lejos y malgastó todos sus bienes, quedándose en la miseria. En Agustín fue, más bien, espiritual. Se vio lejos de Dios y de sí mismo. En Lucas se lee región o país lejano. Agustín, por el contrario, repite muchas veces la palabra abismo. Se podría decir que su alejamiento comenzó cuando tenía 16 años (II 2, 4; II 3, 6), el año de la ociosidad que pasó sin ir a la escuela y que tuvo que viajar – peregrinar- a Cartago (II 3, 5-8). Las afirmaciones que hace de esta etapa son para que nos detengamos y reflexionemos: *Yo, miserable, pospuesto Tú, me convertí en un hervidero... (II 2) En la adolescencia me alejé de Ti y anduve errante, Dios mío, muy fuera del camino de estabilidad y llegué a ser para mí región de esterilidad (II 10, 18). ¿Dónde estabas entonces para mí? ¡Oh Dios, sí, qué lejos peregrinaba fuera de ti, privado hasta las bellotas de los puercos que yo apacentaba con ellas!... ¡Ay de mí, por qué grados fui descendiendo hasta las profundidades del abismo, lleno de fatiga y devorado por la falta de verdad! (III 6, 11). Mi alma daba vueltas y más vueltas, de espaldas, de lado y boca abajo, todo lo hallaba duro, porque sólo tú, Señor, eres mi descanso (VI 16,26). ¿Dónde estaba yo cuando te buscaba a Ti, oh Señor? Tú estabas cerca de mí; pero como yo me había alejado de mí mismo y no me encontraba a mí ¡Cuánto menos podía encontrarte a ti!* (V 2, 2; VII 7, 11).

Aunque el acontecimiento más importante de la parábola es el regreso a casa (es lo que esperaba y lo que celebra el padre), sin embargo, el punto clave es cuando el hijo entra en sí mismo y comienza a recordar su vida pasada; se pone a sí mismo de frente y no a la espalda, que eso es entrar en uno mismo (VIII 7, 16). Es entonces cuando empieza el cambio interior. En la vida de Agustín esta etapa fue larga; es la que describe con mayor amplitud y con más detalles. Además, no fue siempre ascendente; hubo muchos adelantos y retrocesos, victorias y fracasos, rupturas y comienzos (VIII 3, 8; XIII 14, 15), hasta que con la ayuda de Dios, logró romper las ataduras (VIII 1,1).

Llama la atención de que las primeras señales que le invitan a entrar en sí mismo y a cambiar lleguen a través de Cicerón, la muerte de un amigo y los escritos platónicos. En estos últimos descubre que el camino para llegar a Dios está en uno mismo. Pero todavía le da miedo a mirar a su interior (VIII 7, 16), es perezoso en el cumplimiento de sus compromisos (VIII 7, 17) y siente la fuerza del atractivo de los vicios. En consecuencia va retrasando la decisión definitiva: dame la castidad y continencia, pero no ahora. Por fin decide entrar en su interior y arrojarse en el Señor. Es cuando de repente aparece la claridad y la seguridad. La parábola de Dios ha llegado a impregnar lo más interior de su persona y a ser luz y guía de su vida. Ya se encuentra en la regla de su fe, entre los peregrinos que caminan por la fe, gozando de los frutos de la conversión.

Convertido no quiere decir que todos los problemas estén resueltos. Por el contrario, la lucha y la tensión entre el hombre viejo y el hombre nuevo continúan; las causas pueden ser muchas: la ignorancia, el olvido, la costumbre. Pero Agustín es distinto. Ahora revestido de Cristo y entusiasta seguidor del maestro, se compromete hacer realidad el proyecto evangélico de las bienaventuranzas e invita sus compañeros de viaje a hacer lo mismo.

Al entrar en sí mismo, descubre lo que es su interior. Antes de su conversión, lo que le atraía se podía resumir en la expresión gloria humana, una ceguera tan grande de la que, a veces, los hombres se glorían (III 3, 6). Su pobreza interior era grande: *Angosta es la casa de mi alma para que vengas a ella; ensánchala. Está en ruinas, re-*

párala. Hay en ella cosas que ofenden a tus ojos, límpiala (I 5, 5). También descubre lo que es con relación a Dios (relación de vida y amistad, no de poder y grandeza). Es uno de los apartados más importantes. Por eso las afirmaciones hablan por sí solas: ¿Qué soy yo para Ti para que me mandes que te ame y si no lo hago te enojas contra mí y me amenazas con grandes miserias? ¿Acaso es pequeña la de no amarte? (I 5, 5) Yo no sería nada, oh Dios mío, si tú no estuvieras en mí. Aunque, ¿no sería mejor decir que no sería nada, si yo no estuviera en ti? (I 2, 2; 3, 3). Y al final de su larga experiencia termina resumiendo: Yo solamente sé esto, Señor, que sin ti me va mal y no sólo fuera de mí, sino también dentro de mí mismo, y que toda riqueza mía que no es mi Dios es pobreza (XIII 8, 9).

Y sobre todo, descubre lo que Dios es para él. El hijo pródigo, a su regreso, descubrió que el Padre era muy distinto de lo que él se había imaginado; era todo amor y bondad. Fue también la novedad que descubrió Agustín: Oh Padre, dulce en dárselo y más dulce aún en recibirle andrajoso (I 18, 28). De joven, creía que Dios era un fantasma y añade: mi error era mi Dios (IV 7, 12). Después descubrió que Dios es amor, luz, salvación, misericordia, vida y sobre todo Padre, que nos ama siempre.

La vida de Agustín es toda ella como una peregrinación. La misma peregrinación que relata la parábola evangélica del Hijo pródigo. Somos viandantes; desde que nacemos estamos en marcha, en marcha hacia la patria celeste, la casa del Padre. Tu Señor nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en Ti. En el caminar humano sólo hay una dirección: hacia delante, hacia la muerte; no es posible volver atrás, ni pararse. Por eso Agustín dice que, en realidad, lo años que tenemos no son los que hemos vividos, sino los que nos quedan por vivir (S. 229). La búsqueda de la felicidad que moviliza el deseo más profundo del ser humano tiene que ejercitarse en afrontar el temor de la muerte que le sigue todos los días como una sombra. Este es el gran desafío del hombre y lo paradójico de la vida. La vida es un caminar hacia la muerte, y un morir que conduce a la vida nueva (I 6, 7), a la felicidad plena.

Iluminado por las escrituras él ha llegado a entender que su largo peregrinaje es un retorno al Origen. Por eso, al final, nos lleva a reflexionar sobre los primeros capítulos del libro del Génesis, denso en simbolismo para la vida espiritual, y nos lo explica en términos del peregrinaje en la esperanza cristiana. Allí nos hace ver que su vida y la nuestra son un ejemplo del gran principio cósmico en el que todo viene de un mismo origen creador y, en su tiempo, a él regresa definitivamente. He aquí la cima de la sabiduría. He aquí la patria de nuestro continuo peregrinar. La tierra de nuestro descanso.

Aunque Agustín ha recorrido mucho camino, se da cuenta, al final de las Confesiones de que no ha llegado a la perfección: ¡Oh, Señor! Perfeccióname (XI 2, 3); pero también de que puede acercarse más a ella, porque el Señor sigue ayudándole: Tu, que nunca abandonas lo que emprendes, completa lo que hay en mí de imperfecto (X 4, 5). Se da cuenta de que no está totalmente lleno de Dios; de que las tensiones y luchas lo hacen acto de presencia en su vida cada día (X 28, 39), de que se ha dispersado en muchas cosas (X 28, 40); pero también de que en la peregrinación recibimos cierta seguridad: una prenda (el Espíritu), que nos recuerda que somos luz y que hemos sido salvados por la esperanza (XIII 14, 15). En otras palabras, que la vida sigue siendo complicada, mezcla de muchos elementos: conocimiento-ignorancia, luz- oscuridad, fuerza-debilidad. Pero ahora con la fuerza del Espíritu y de la oración, el estudio de las Sagradas Escrituras, el esfuerzo personal y el sacrificio, ha conseguido afianzarse en el camino correcto y una envidiable armonía entre la fe y la vida.

Estos ejercicios espirituales con las Confesiones de Agustín nos han hecho recorrer las distintas etapas que recorrió el Hijo pródigo del evangelio hasta llevarnos al encuentro con Dios nuestro Padre. En él hemos reencontrado con nuestra Patria; el sentido de nuestra vida y de nuestro esfuerzo y sacrificio cotidiano. La memoria nos ha servido para reconstruir el pasado a la luz de la fe y tomar conciencia de lo mal que nos sentimos en tierras extranjeras; la interioridad para tomar contacto con lo somos y con Dios y para saborear para lo que fuimos creados. El *ordo amoris* nos ha mostrado cuál nuestro fin, hacia donde caminamos y el por qué de nuestra fatiga y trabajo, nos ha hecho renacer en la esperanza, nos ha hecho recuperar nuestro *pondus* verdadero. Mi amor es mi peso y por el soy llevado donde quiera que vaya. Somos arrastrados por el amor, el amor infundido por Dios por medio del Espíritu en nuestros corazones. Somos peregrinos sedientos de amor que caminan hacia la patria celeste y en ese camino *nuestros pasos son el amor a Dios y prójimo. Quien ama corre, y cuanto más ama, tanto más velozmente corre; al contrario, cuanto menos ama, tanto más lentamente se mueve por el camino. Y si carece de amor, se ha parado del todo, en cambio si ansías el mundo, ha invertido la dirección y ha dado la espalda* (S. 346 B.2). Rehaciendo el camino hemos descubierto que si nuestra vida no está cimentada en el amor, que es caridad, nos es imposible avanzar. En él nos enardecemos, nos encendemos y se enciende el deseo por la Patria celeste.

Al final de estos ejercicios Agustín nos exhorta a seguir a mantener vivo ese amor, a seguir caminando, a no detenernos ni distraernos y ni siquiera a perder la dirección que hemos restablecido. Todo lo que hicimos fue un ensayo que nos entrenó para la vida y que debe encontrar continuidad en el cotidiano. La lectura de nuestra historia desde la fe nos ha hecho reencontrar nuestro norte. Le ha dado sentido porque en ella hemos descubierto la mano operosa de Dios que entre luces y sombras sigue construyendo como lo hizo desde el comienzo de la Creación. La Creación no ha terminado, ella continúa. Y nosotros somos parte de esa ella que aún imperfecta se dirige hacia la perfección que se dará el séptimo día, el día del descanso, el día del Señor.

Mientras tanto debemos seguir peregrinando. *Esforcémonos*, por tanto dice Agustín, *por conocer quiénes somos...trabajemos por acercarnos más a Dios...Somos peregrinos...El que desea tener aquí su Patria, pierde ésta y no consigue aquélla. Como buenos hijos, encaminémonos hacia la patria para que sea bien visto nuestro cami-*

nar y podamos llegar a ella (S. 16 A 13). En nuestra condición de peregrino, son tres las virtudes que nos deben acompañar en nuestro largo caminar: La esperanza, la paciencia y la alegría. *Quien sabe que es peregrino vive con paciencia... Elimina la esperanza y desfallecerá la fe. ¿Cómo va a mover, aunque sólo sea los pies, para caminar quien no tiene esperanza de poder llegar? Y si a la fe y a la esperanza les quitas el amor, ¿de qué aprovecha el creer, de qué sirve el esperar?* (S. 359 A 2-4; 158, 8). *Se alaba a Dios aquí; pero aquí en esperanza; allí en realidad; aquí caminando; allí ya en la Patria. Por tanto, hermanos, cantemos ahora el aleluya, pero como solaz en el trabajo, no como deleite del descanso: Canta como suelen cantar los viandantes; canta, pero camina; consuela con el canto tu trabajo, no ames la pereza: canta y camina. ¿Qué significa camina? Avanza, avanza en el bien. Según el Apóstol, hay algunos que avanzan para peor. Tú, si avanzas, caminas; pero avanza en el bien, en la recta fe, en las buenas obras: canta y camina. No te salgas del camino, no te vuelvas atrás, no te quedes parado* (Ser 256, 1 y 3). La esperanza nos da fuerza para seguir caminando; la paciencia nos da fuerza para superar los obstáculos que encontraremos en el camino; y la alegría nos estimulará para hacer el camino con ánimo y gozo.

En sus Confesiones Agustín nos ha dejado su ejemplo, y nos invita a seguirle, a sumarse en su marcha como hombres renovados interiormente que con paciencia, esperanza y alegría esperan el día de la Creación. Mis confesiones, cuando son leídas y oídas, excitan el corazón para que no se duerma en la desesperación y diga: No puedo (X 3, 4). En él hemos aprendido que todo es posible por gracia de Dios. Nos sumemos entonces a su Confesión que es una alabanza a Dios por la vida y acogamos su exhortación que nos dice: *Todavía voy en pos de ella (unión con Dios en Cristo), Todavía avanzo, todavía camino, todavía estoy en ruta, todavía estoy en tensión, todavía no he llegado. Y si también tu caminas, si estás en tensión, si piensas en lo que ha de venir, olvida el pasado, no pongas tu mirada en él. Acuérdate de la mujer de Lot... Somos y no somos perfectos: somos perfectos caminantes, no perfectos poseedores... ¿Qué significa caminar? Avanzar... Avancen, hermanos míos, examinen continuamente sin engaños, sin adularse ni pasarse la mano... que te desagrada siempre lo que eres si quieres llegar a lo que aún no eres, pues donde encontraste agrado, allí te paraste. Cuando digas: es suficiente, entonces pécisite. Añade siempre algo, camina continuamente; avanza sin parar; no te detengas en el camino, no retrocedas, no te desvíes... Prefiero a un cojo por el camino que a un corredor fuera de él* (S. 169, 18; 141, 4).